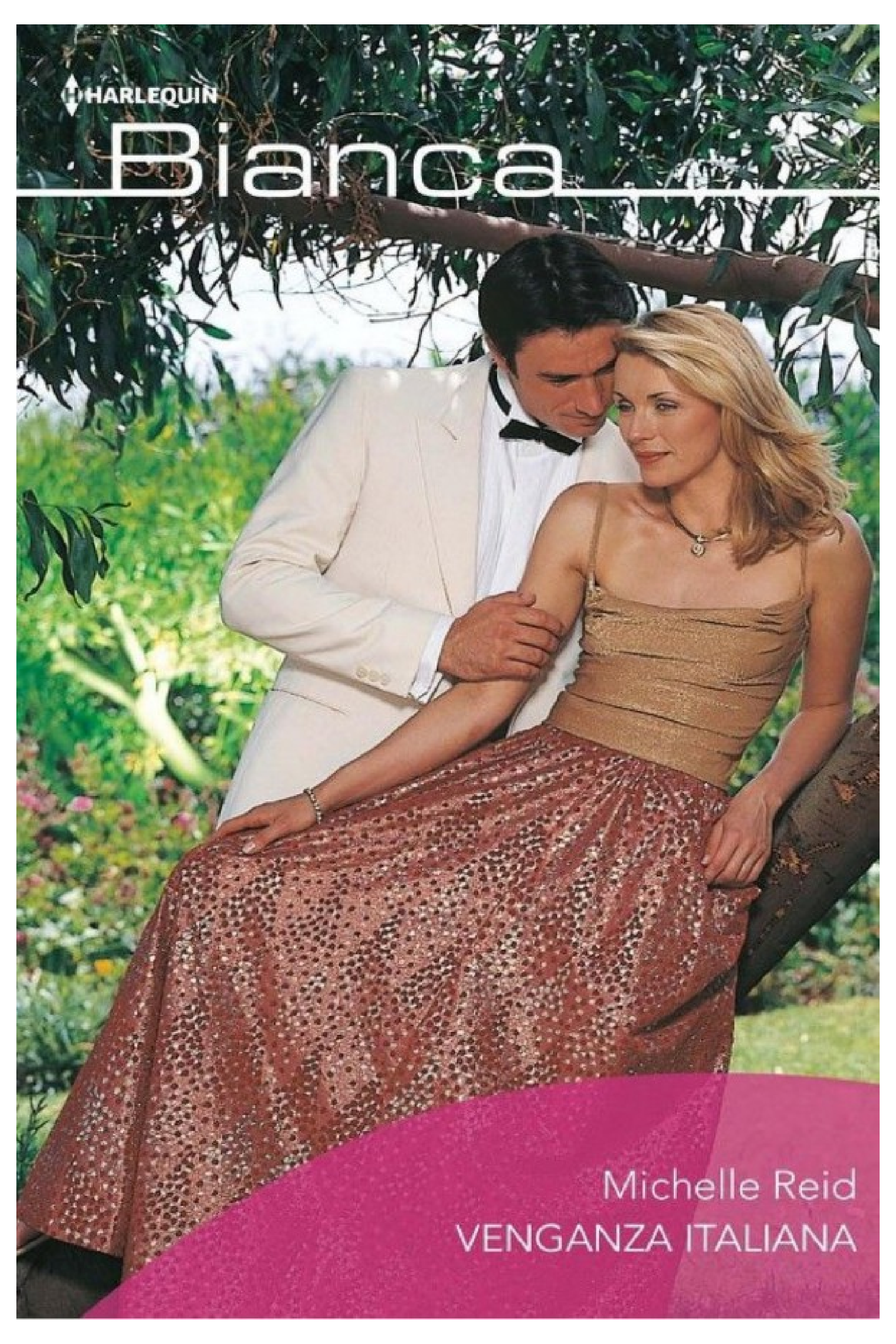

HARLEQUIN
Bianca
Michelle Reid
VENGANZA ITALIANA

Bianca™

VENGANZA ITALIANA

Michelle Reid



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Venganza italiana, n.º 1195 - agosto 2019
Título original: The Italian's Revenge
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1328-413-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

AL SALIR del dormitorio de su hijo, Catherine cerró la puerta tan sigilosamente como pudo. Luego, con un gesto de fatiga y resignación, se apoyó contra ella. Santo por fin se había quedado dormido. Sin embargo, todavía podía escuchar los sollozos del pequeño de cinco años, que le habían partido el corazón.

Catherine decidió que aquello no podía continuar así. Las lágrimas y las rabietas se habían ido haciendo cada vez peores. Además, el hecho de que Catherine hubiera esperado que el problema se solucionara por sí mismo, mientras ella escondía la cabeza en un agujero, no había conseguido más que agravar la situación. Iba siendo hora de que hiciera algo al respecto, aunque aquella perspectiva la llenara de un miedo indecible.

Si iba a actuar, tendría que hacerlo entonces. Luisa tenía que viajar en el vuelo que salía de Nápoles a primera hora de la mañana. Si iba a detenerla, debía hacerlo aquella noche, antes de que todo aquello le causara a su suegra demasiados inconvenientes.

–Maldita sea –susurró ella en voz baja, mientras bajaba las escaleras.

La mera perspectiva de efectuar una llamada tan delicada le creó una fuerte tensión en el cuerpo. Mientras entraba en el salón y cerraba la puerta se preguntó qué iba a decir. Ir al grano parecía ser la respuesta más lógica. Se limitaría a tomar el teléfono y a decirle a Luisa que su nieto se negaba a volver a Nápoles con ella al día siguiente y por qué. Sin embargo, si lo hacía de aquel modo no tendría en cuenta la frágil sensibilidad de la italiana ni las repercusiones negativas que aquello tendría para ella misma, ya que todos la etiquetarían como la culpable de aquella situación.

Catherine suspiró y se miró al espejo. Tenía un aspecto terrible, aunque, si era sincera, aquello no la sorprendía. Las peleas con Santo habían empeorado día a día a lo largo de toda aquella semana. Su rostro no hacía más que reflejar los resultados de demasiadas broncas y demasiadas noches sin dormir. Tenía bolsas oscuras bajos los ojos y la piel tan pálida que si no hubiera sido por los destellos rojizos de su rubio cabello hubiera parecido un pequeño fantasma con ojos hundidos.

En realidad, no era tan pequeña con su metro setenta y cuatro de estatura. Esbelta, sí, eso tenía que admitirlo. Demasiado esbelta

para los gustos de algunas personas. Para los gustos de Vito.

La pincelada de humor que le había proporcionado aquel pensamiento se desvaneció. Él era la única persona capaz de transformar la risa en amargura sin siquiera tener que esforzarse.

Vittorio Adriano Lucio Giordani. Aquel era su impresionante nombre completo. Un hombre de recursos, de poder, que era la causa principal de los problemas de su hijo.

Una vez, ella lo había amado, pero el amor se había convertido en odio. Pero aquello era propio de Vito. Era un hombre de contrastes, atractivo, arrogante, muy versado en el arte de amar. Y mortal si alguien se enamoraba de él.

Catherine se echó a temblar. Se dio la vuelta para no tener que contemplar en el espejo cómo su rostro empezaba a reflejar la amargura que habitualmente mostraba cuando pensaba en Vito.

No solo lo odiaba, sino que también odiaba pensar en él. Vito era el secreto inconfesable que había en su pasado.

De hecho, lo único que merecía la pena de él, desde el punto de vista de Catherine, era la evidente adoración que sentía por su hijo. Y, en aquellos momentos, parecía que aquella frágil conexión estaba también amenazada, aunque Vito no lo sabía aún.

–¡Te odio! ¡Y odio a papá! ¡Ya no quiero quereros más!

Catherine recordó, muy afectada, las palabras de su hijo, que le habían atravesado el corazón como una puñalada. Santo había dicho aquellas palabras muy en serio, demasiado para lo que un niño, confundido y vulnerable, podía soportar.

Aquellos pensamientos le hicieron recordar lo que la había llevado a aquella habitación, es decir, para hacer algo sobre la furia y la angustia del pequeño Santo.

El teléfono estaba en una pequeña mesita, al lado del sofá. Aquella llamada podía tener consecuencias imprevisibles.

Catherine no había vuelto a llamar a Nápoles desde el momento en el que se había marchado, hacía tres años. Cualquier comunicación entre ellos había sido por medio de abogados y por carta entre la abuela Luisa y ella. Aquella llamada iba a causar muchas heridas en el hogar de los Giordani. ¡Y eso sin que ella dijera la razón que la había llevado a llamar!

Por ello, de muy mala gana, se sentó en el sofá, al lado de la mesita del teléfono. Tras respirar profundamente, tomó el auricular. Después de marcar el número, se descubrió rezando para que no hubiera nadie en casa. «Eres una cobarde», pensó.

¿Por qué no? Con su experiencia, era normal sentirse cobarde con respecto a Vito. Catherine solo esperaba que fuera Luisa la que

contestara. Al menos con ella se podría relajar un poco e intentar sonar normal antes de contarle las noticias. Pero no tuvo aquella oportunidad.

–¿Sí? –preguntó una voz suave y de seductor acento.

Catherine se sobresaltó. Era Vito. Un nudo le bloqueó la garganta. Intentó hablar, pero no pudo hacerlo. De repente, le pareció que lo veía tan claramente como si lo tuviera delante. La negrura de su cabello, su piel morena y la postura arrogante de aquel cuerpo fuerte y esbelto.

Sin verlo, Catherine se pudo imaginar que él llevaba un esmoquin porque era domingo y la familia Giordani siempre se vestía muy formalmente para la cena de los domingos. También recordó el color miel de sus ojos, las largas y espesas pestañas, que eran capaces de atraer tanto la atención hasta el punto de impedir que se pudiera pensar en otra cosa, y la boca, con sus sensuales contornos… Era la boca de un seductor nato. Hermosa, seductora, una boca que sabía sonreír, burlarse, besar y mentir como ninguna otra boca que ella hubiera conocido.

–¿Quién es, por favor? –insistió él, en un seco italiano.

–Hola, Vito –murmuró ella–. Soy yo, Catherine…

La reacción esperada se produjo por medio de un cortante silencio. Catherine sintió que la boca se le quedaba seca. Se sentía algo mareada, con los miembros pesados, como si estuviera a punto de llorar. Era tan patético que, de algún modo, aquel sentimiento sirvió para darle fuerzas. Pero Vito se le adelantó.

–¿Qué le pasa a mi hijo? –preguntó, ya en inglés, pero en un tono igual de seco.

–Está bien. Santo no está enfermo –se apresuró ella a responder.

–Entonces, ¿por qué quebrantas tu orden judicial y me llamas aquí? –le espetó él, con frialdad.

A pesar de que Catherine sabía que él tenía el derecho de hacerle aquella pregunta, tuvo que morderse los labios para no replicarle de un modo desagradable. La ruptura de su matrimonio no se había realizado en buenos términos y la hostilidad reinaba todavía entre ellos, a pesar de que habían pasado ya tres años. Vito se enfureció tanto cuando Catherine lo abandonó llevándose a su hijo que ella no pudo evitar que el miedo le helara la sangre. Respondió haciendo que un juez declarara a su hijo persona protegida por el tribunal y que prohibiera a su marido establecer contacto con ella a no ser que fuera por medio de terceras personas. Catherine estaba segura de que Vito jamás le perdonaría haberle hecho pasar por la indignidad de tener que jurar delante de un juez

que ni se pondría en contacto personalmente con Catherine ni intentaría sacar a Santo del país antes de poder tener acceso a su propio hijo. Desde entonces, no habían intercambiado una palabra.

Vito había tardado un año en ganar el derecho legal para hacer que Santo fuera a visitarlo a Italia. Antes de eso, había tenido que ir a Londres si quería estar algún tiempo con su hijo. Desde entonces, la abuela del niño se encargaba de llevárselo y de devolvérselo a su madre para evitar que los padres mantuvieran contacto alguno.

De hecho, la única zona en la que seguían estando de acuerdo era respecto a la opinión que el niño debía tener de ambos. Santo tenía el derecho de amarlos a los dos de igual manera, sin que la aversión que sus padres sentían mutuamente lo afectara en absoluto, algo que se había encargado de inculcarles a ambos la abuela del pequeño. La mujer había actuado como árbitro cuando la beligerancia entre ambos había alcanzado su punto más alto.

Por ello, Catherine había aprendido a sonreír durante horas mientras Santo ensalzaba las muchas virtudes de su adorado papá y suponía que a Vito le pasaba lo mismo.

Sin embargo, aquello no significaba que la animosidad que había entre ellos se hubiera suavizado a lo largo de los años, sino que la ocultaban en beneficio del niño.

–En realidad, esperaba poder hablar con Luisa –replicó ella, tan fríamente como pudo–. Te agradecería mucho si la llamaras para que se pusiera al teléfono, Vito.

–Y yo te repito que me digas qué es lo que pasa para que te atrevas a llamar aquí.

–Preferiría explicárselo a Luisa –insistió ella.

–En ese caso, podrás hacerlo cuando vaya a recoger a mi hijo mañana por la mañana.

–¡No! ¡Espera! –exclamó ella, sintiendo que él iba a colgar el teléfono. Afortunadamente, él no cortó la línea pero Catherine sintió que no iba a volver a hablar hasta que ella no le confesara algo de lo que estaba pasando–. Estoy teniendo problemas con Santo –añadió, muy a su pesar.

–¿Qué clase de problemas?

–Eso preferiría hablarlo con Luisa –le espetó ella–. Me gustaría que me diera consejo sobre lo que hacer antes de que llegue aquí mañana…

Aquellas últimas palabras no eran más que una mentira. Con aquella llamada, esperaba evitar que Luisa tomara el avión, pero no se atrevió a decírselo a Vito. Por su experiencia en el pasado sabía que se enfadaría mucho.

–Si haces el favor de esperar un momento –respondió él, con voz cortante–, pasaré esta llamada a otro teléfono.

–Gracias –respondió ella, sin poderse creer que Vito fuera a acceder a pasar la llamada sin presentar más oposición.

La línea se quedó en suspenso. Catherine empezó a relajarse poco a poco, a pesar de que tenía todavía los nervios a flor de piel por haber contactado con su peor enemigo. Sin embargo, no podía dejar de congratularse de que las primeras palabras que había intercambiado con él en años no hubieran sido tan terribles como había esperado.

Por ello, intentó ponerse de nuevo a pensar lo que le iba a decir a Luisa. Le parecía que lo mejor era decirle la verdad, pero no estaba segura de las consecuencias que podría tener. Pero, si no decía lo que realmente estaba ocurriendo, ¿qué podría decir? ¿Culpar al colegio de la angustia que Santo sentía en aquellos momentos o a la vida que llevaba con un progenitor en Londres y otro en Nápoles?

Además de eso, eran dos estilos de vida diferentes. En Londres, residía en una calle normal, de un barrio de clase media; mientras que en Nápoles lo hacía en un país y en un mundo completamente diferentes. Vito vivía a las afueras de Nápoles y su casa era una mansión comparada con la de Catherine. Su nivel de vida alcanzaba un lujo que dejaba a la mayoría de los mortales completamente asombrados.

Cuando Santo visitaba Nápoles, su padre se tomaba tiempo libre de su trabajo como presidente de Giordani Investments, una empresa de renombre internacional, para dedicarle toda la atención a su hijo. Y, además de su padre, estaba la adorada abuela.

Catherine no tenía familia y trabajaba su jornada completa, tanto si Santo estaba con ella como si no. El niño tenía que aceptar el hecho de que una niñera lo recogiera del colegio y lo llevara a su casa hasta que Catherine pudiera recogerlo.

Aquella noche, la verdad había emergido en forma de un nombre, un nombre que hacía que a ella se le helara la sangre. Sin embargo, más que el nombre había sido el modo en que su hijo lo había pronunciado, lleno de dolor y angustia.

Ella conocía bien aquellas emociones, tenía una experiencia de primera mano en lo que podían hacer con el respeto por sí mismo de las personas. Y, si lo que el niño le había dicho era cierto, entonces no le extrañaba que Santo no quisiera tener nada que ver con su familia italiana.

–De acuerdo. Habla –le ordenó una voz, muy seca.

–¿Dónde está Luisa? –preguntó Catherine, al volver a oír de nuevo la voz de Vito.

–No recuerdo haberte dicho que iba a poner a mi madre al teléfono. Santo es mi hijo, si me permites que te lo recuerde. Si tienes problemas con mi hijo, entonces tendrás que hablar de esos problemas conmigo.

–Es nuestro hijo –lo corrigió Catherine.

–¡Ah! Me alegro de que por fin lo reconozcas.

–Sigue siendo sarcástico, Vito –se mofó ella en tono despectivo–. Así sí que vamos a adelantar mucho.

De repente, un crujido al otro lado de la línea telefónica hizo que ella se abstrajera un momento de la conversación. Aquel ruido le hizo saber que Vito estaba en el viejo despacho de su padre, que le pertenecía a él desde que Lucio Giordani falleciera, dieciocho meses antes de que naciera Santo.

–¿Sigues ahí?

–Sí –respondió ella, intentando centrarse de nuevo en la conversación.

–Entonces, ¿quieres hacer el favor de decirme qué problemas tiene Santino antes de que pierda la paciencia?

–Lleva un tiempo teniendo problemas en el colegio –empezó ella–. Empezaron hace algunas semanas, justo después de la última vez que te visitó.

–Lo que, a tus ojos, hace que todo esto sea culpa mía, ¿verdad?

–Yo no he dicho eso –replicó ella, a pesar de que era lo que estaba pensando–. Solo estaba intentando hacerte saber lo que ha estado pasando.

–En ese caso, me disculpo.

–Ha estado comportándose mal en clase –continuó ella–. Se enfada constantemente y es insolente. Después de una de las rabietas, su profesora lo amenazó con llamar a sus padres para ponerlos al corriente de su comportamiento y él respondió que su padre vivía en Italia y que no iba a venir porque era rico y demasiado importante para perder el tiempo con algo tan insignificante como él. ¿Por qué iba él a decir algo como eso, Vito? –añadió, tras sentir el grito sofocado de su marido–. A menos que alguien le haya hecho creer que es verdad. Me parece que es demasiado joven para decir algo como eso, así que alguien tiene que haberlo dicho primero para que él lo repita.

–¿Y crees que he sido yo? –preguntó él.

–¡No sé quién ha sido! –le espetó ella–. ¡Él no me lo quiere decir! Para resumir una historia muy larga, solo queda decir que se niega

a ir a Nápoles mañana. Me ha dicho que tú no quieres que esté allí, así que, ¿por qué iba él a molestarse por ti?

–Es decir, que esta noche has llamado para decirle a mi madre que no vaya a recogerlo –concluyó él–. Me parece que es una manera estupenda de tratar el problema, Catherine. Después de todo, Santo solo está diciendo lo que tú llevas años deseando que diga, para poder sacarme completamente de tu vida.

–Ya hace tiempo que no formas parte de mi vida –replicó ella–. Nuestro divorcio será efectivo a finales de mes.

–Un divorcio que tú instigaste. ¿Te has parado a pensar si es eso lo que está provocando los problemas de Santo? O, tal vez sea mucho más que eso. Tal vez solo tenga que mirar al otro lado de esta línea telefónica para saber quién le ha estado contando mentiras a mi hijo sobre mí.

–¿Estás sugiriendo que yo le he estado contando que no es más que una molestia para ti? Si es así, piénsatelo bien, Vito, porque no soy yo la que está planeando volver a casarse tan pronto como me divorcie de ti –le espetó Catherine–. Y tampoco soy yo la que está a punto de socavar la posición de nuestro hijo en mi vida colocándole una madrastra salida del infierno.

–¿Quién te ha dicho eso? –replicó él.

–¿Es cierto? –insistió ella.

–No creo que eso sea asunto tuyo.

–Ya verás si es asunto mío, Vito –lo amenazó ella, muy en serio–. Si descubro que es cierto que estás pensando en darle a Marietta algo de poder sobre Santo, empezaré a ponerle trabas a nuestro divorcio.

–Ya no tienes tanta autoridad sobre mí.

–¿No? –lo desafió ella–. Eso ya lo veremos –añadió ella. Entonces, colgó el teléfono.

Pasaron diez minutos antes de que el teléfono volviera a sonar, diez largos minutos durante los cuales Catherine paseó de arriba abajo de la habitación, preguntándose cómo había sido posible que la situación se descontrolara tanto. No había tenido intención de decir la mitad de las cosas que había dicho.

Con un suspiro, intentó calmarse antes de decidir lo que haría a continuación. ¿Volver a llamar y disculparse? ¿Volver a empezar la conversación esperando que Dios le diera paciencia para controlarse? La posibilidad de que aquello sucediera era de lo más remota. Desde siempre, su matrimonio con Vito había sido de lo

más volátil. Los dos tenían un genio muy vivo, eran testarudos y estaban muy a la defensiva de sus egos.

La primera vez que se vieron fue en una fiesta. Habían asistido cada uno con sus respectivas parejas y acabaron marchándose juntos. Había sido un caso de pura necesidad. Solo habían necesitado una mirada para abrasarse mutuamente.

Se habían hecho amantes aquella misma noche. Al cabo de un mes, ella se había quedado embarazada. Se casaron al mes siguiente y a los tres años eran enemigos acérrimos. Su relación había sido demasiado salvaje, demasiado apasionada. Incluso el final había acaecido a los pocos días de caer uno encima del otro en un febril intento de recuperar lo que sabían que estaban perdiendo.

El sexo había sido maravilloso, el resto un desastre. Habían empezado a pelearse segundos después de haberse acostado juntos. Él se marchó, como acostumbraba a hacerlo, y al día siguiente ella había tenido un parto prematuro de su segundo hijo y lo había perdido mientras Vito se solazaba con su amante.

Catherine nunca lo perdonaría por eso. Nunca olvidaría la humillación de haberle tenido que suplicar a su amante que lo dejara volver a casa porque ella lo necesitaba. Sin embargo, él había llegado demasiado tarde para poder ayudarla. Para entonces, habían tenido que trasladarla precipitadamente al hospital y el bebé había muerto. La degradación mayor le había llegado al ver que Vito se inclinaba sobre ella y le susurraba las frases de consuelo que se esperaba que dijera dadas las circunstancias mientras olía al perfume de otra mujer.

En cuanto tuvo las fuerzas suficientes, se había marchado de Italia con Santo. Vito jamás la perdonó por haberse llevado a su hijo. Los dos tenían argumentos en contra del otro y se sentían traicionados y abandonados. Si no hubiera sido por la madre de Vito, Luisa, solo Dios sabía a lo que la amargura podría haberlos conducido. Gracias a ella, se las habían arreglado para vivir tres años de relativa tranquilidad, eso sí, sin contacto personal entre ellos. Pero aquella tranquilidad acababa de hacerse pedazos.

Cuando el teléfono empezó a sonar, se quedó completamente quieta. Hasta el corazón pareció dejarle de latir. Su primer instinto fue no contestar, porque no se sentía dispuesta para tener otro encontronazo con Vito. Sin embargo, por fin se decidió a contestar, temerosa de que el persistente sonido despertara a su hijo.

–¿Catherine? –preguntó una voz femenina–. Mi hijo me ha insistido para que te llame. En nombre del cielo, ¿quieres decirme lo que está pasando?

–Luisa –dijo Catherine, sentándose en el sofá, completamente aliviada–. Creía que era Vito.

–Vito acaba de marcharse, hecho una furia –la informó la mujer–. Eso después de maldecir y gritar y decirme que tenía que llamarte enseguida. ¿Le pasa algo a Santo, Catherine?

–Sí y no –replicó Catherine. Entonces, sin implicar la vida sentimental de Vito, explicó lo que le pasaba a Santo.

–No me extraña que mi hijo estuviera tan preocupado –murmuró Luisa, cuando Catherine terminó la explicación–. No lo había visto tan asustado desde hacía mucho tiempo. Y había esperado no volver a verlo así.

–¿Asustado? –preguntó Catherine, sin poderse imaginar que el arrogante Vito tuviera miedo de nada.

–De volver a perder a su hijo –le aclaró la mujer–. ¿Qué es lo que pasa, Catherine? ¿Acaso habías creído que Vito no prestaría atención alguna a los problemas de Santo? ¿Que no lo preocuparían?

–Yo… no –respondió Catherine, sorprendida por la repentina amargura que la madre de Vito le estaba demostrando.

–Mi hijo se esfuerza mucho en tener una buena relación con Santo en el corto espacio de tiempo que se le concede. Y oír que con esto puede correr algún peligro debe de darle mucho miedo.

En los tres años que llevaban separados, Luisa siempre había sido neutral, por eso, aquella actitud desconcertó completamente a Catherine.

–Luisa, ¿me estás sugiriendo, igual que Vito, que soy yo la culpable de dicha situación?

–No –dijo la mujer, inmediatamente–. Claro que no. Yo me preocupo por mi hijo pero eso no significa que esté ciega para ver que los dos queréis tanto a Santo que preferiríais cortaros la lengua antes que hacerle daño a través del otro.

–Bueno, me alegra ver que piensas así –respondió Catherine, en tono muy seco.

–Yo no soy tu enemiga, Catherine.

–Pero si tuvieras que elegir, sabrías muy bien en que campo quedarte.

–Bien –comentó Luisa, sin responder–. ¿Qué quieres hacer sobre Santo? ¿Quieres que retrase mi viaje a Londres hasta que hayas conseguido convencerlo un poco?

–¡Oh, no! –exclamó Catherine, descubriendo que, de algún modo, había cambiado de opinión entre las dos conversaciones–. ¡Tienes que venir, Luisa! Se sentirá muy desilusionado si no vienes

por él. Solo quería evitar que te encontraras de sopetón con esta actitud rebelde. Y… hay muchas posibilidades de que se niegue a marcharse contigo –añadió, en tono de advertencia–. Y supongo que entenderás que yo no lo obligaré a marcharse contigo si él no quiere.

–Soy madre –dijo Luisa–. Claro que lo entiendo. Entonces iré, tal y como habíamos convenido, y esperemos que Santo lo haya consultado con la almohada y haya cambiado de opinión.

Mientras colgaba el teléfono, Catherine dudó que aquello fuera posible. Para Luisa, los problemas de Santo se debían a una inexplicable y repentina pérdida de confianza en su padre, pero, de hecho, el razonamiento del pequeño era más que fácil de explicar.

Marietta, la amiga de toda la vida de la familia, el miembro de confianza en el Consejo de directores de Giordani Investments, la amante de toda la vida… Una ramera.

Era alta, morena, italiana en toda su esencia. Tenía gracia, estilo, un encanto inquebrantable. Además, tenía belleza e inteligencia y sabía cómo usarlos para sacar provecho. Y, encima de todo aquello, era astuta y sabía muy bien a quién tenía que mostrarse como realmente era.

Que se hubiera atrevido a revelarse a Santo tal y como era había sido, en opinión de Catherine, la primera equivocación que Marietta había cometido en su larga campaña para conseguir a Vito. Tal vez había conseguido que ella huyera como una cobarde, pero no iba a salirse con la suya con respecto a Santo.

«Ni siquiera por encima de mi cadáver», se juró Catherine mientras se preparaba para meterse en la cama.

Capítulo 2

DESPUÉS de pasarse la noche dando vueltas en la cama, a las cinco de la mañana Catherine finalmente se rindió ante la evidencia de que no podría dormir. Estaba levantándose de la cama cuando el característico sonido de un taxi que se paraba en la calle le llamó la atención. Algunos de sus vecinos tomaban a veces un taxi si tenían que salir de viaje por la mañana temprano, así que, sin pararse más a pensarlo, se dirigió al cuarto de baño.

Al pasar por delante del dormitorio de su hijo, entreabrió la puerta para ver si estaba durmiendo. Al ver la cabecita sobresalir por encima de un alegre edredón se tranquilizó un poco. Por lo menos Santo había conseguido dormir a pesar de sus preocupaciones.

Tras cerrar la puerta, bajó las escaleras con la intención de preparar algo de café, con el que esperaba reanimarse antes de que empezara el duro día que la esperaba. Sin embargo, la figura que se adivinaba al otro lado del cristal de la puerta la hizo detenerse. Era la figura de un hombre enorme. Era demasiado pronto como para que fuera el cartero pero, a pesar de todo, permaneció quieta, esperando que el buzón se abriera y un montón de sobres fueran a caer al suelo. Para su sorpresa, la figura desconocida levantó la mano, como si fuera a llamar al timbre. Rápidamente, Catherine bajó las escaleras para impedir a quien fuera que llamara a la puerta y despertara a su hijo. Sin pararse a pensarlo, abrió la puerta de par en par. Fue entonces cuando se encontró, frente a frente, con la última persona que esperaba ver.

El corazón le dio un vuelco al ver a Vito, en carne y hueso, por primera vez en tres años. De una mirada asimiló todos los detalles, desde la frialdad que mostraban sus ojos, la inclinación de su boca o la manera casual en la que se apartaba informalmente la chaqueta para poder meter una mano en el bolsillo del pantalón.

Llevaba puesto todavía el esmoquin con el que ella se lo había imaginado la noche anterior. Solo le faltaba la pajarita y llevaba abierto el botón superior, dejando al descubierto su esbelta y morena garganta.

¿Habría ido allí directamente después de salir de su casa de Nápoles? Para llegar a Londres tan rápidamente, así tendría que haber sido. Sin embargo, si aquella prisa era para impresionarla y

demostrarle lo seriamente que se tomaba sus preocupaciones por Santo, Vito estaba muy equivocado.

Ella no quería que él estuviera allí. Y aún menos deseaba ver cómo aquellos ojos de color miel le recorrían el cuerpo de arriba abajo, como si ella todavía fuera una de sus posesiones. Ante la insistencia de aquella mirada, Catherine sintió que algo muy primitivo y muy antiguo surgía a la vida dentro de ella.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le espetó ella, poniéndose a la defensiva.

Como si fuera la arrogancia personificada, Vito arqueó una ceja. De algún modo, a pesar de que ella estaba a su mismo nivel por estar sobre el escalón que separaba la casa de la calle, él consiguió mirarla como si fuera algo inferior a él.

–A mí me hubiera parecido que es evidente –replicó Vito con frialdad–. Estoy aquí para ver a mi hijo.

–Son las cinco de la mañana. Santo está dormido –protestó Catherine.

–Sé muy bien la hora que es, Catherine –respondió él, reflejando por primera vez un cansancio que ella no había notado antes.

Entonces, Catherine empezó a notar otras cosas sobre él. Por ejemplo, tenía un aspecto más avejentado que lo que ella hubiera esperado. Su hermoso rostro estaba lleno de unos surcos que no estaban allí la última vez que lo vio. Las comisuras de la boca se inclinaban ligeramente hacia abajo, como si ya nunca más se permitiera sonreír.

De algún modo, aquella visión le provocó un cierto dolor por dentro. Aquella sensación la enfureció porque no quería sentir nada por aquel hombre que no fuera la indiferencia total.

–¿Cómo has conseguido llegar aquí tan rápidamente? –preguntó ella.

–He volado durante toda la noche y luego vine directamente del aeropuerto.

Catherine se imaginó que, después de viajar toda la noche, se habría trasladado allí en uno de sus habituales coches de lujo. Mirando por encima del hombro de él, esperó ver uno de ellos aparcado al lado de la casa, pero, para su sorpresa, no había ninguno.

Entonces, recordó haber oído un taxi y, completamente sorprendida, se dio cuenta de que Vito debía de haber viajado en uno de ellos desde el aeropuerto. Aquello debía de haber sido una novedad para él. A Vito le encantaba estar al mando de todo, tanto si era de los controles de un avión, el volante de un coche o incluso

su vida sexual.

–¿A qué aeropuerto has llegado? –preguntó ella, sin evitar que la ahorrativa ama de casa que había en ella quisiera calcular el coste de un trayecto tan largo en taxi.

–¿Acaso importa? –replicó él, muy irritado–. Además, ¿tenemos que tener esta conversación a la puerta de tu casa? –añadió, notando que alguien había empezado a mirar por la ventana.

–Ya sabes que no eres bienvenido aquí –le espetó ella, decidida a no impresionarse por la actitud de un hombre al que se le recibía con los brazos abiertos en todas partes por su eminente posición en el mundo de los negocios.

–Tal vez mi hijo tenga una opinión muy diferente.

–Entonces, ¿por qué no vuelves dentro de un par de horas cuando él ya esté despierto? –sugirió ella, empezando a cerrar la puerta.

–Si cierras esa puerta lo lamentarás –dijo él. A pesar de que deseaba cerrar la puerta, Catherine se detuvo–. Me parece que es evidente que tú y yo tenemos que hablar antes de que Santo se despierte. ¿Por qué crees que estoy al borde de la extenuación por haber querido llegar aquí tan temprano? –añadió, en tono de burla.

Una vez más, tenía razón. Catherine sabía que se estaba comportando de un modo mezquino pero, a pesar de todo, siguió defendiendo el umbral de su casa.

–Tú me llamaste, Catherine –le recordó él–. Un acto sin precedentes, pero expresaste con palabras lo que te preocupaba y he respondido. Ahora, demuéstrame un poco de elegancia y al menos reconoce que el hecho de que yo haya venido merece un poco de consideración.

Aquellas palabras hicieron reconsiderar su postura a Catherine y, tras un momento de duda, dio un paso atrás e invitó a su marido a entrar en la casa. Cuando lo hubo hecho, su presencia pareció llenar todo el espacio del recibidor. Catherine se quedó muy quieta y sintió que la tensión se acumulaba dentro de ella y absorbía, literalmente, la altura, envergadura y fuerza física superiores que no habían resultado tan evidentes cuando él había estado en el exterior.

Pudo aspirar también el olor único de su piel y sentir las vibraciones de su cuerpo, haciéndola que recordara lo peligrosas que aquellas vibraciones podían llegar a ser.

Seis años atrás, les había bastado una mirada para caer en un febril deseo sexual. Después de años de amarga enemistad, Catherine era capaz de sentir que el mismo deseo la atenazaba y se

maldijo por ello.

–Por aquí –murmuró ella, indicándole el camino de modo que no la tocara.

Entonces, lo condujo hasta el salón y se hizo a un lado para permitirle el paso. La habitación, muy pequeña, estaba muy escasamente amueblada con dos sofás pequeños, una televisión, un par de mesitas bajas y una librería. Tenía un rincón especial dedicado a Santo, con una mesita baja de juegos rodeada de sus juguetes y libros.

Todo estaba muy ordenado pero también resultaba completamente sencillo. Nada como las espaciosas y elegantes salas llenas de valiosas antigüedades en la casa de Vito ni la enorme habitación de juegos que el niño tenía para él solo, llena con todos los caprichos con los que un niño soñaba. Por el gesto que él hizo, a Catherine le pareció que él también establecía la comparación.

–Voy a vestirme –dijo ella, volviéndose hacia la puerta para no decirle algo del estilo de que el dinero no lo era todo. Pero él la agarró por la muñeca.

–No soy ningún esnob, Catherine –murmuró él–. Sé perfectamente lo feliz que Santo es aquí contigo.

–Por favor, suéltame la muñeca –ordenó ella, muy preocupada por el calor que estaba empezando a sentir en el brazo desde el punto en el que él la tenía agarrada.

–Tampoco me dedico a pegar a las mujeres.

–Qué raro –replicó ella, mientras él la soltaba–. Porque me parece recordar que la última vez que estuvimos a solas me amenazaste con hacer precisamente eso.

–Palabras, Catherine. Estaba furioso y aquellas palabras no contenían ninguna amenaza real para ti, y tú lo sabes muy bien.

–¿Sí? Éramos unos extraños, Vito. Éramos extraños entonces y somos extraños ahora. Yo nunca supe lo que tú pensabas.

–Excepto en la cama –afirmó él–. Allí sí sabías perfectamente lo que estaba pensando.

–Entonces, es una pena que no nos pudiéramos pasar allí las veinticuatro horas en vez de las seis que solíamos pasar –dijo Catherine, con expresión cínica–. No quiero tener esta clase de conversación contigo. No demuestra nada y solo contribuye a eclipsar la verdadera importancia de lo que le pasa a Santo.

–Me hubiera parecido que nuestra relación, o mejor dicho, la falta de ella, es lo importante para Santo.

–No. Lo que le importa a Santo es que su padre se vaya a casar con una mujer a la que él le tiene pánico.

–Explícame eso.

–Pues eso, que le tiene pánico, miedo. ¿De qué otro modo quieres que te lo diga?

–¿Miedo de Marietta? –preguntó él, incrédulo–. Tiene que haber interpretado mal algo que ella le haya dicho. Ya sabes que su italiano no es tan bueno como su inglés.

Tal y como ella había pensado, para Vito la situación en la que estaba su hijo no podía ser culpa de Marietta.

–Voy a vestirme –dijo ella, en tono muy cortante.

–¿Te importa si me preparo una taza de café mientras tú te vistes?

Sin decir una palabra, ella se dirigió a la cocina, seguida por Vito. Ella sintió que él miraba hacia la escalera, como si esperara que su hijo apareciera allí de repente. Pero no fue así. Santo era fiel a sus hábitos y si su reloj interior le decía que tenía que levantarse a las siete, a las siete se levantaría.

Mientras llenaba la cafetera de agua, Vito entró en la cocina. Al sentir cómo la miraba, fue consciente una vez más de lo inadecuado que resultaba su atuendo.

No era que el pijama de pantalón corto que llevaba puesto resultara inadecuado. Era el hecho de no llevar nada debajo lo que la hacía ser demasiado consciente del modo en que la miraban aquellos ojos inquisitivos.

–Supongo que no se levantará hasta la siete –murmuró él, de repente.

–Veo que conoces bien su rutina –respondió ella–. Y si sabes eso, supongo que sabrás también que si intento despertarlo antes…

–Estará todo el día de un humor de perros. Sí, lo sé.

Catherine no pudo evitar levantar la vista para consultar el reloj de la cocina. Al oír el crujido de tela detrás de ella, supo que Vito estaba haciendo lo mismo.

Eran las cinco y media. Aquello significaba que tenían una hora y media para soportar la compañía del otro. Catherine se preguntó, mientras contaba las cucharadas de café que ponía en el filtro, si podrían aguantarlo.

–Llevas el pelo más corto de lo que recuerdo.

Ella se detuvo en seco. ¿Qué más habría notado?

–Tengo tres años más –respondió ella, envuelta por una serie de sensaciones que tenían que ver solo con el sexo y con lo que aquel hombre siempre había sido capaz de hacer con ella.

–No lo aparentas.

–Pues tú sí –le espetó ella.

Por fin, terminó de poner el café en la cafetera y dejó la cucharilla en la encimera, volviéndose para mirarlo con una expresión desafiante y una falsa sonrisa en el rostro.

Sin embargo, la sonrisa se le heló en los labios cuando se volvió a contemplarlo. Tenía un aspecto esbelto, con la mandíbula cubierta por una barba incipiente. Tenía la arrogante nariz de un conquistador romano, los encantadores ojos de miel oscura de un ladrón, la sensual boca de un gigoló y el cuerpo de un gladiador.

Catherine no pudo evitar cerrar los ojos y abrirlos muy lentamente, devolviendo sus febriles pensamientos a la realidad al ver cómo él la contemplaba, sabiendo perfectamente que ella no dejaba de pensar en el pasado.

Fue como si la hubieran pillado con las manos en la masa. Sin poder evitarlo, se sonrojó y se quedó sin saber lo que decir o lo que hacer.

–Voy a vestirme –repitió ella, intentando volver a escapar.

–¿Por qué vas a molestarte? –preguntó él, dispuesto a no dejarla escapar–. Ya es demasiado tarde para cubrir lo que te está pasando, *mia cara*.

–¡Yo no soy nada para ti! –exclamó ella, sabiendo que no hacía más que morder el anzuelo.

–Tal vez no –admitió él–, pero creo que te estás preguntando cómo sería volver a revivir aquellos momentos en que sí lo fuiste.

–Contigo no. Nunca más contigo.

–¿Ha sido eso un desafío? Porque si así ha sido, tal vez lo acepte. Nunca se sabe. Podría ser interesante ver cuántas veces podemos devorarnos el uno al otro en la hora y media que tenemos hasta que nuestro hijo baje. Con toda seguridad, evitaría que pensáramos en otros problemas.

–¡Si eso es lo que necesitas para mantener la mente ocupada, te sugiero que llames a Marietta! Ella siempre estuvo mucho mejor entrenada que yo para satisfacer todos tus requerimientos.

–Tal vez sigas teniendo el cuerpo de una sirena, Catherine –escupió Vito–, pero has desarrollado la boca de una ramera. Cuándo me vas a escuchar y a creerme cuando te digo, estúpida amargada, que Marietta no es ni ha sido nunca mi amante.

Catherine sabía que debía dejarlo estar y no hablar más del asunto pero no pudo hacerlo. Vito siempre había sido capaz de sacar lo peor que había en ella y ella lo peor de él. Solían enfrentarse como enemigos y hacer el amor como si nada pudiera separarlos. Era confrontar el fuego latino con el espíritu celta, el enorme ego de él, contra el fiero orgullo de ella.

Desde el principio, habían estado destinados al fracaso. Pero, durante los primeros meses, su relación había sido una gloriosa mezcla de temperamentos apasionados que se fundían para crear la maravillosa sensación del amor verdadero.

No había importado que las palabras no se hubieran pronunciado nunca. Habían estado allí, en cada mirada, en cada caricia, en la manera que no podían estar separados el uno del otro durante más de unas pocas horas sin establecer contacto, aunque hubiera sido solo por medio del teléfono. Incluso cuando ella se había quedado embarazada y habían empezado los enfrentamientos, ella había seguido creyendo que el amor era el motor que los había empujado al matrimonio.

Cuando conoció a Marietta el día de la boda y supo que aquella era la mujer con la que Vito se hubiera casado si ella no hubiera elegido casarse con Rocco, el mejor amigo de Vito, había colocado las frágiles semillas de la duda en la mente de Catherine.

Sin embargo, como no había nada en la actitud de Vito que delatara lo contrario, ella había rechazado aquellos pensamientos a lo largo del primer y del segundo embarazo.

Entonces, Rocco murió en un accidente náutico, seguido a las pocas semanas por el fallecimiento del padre de Vito de un ataque de apoplejía. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando, Vito y Marietta estaban siempre juntos. Vito lo llamaba «una pena compartida». Marietta había dicho que era algo «inevitable». Entonces, recordó las hirientes palabras de Marietta. «¿Qué te crees que hizo Vito cuando tú lo cazaste para que se casara contigo? ¿Ponerse una venda en los ojos y olvidarse de que era de mí de la que estaba enamorado? Mientras Rocco estaba vivo, tal vez se hubiera resignado a aceptarlo y conformarse contigo, pero con Rocco muerto…».

–Me creeré que Marietta no es tu amante cuando el infierno se hiele –le espetó Catherine, saliendo de su ensoñación–. Ahora, apártate de mí –añadió, intentando abrir la puerta. Pero Vito la mantuvo cerrada.

–Eso será cuando yo lo quiera. Tú has empezado esto, pero tal vez es mejor que lo zanjemos aquí y ahora antes de que mi hijo se despierte.

–¿Zanjar qué? –gritó ella, mirándolo llena de asombro–. ¡Ni siquiera sé por lo que estamos peleando!

–Por lo que tienes en contra de Marietta –le recordó él–. Es tu obsesión, Catherine. Siempre lo ha sido. Por eso, es fácil llegar a la conclusión de que debes de ser tú la que ha estado llenándole a

Santo la cabeza de tonterías sobre Marietta y yo.

–El ciego eres tú. Eres un tonto testarudo, orgulloso y ciego que nunca podría ver que todo el encanto que esa Marietta despliega a tu alrededor es tan maligno como ella.

–Estás enferma –respondió él, apartándose de ella–. Tienes que estarlo, Catherine, para pensar ese tipo de cosas sobre una mujer que solo quiso ser tu amiga.

–¿Ser mi amiga? Lo siento si esto te ofende, Vito, pero yo no entablo amistad con las amantes de mi marido.

–¡Ella nunca ha sido mi amante!

–¡Eres un mentiroso!

–¡Yo no miento!

–Sé que Marietta le ha estado instilando su veneno a Santo igual que una vez me lo dio a mí –insistió ella.

–No pienso continuar escuchando esto –dijo Vito, extendiendo una mano como si fuera a apartarla de la puerta.

–Entonces, ¿escucharás a Santo?

–Para eso estoy aquí, ¿es que no lo recuerdas? –preguntó él, dejando caer la mano.

–Pero, ¿vas a creerle? –insistió ella–. ¿Aunque te diga que lo que yo te he estado diciendo es la vedad?

–¿Y si has sido tú la que le ha hecho creer esa versión de la verdad?

–Supongo que eso significa que no tienes intención de creer a tu propio hijo igual que una vez tampoco me creíste a mí –suspiró ella, con hastío.

–Te lo repito. Tú eres la que tiene esa obsesión. Ni Santo ni yo la tenemos.

Catherine se sintió como si se estuviera dando cabezazos contra la pared. Sin embargo, recordó que aquello no era ninguna novedad.

–En ese caso –dijo ella, apartándose de la puerta y de él–, creo que deberías marcharte ahora, antes de que Santo se levante y te encuentre aquí. Porque él tampoco te agradecerá más de lo que te lo agradezco yo lo poco que crees en su palabra.

–Yo no he dicho que no crea lo que Santo está pensando, solo que desconfío de lo que le ha hecho pensar así.

–Es lo mismo –respondió Catherine, encogiéndose de hombros–. Y todo lo que puedo decirte es que me parece muy triste que antepongas lo que sientes por Marietta a lo que sientes por tu hijo, lo que hace que este viaje haya sido una completa pérdida de tiempo.

Vito guardó silencio. Entonces, se dirigió a la cafetera, que acababa de hervir. Desde el fregadero, Catherine lo contempló. Aquel hombre debía de estar embrujado por el diablo para arriesgar el amor de su hijo por el de aquella mujer.

Sin embargo, estaba allí. Había violado un mandamiento judicial para visitar a su hijo y ayudarlo, si podía. Tal vez…

–Bueno, donde las dan las toman –musitó ella, muy lentamente–. Probemos tu amor por Marietta en contra del que sientes por tu hijo.

–Esto no es una competición.

–Pues yo la voy a convertir en una –declaró ella–. Y voy a hacerlo dándote una elección muy sencilla. Escúchame, Vito, porque te hablo muy en serio. O renuncias a tu intención de casarte con Marietta o, si te casas, perderás todos tus derechos de ver a Santino.

–Te lo aviso, *cara*. No podrás interponerte entre mi hijo y yo otra vez, sean cual sean los trucos que utilices.

–Sin embargo, los utilizaré si quiero.

La tensión subió peligrosamente entre ellos. Vito sabía que ella no estaba fanfarroneando. El padre de Catherine había sido un eminente abogado antes de su prematuro fallecimiento. Tenía amigos en la profesión, amigos poderosos que se especializaban en conflictos matrimoniales y habían ayudado a Catherine tres años antes cuando ella lo había necesitado. Habían atado bien a Vito con legalismos antes de que él supiera lo que se le venía encima.

Catherine volvería a actuar del mismo modo si sentía que tenía que proteger a Santo del mal que lo amenazaba en la casa de su padre. Con una llamada telefónica, ella podría hacer real aquella amenaza por haber ido a su casa, rompiendo la orden judicial. Y Vito lo sabía.

–Entonces, ¿qué va a ser? –insistió ella–. ¿Marietta sale de tu vida o… va a ser Santo?

–Suenas muy dura Catherine –dijo él, con una triste sonrisa–. Muy segura de ti misma. Pero pareces haber pasado por alto un detalle muy pequeño pero muy importante.

–¿Qué? –preguntó ella, desafiante, segura de que tenía todos los ases en la mano.

–La evidente inseguridad de nuestro hijo y lo que tú pretendes hacer para aliviarla –respondió él, tomando un sorbo de café negro–. La última vez que empezaste la guerra contra mí, Santo era demasiado pequeño como para saber lo que estaba pasando. Pero ya no lo es. Ahora, tiene la edad suficiente como para ser consciente

de todo lo que tiene lugar entre nosotros –añadió, dejando que ella entendiera el peso de aquellas palabras–. ¿Estás dispuesta a correr el riesgo de dañar el amor que él siente por mí solo por empezar otra campaña de venganza con el único propósito de hacerme traspasar la línea?

Capítulo 3

NO HAY vuelta atrás? –preguntó Vito, al ver que ella se quedaba mirándolo, sin decir nada. La palidez que poco a poco fue mostrando su rostro indicó que iba entendiendo lo que significaban aquellas palabras–. ¿Tengo que entender entonces que tu ansia de venganza por lo que tú crees que se te ha hecho no se calma aunque vayas a hacer mal a tu hijo?

Catherine no pudo responder pero el temblor que recorrió su cuerpo lo decía todo. No estaba preparada para dañar el amor que su hijo sentía por su padre.

–Bueno, ese cambio es de lo más estimulante –añadió él, que parecía que estaba empezando a disfrutar con aquello–. Casi, y digo casi, restaura la fe que tengo en ti como la leal madre de mi hijo, *cara*, aunque no haga nada para la fe que tengo en ti como leal y amante esposa.

–Si vamos a empezar a hablar de lealtad, te vas a meter en un terreno de arenas movedizas, Vito –lo desafió ella, mirándolo con desprecio.

–Entonces, no lo haremos. En vez de eso, veamos si se nos ocurre un compromiso más… sensato entre los dos que cumpla con nuestros requisitos y a la vez cubra las necesidades de nuestro hijo.

–No mantengas el suspense. Háblame de ese compromiso –replicó ella, que no podía pensar en que algo similar existiera.

–No estoy seguro de que te vaya a gustar –dijo él, con una extraña sonrisa en los labios.

–Mientras deje a Marietta a un lado –afirmó ella–, cualquier cosa me parecerá bien.

Vito no respondió enseguida pero los ojos empezaron a brillarle de un modo que hizo que Catherine se quedara helada.

–Mira –añadió ella, muy nerviosa–. ¡O me dices de lo que va esto o te marchas de aquí enseguida!

–Este compromiso –musitó él, mirándole el cuerpo–, está más o menos a mitad de camino de tus sensacionales caderas y tiene el delicioso potencial de caérsete a los pies con un poquito de ayuda.

Al mirar al lugar en el que descansaban los ojos de Vito, Catherine se dio cuenta de que estaba hablando de sus pantalones cortos.

–¿Quieres dejar de intentar provocarme? –le espetó ella.

–Ojalá pudiera, pero ver esas piernas tan exquisitas, presentadas de un modo tan seductor, me ha estado volviendo loco desde que he llegado.

Por puro instinto, Catherine dio un paso al frente con la intención de responder con un bofetón a aquella afrenta tan insufrible. Pero la mano de él detuvo la suya con destreza.

–Sigues teniendo un cuerpo maravilloso, Catherine –dijo él, sin dejar de mirarla–. Todas esas líneas y curvas tan sensuales me han provocado recuerdos muy emocionantes. Tanto que, de hecho –añadió, acariciándole con el dedo la suave piel que le cubría la muñeca, justo donde el pulso le latía a toda velocidad–, se me había ocurrido, antes de que tú mostraras la atracción que sientes por mí, que si volviera a tenerte en mi cama, no tendría que buscar en otra parte para llenar ese vacío en mi vida.

–¿Cómo te atreves? –replicó ella–. ¿Cómo te atreves a hacerme una sugerencia tan asquerosa?

–Yo necesito una mujer en mi cama –afirmó él–. Y, dado que mi hijo tiene que verse protegido del lado más sucio de esa necesidad, entonces, esa mujer debe ser mi esposa. Mi legítima esposa. Que honre mi mesa, mi cama y ame a mi hijo tanto como yo.

–¿Y tú crees que Marietta cumple con todos esos requisitos?

–Ahora no estamos hablando de Marietta –replicó Vito, con voz cortante–. Estamos hablando de ti, Catherine. De ti –repitió, dejando la taza en la encimera para poder agarrarla con aquella mano de la cintura. Catherine trató de resistirse pero él la estrechó más contra sí–. Que, incluso vestida como tú lo estás, pudiera a pesar de todo honrar la mesa de cualquier hombre con tu belleza y estilo. Y, en cuanto a lo del sexo… dado que conozco tu rico y variado apetito tan bien como conozco el mío, no veo problema alguno en que resucitemos lo que solían ser unos ratos tan agradables para ambos.

–¡Eres un ser asqueroso! –exclamó ella, airada con aquella forma de hablar.

–Soy realista.

–Un realista que solo busca venganza –dijo ella, consciente del motivo que lo empujaba a sugerir aquello.

–El italiano que hay en mí me pide que así sea –admitió él–. Pero solo piensa que así podrías dar rienda suelta a tu deseo tan británico de hacerte la mártir. Que podrías residir en mi casa y mantener la cabeza bien alta y simular que solo estás allí por Santo. Que podrías compartir mi cama y disfrutar cada momento de lo que hagamos allí mientras te dices a ti misma que mantenerme feliz es

el precio que tienes que pagar por mantener a tu hijo feliz.

–¿Y tú? ¿Qué piensas tú sacar de todo eso?

–Esto… –murmuró él, capturándole la boca con un beso.

Aquel beso la lanzó rápidamente al lugar donde guardaba todos los recuerdos que tenían que ver con Vito. De repente, Catherine se sintió incandescente. Locura, pasión que la empujaron poco a poco a un abismo de avaricia sensual.

Solo Vito era capaz de provocarle aquellas sensaciones, de encenderla de aquella manera. El cuerpo de Catherine conocía el de él y se exaltaba contra su firmeza. La lengua de él azuzaba las llamas que la devoraban y las manos rebuscaban lugares recónditos por debajo de la camiseta del pijama y, más audazmente, por debajo de la banda elástica de los pantalones cortos.

Catherine debió de haber gemido ante aquella sensación porque la boca de él se separó de la suya y los ojos le brillaron llenos de triunfo.

–Y consigo que se me devuelva mi orgullo –dijo él–. Un orgullo que tú me quitaste el día que me obligaste a ir a los tribunales a suplicar el derecho de amar a mi propio hijo.

Entonces, él la soltó. Catherine tardó algunos momentos en darse cuenta de lo que él le había hecho. Horrorizada, se dio cuenta de lo fácil que le había sido a Vito y se sintió avergonzada. Todo en nombre del orgullo, de la venganza y de la pasión.

Catherine se volvió para decirle muy claramente lo que podía hacer con su apestosa proposición cuando un ruido al otro lado de la puerta de la cocina les llamó la atención.

Era Santo, que bajaba por las escaleras. Al unísono, los dos miraron el reloj de la cocina. Solo eran las seis y media. Probablemente el niño había estado tan preocupado que se había despertado antes de lo debido.

Por el rabillo del ojo, Catherine vio que Vito se había puesto de repente muy pálido. Evidentemente, lo preocupaba mucho la reacción que su hijo pudiera tener para con él. ¿Sería cierto que tenía miedo, tal y como Luisa le había dicho?

Muy a su pesar, sintió pena por él. Vito amaba a su hijo. Ella nunca lo había dudado. Sin embargo, no se merecía la mano que, instintivamente, ella había levantado para consolarlo.

De repente, la puerta de la cocina se abrió y reveló al pequeño Santo. Estaba vestido con unos vaqueros y una sudadera y llevaba una gorra de béisbol en la cabeza. Sobre el suelo, tenía una pequeña bolsa de viaje, repleta hasta los topes.

Al ver a su padre, lo miró con una completa falta de expresión

en el rostro. Si hubiera sabido que él estaba en la casa, aquella actitud hubiera sido más que comprensible. Sin embargo, la casa era vieja y tenía los muros muy gruesos. Era imposible que hubiera oído nada. Por ello, el corazón de Catherine le dio un vuelco al ver cómo se comportaba como si Vito no estuviera presente.

–Me voy a escapar –le dijo a su madre–. Y no quiero que me sigas.

Aquella situación hubiera podido resultar cómica pero a Catherine no se lo pareció así porque vio que su hijo hablaba en serio. Quería escaparse de verdad porque creía que nadie lo quería.

La madre se acercó al hijo, necesitando abrazarlo, comunicarle el amor que sentía por él. Pero Vito se le adelantó. Y fue más listo. No hizo intento alguno por tocar al pequeño. Se limitó a agacharse para estar a su altura y empezó a hablarle en italiano.

–En inglés –le ordenó, volviéndose para mirarlo durante un segundo–. Yo ya no hablo italiano.

–¿Dónde vas a ir? –preguntó Vito, cambiando de idioma sin ningún problema, a pesar de que debía de haberle dolido la negativa de su hijo–. ¿Tienes dinero para tu viaje? ¿Quieres que te preste algo? –añadió, al ver que el pequeño parpadeaba muy confundido. No se le había ocurrido pensar en el dinero.

–No quiero tu dinero –replicó lleno de orgullo el pequeño.

–Desayuna entonces –sugirió Catherine, arrodillándose al lado de Vito–. Nadie debería escaparse sin tomar primero un buen desayuno. Ven y siéntate a la mesa –añadió, extendiendo una mano–. Te prepararé un poco de zumo y un tazón de esa nueva clase de cereales que te gusta tanto.

Santo no hizo caso de la mano. Se limitó a mirar los rostros de los adultos, de uno al otro. De repente, pareció confundido. Vito emitió una maldición en voz baja al entender por qué Santo los miraba de aquella manera. Catherine tardó un segundo más. Aquella debía de ser la primera vez que el niño veía los rostros de sus padres juntos, delante de él.

–No queremos que nos dejes, hijo… –susurró Vito, rodeando los hombros de Catherine con el brazo.

–¿Quieres que me quede? –preguntó Santo, refiriéndose a Catherine.

–Claro que sí. Te quiero mucho –respondió ella–. Los dos te queremos mucho.

–Marietta dice que no me quieres –dijo Santo, refiriéndose a su padre, en tono acusador–. Marietta me dijo que yo no fui más que un error que no hace más que estorbar.

–Seguro que no la has comprendido bien –respondió Vito.

–Marietta dice que tú odias a mi madre porque ella te hizo tenerme –insistió el pequeño–. Me dijo que por eso tú vives en Nápoles y yo vivo aquí en Londres, para no estorbarte.

Catherine sintió que los dedos de Vito se le clavaban en los hombros. ¿Acaso creía que ella sería capaz de alimentar a su hijo con aquel veneno cuando todo el mundo podía ver que Santo estaba sufriendo tanto con todo aquello?

–Lo que Marietta diga no importa, Santo –afirmó Catherine–. Lo que realmente importa es lo que digamos papá y yo. Y los dos te queremos mucho. ¿Crees que papá se hubiera quedado sin dormir solo para venir a verte si no te quisiera?

Aquella pregunta pareció conseguir su objetivo. Catherine vio la sombra de una duda sobre los ojos de su hijo.

–¿Por qué has venido? –le preguntó inmediatamente a su padre.

–Porque tú dijiste que no querías venir conmigo –respondió Vito–. Y te echo mucho de menos cuando no estás conmigo…

El pequeño dejó escapar un suspiro y pareció relajarse un poco. Sin embargo, no estaba dispuesto a bajar la guardia tan rápidamente. Marietta le había hecho mucho daño con sus malvadas afirmaciones como para que desaparecieran con un par de promesas.

–¿Dónde está la abuela? –preguntó el niño, que había decidido cambiar de tema.

–Le prometí que te llevaría a Nápoles conmigo, si podía convencerte de que lo hicieras.

–Ya no me gusta Nápoles –replicó Santo, inmediatamente–. No quiero volver allí nunca más.

–Siento mucho que me digas eso, Santo –respondió Vito, muy suavemente–. Porque tu repentina antipatía por Nápoles estropea mucho la sorpresa que tu *mamma* y yo habíamos planeado para ti.

–¿Qué sorpresa? –preguntó el niño, con cautela. Catherine también se había quedado atónita por aquella afirmación y se volvió para interrogar a Vito con la mirada–. ¡No quiero ir a vivir a Nápoles contigo! –añadió Santo, sacando sus propias conclusiones–. ¡No quiero vivir en el lugar en el que Marietta vaya a vivir!

–Marietta no vive en mi casa –afirmó Vito.

–¡Pero lo hará cuando te cases con ella! ¡Odio a Marietta!

Vito se volvió a Catherine y la miró de un modo como si quisiera convertirla en piedra. Seguía creyendo que había sido la madre la que había hecho creer al pequeño todas aquellas historias sobre Marietta. Sin embargo, Catherine no se arredró y le devolvió una

mirada llena de desafíos que él pareció entender.

Entonces, se volvió a Santo y se concentró en el niño, poniendo una cara de completa sorpresa.

–Pero, ¿cómo me voy a casar con Marietta si estoy casado con tu *mamma*? Y tu *mamma* y yo queremos seguir casados, Santino. Nos queremos tanto el uno al otro como te queremos a ti. Tanto, que incluso vamos a vivir en la misma casa juntos.

Aquel fue el golpe de gracia que Catherine no se esperaba. Antes de que pudiera reaccionar, él se volvió hacía ella y le sonrió, como desafiándola a que se atreviera a negarlo.

Ella no pudo hacerlo y Vito lo sabía. La cara del niño se había iluminado instantáneamente, como si alguien acabara de devolverle la vida. Por ello, Catherine se vio obligada a guardar silencio y aguantar que Vito le plantara un beso en los labios, para sellar aquella nueva imagen de unidad familiar.

–¿Quieres venir tú también con nosotros, Santo? –murmuró Vito–. ¿Quieres ayudarnos a ser una familia como Dios manda?

–¿Quieres decir que viviremos todos en la misma casa, tú, yo y mamá? –preguntó Santo, con la voz temblorosa por la emoción.

–Sí. Y la abuela también –añadió–. Porque tiene que ser en Nápoles. Es allí donde yo trabajo y tengo que vivir allí, ¿lo entiendes?

–¡A mamá le encanta Nápoles! –exclamó el pequeño, dispuesto a entender cualquier cosa con tal de conseguir aquel escenario feliz–. Estoy seguro de ello porque le gusta escuchar todos los lugares que hemos visitado y todas las cosas que hemos hecho allí.

–Bueno, pues de ahora en adelante podremos hacer todas esas cosas juntos, como una familia.

En aquel momento, Catherine ya no pudo soportar más el poder del brazo que la aprisionaba por los hombros y se levantó.

–Voy a vestirme –dijo ella.

Pero los dos no parecieron oírla. Cuando ella salía de la cocina, Santo se abalanzó sobre su padre, con los brazos levantados y los ojos centelleando, acurrucándose en el regazo de Vito como el mismo entusiasmo que el de un cachorrillo que se siente amado.

–Si tienes en alguna estima tu salud, entonces te sugiero que guardes las distancias –le avisó Catherine cuando vio que la figura de Vito aparecía en la periferia de su visión.

Estaba en su pequeño pero soleado jardín, tendiendo la ropa. Tenía la esperanza de que aquella tarea la ayudara a aliviar la

ansiedad que le había provocado una mañana entera de jugar a las familias felices.

Juntos, se habían tomado un delicioso desayuno mientras habían hecho planes sobre lo que hacer en Nápoles durante el largo y cálido verano. Ella había sonreído y había parecido entusiasmada e incluso había hecho sugerencias propias para que todo fuera completamente perfecto. Entonces, Santo se había llevado a Vito para enseñarle su habitación con toda la excitación de un niño que estaba viviendo en el séptimo cielo.

Luego, había ido a visitar a su mejor amigo a su casa, unas cuantas puertas más allá, donde estaba relatando a una cautivada audiencia su cambio de suerte.

Por ello, Vito se había animado a buscarla, lo que, desde el punto de vista de Catherine, era buscarse demasiados problemas. Él sabía que ella estaba enfadada y que estaba conteniendo a duras penas la ira que le había provocado que Vito decidiera por ella.

–¿Es que no tienes una secadora para eso? –preguntó él.

Aquella pregunta sorprendió a Catherine, pero no se sentía con humor de responder ni de explicarle que meter la ropa en una secadora no le serviría de terapia para la tensión que sentía en aquellos momentos.

Simplemente, se inclinó a sacar una camiseta de Santo y a colgarla en la cuerda sin darse cuenta del modo en el que el sol jugueteaba con su pelo mientras se movía, resaltando los mechones rojizos en un baile fascinante de color.

Tampoco se había dado cuenta de cómo se le ajustaba la falda al trasero cada vez que se inclinaba ni como la minúscula camiseta blanca se le abría para revelar durante un segundo visiones de sus senos dentro del sujetador blanco. Sin embargo, Vito sí se había dado cuenta de todas esas cosas.

–¿Podrías dejar eso? –preguntó Vito, de repente–. Necesitamos hablar ahora que tenemos oportunidad de hacerlo.

–Creo que ya hemos hablado bastante.

–Estás enfadada.

–¿Tú crees? –dijo ella, haciendo girar el tendedero para poder colgar más ropa en el espacio que quedaba libre–. Y yo que creía que estaba más contenta que unas pascuas.

Vito frunció las cejas al oír aquella respuesta. Más allá, las ligeras vallas que había entre las casas permitía que las voces de los niños viajaran con facilidad. Cualquiera de ellas podría ser Santo, por lo que Vito, como si fuera consciente de ello, se acercó a ella para poder bajar la voz.

–Supongo que te darás cuenta de que no me quedaba alternativa más que decir eso.

–El busca-problemas se pone manos a la obra, a pensar con los pies y la boca –dijo ella–. Sí, me impresionaste mucho, Vito. ¿Cómo no iba a estarlo?

–Pues a mí no me lo parece –dijo él, inclinándose para darle la siguiente prenda que iba a tender.

–Yo tengo una vida aquí, Vito –replicó ella–. Tengo un trabajo que me encanta y compromisos de los que no puedo renegar –añadió ella, recogiendo la camisa del colegio de Santo de manos de Vito, con mucho cuidado de no tocarlo.

–Con tus aptitudes para el trabajo en una oficina y para los idiomas podrías conseguir trabajo en cualquier parte. Templeton y Lang no son el único bufete que se especializa en derecho comunitario.

–¿Sabes dónde trabajo? –preguntó ella, sorprendida.

–Santo no ha dejado de hablar nunca sobre lo ocupada que está su mamá con el importante trabajo que tiene –respondió él, con una atractiva sonrisa en los labios.

–Y supongo que no lo apruebas.

–¿Que tú trabajes? –preguntó él, dándole otra prenda–. Preferiría que te hubieses quedado en casa para cuidar de Santo.

–Las necesidades se imponen –replicó ella, sin ningún deseo de retomar discusiones pasadas.

Las habían tenido en muchas ocasiones antes, cuando ella había insistido en seguir trabajando aun después de estar casados. Entonces había sido muy fácil para ella porque su profesionalidad y el dominio de los idiomas habían sido muy valorados en muchos campos del mundo de los negocios. En Nápoles había trabajado para la Oficina de Turismo Local. Vito se había puesto furioso, temiendo lo que la gente podría pensar de que él dejara que su esposa, embarazada, trabajara.

Aquella solo había sido otra pelea más entre muchas.

–Pero el diablo en este caso no soy yo –dijo Vito secamente–. Tú siempre rehusaste apoyo económico cuando me dejaste.

–Puedo mantenerme yo sola –replicó ella. Y efectivamente, siempre lo había hecho, incluso cuando vivía en casa de Vito, con aquellos coches y un estilo de vida tan llamativos.

Además, su padre se había encargado de que no le faltara nada. Como la había criado él solo, siempre se había cuidado de que sus necesidades estuvieran bien cubiertas para cuando él muriera. Catherine era dueña de aquella casita en un barrio de clase media,

no tenía deudas importantes e incluso había conseguido ahorrar un poco de dinero para los malos tiempos. Además, por el hecho de haber sido criada solo con uno de sus padres, era muy independiente y segura de sí misma. Casarse con un arrogante italiano impregnado de los valores tradicionales había sido una dura prueba para ambas cualidades. La única vez que había dejado de creer en sí misma había sido cuando se quedó embarazada por segunda vez y estaba demasiado débil y enferma para hacer nada, incluso luchar por el afecto de su marido.

–No puedo volver a vivir contigo, Vito –dijo ella–. No puedo…

–Es demasiado tarde. No tienes elección. Esto ya no tiene nada que ver con lo que tú quieras, Catherine. Ni siquiera con lo que yo quiera. Es solo lo que nuestro hijo quiera.

–Nuestro hijo superviviente –susurró ella.

–A los muertos se les guarda luto pero se celebra el hecho de que los demás sigan vivos. ¡No pienso permitir que Santo siga pagando el precio de la trágica muerte de su hermano!

–¿De verdad crees que eso es lo que he estado haciendo?

–No sé los motivos que tienes, Catherine –gruñó él–. Nunca lo he sabido y ya no tengo ganas de averiguarlo. Pero nuestro futuro está escrito en piedra. Acéptalo y deja el pasado en el lugar que le corresponde. El pasado, pasado está y ya no tiene consecuencia alguna en el presente –concluyó él, dándose la vuelta.

–¿Incluye eso a Marietta? –preguntó ella, cuando Vito estaba ya de espaldas.

Sin embargo, él ya no la escuchaba. Tenía la atención fija en algo de lo que ninguno de los dos se había percatado antes. Sobre los setos, había varias cabezas de adultos que los miraban con curiosidad.

–¡Maldita sea! –exclamó Catherine.

En aquel momento, el teléfono empezó a sonar dentro de la casa, algo por lo que ella se sintió muy agradecida. Rápidamente entró en la cocina, dejando que Vito fuera el que se mostrara agradable con los vecinos. Al contestar el teléfono, casi lo hizo gritando.

–Cuidado, cariño. Mis tímpanos son muy delicados –protestó una profunda voz.

–Marcus –dijo ella, como si estuviera recibiendo maná del cielo, mientras se apoyaba contra un armario de la cocina–. ¿Cómo es que me llamas tan temprano?

–Hace un día tan hermoso que, de repente, tuve el ansia de pasarlo con mi persona favorita –explicó él.

Sin embargo, Marcus no se había dado cuenta de que Catherine ya no le estaba prestando atención. Su mirada estaba fija en la puerta que daba al jardín. Vito estaba allí, completamente helado. Ella sintió que el placer de la venganza se apoderaba de ella cuando se dio cuenta de que él había oído sus palabras.

–Entonces, cuando me acordé que hoy también era el día en el que tu hijo se marchaba a Italia –añadió Marcus–, pensé, «¿por qué no llevarme a Catherine a comer al lado del río, dado que ella estará libre de sus habituales compromisos?».

Pero la palabra «libre» era la última que Catherine utilizaría para describir la situación en la que se encontraba en aquellos momentos. A decir verdad, se sentía atrapada, prisionera por un par de ojos dorados que amenazaban con desquitarse.

Capítulo 4

TODO el vello de su cuerpo se le puso de punta como respuesta a aquella aparición.

–Lo siento mucho, Marcus –murmuró ella, con la respiración entrecortada–, pero el viaje de Santo se ha… retrasado.

–Oh –respondió él, simplemente, en tono muy desilusionado.

–¿Puedo llamarte yo cuando tenga más claro cuándo voy a estar libre? –preguntó ella–. Es que justo ahora, no puedo seguir hablando…

–Hay alguien ahí –dijo Marcus, dándose cuenta de la situación, como buen abogado que era.

–Sí, eso es.

–¿Hombre, mujer o niño? –quiso saber él.

–Gracias por ser tan comprensivo –dijo ella, sin responder a la pregunta–. Ya… ya te llamaré. En cuanto pueda –añadió. Antes de colgar, se despidió precipitadamente y volvió a colocar el auricular encima del teléfono–. Era Marcus.

–¿Y? –preguntó Vito, arqueando una ceja–. Supongo que este… Marcus tiene un papel en todo esto, ¿no?

¿Un papel? Aquella era una extraña manera de exponerlo cuando los dos sabían claramente lo que la presencia de Marcus significaba en aquella historia.

–Eso no es asunto tuyo –dijo ella, provocándolo sin importarle las consecuencias.

Estaba disfrutando demasiado con aquella situación como para preocuparse de lo que pudiera seguir a continuación. Entonces, la puerta se cerró de un portazo, sobresaltándola.

–Es tu amante –le espetó Vito.

–¿Por qué te asombras tanto? –preguntó ella, sin negar aquella acusación–. ¿Qué te pasa, Vito? ¿Es que no se te había ocurrido antes que podría tener una vida personal aparte de Santo?

Un nervio palpitó en la mejilla de él. Catherine disfrutó con ello. ¿De verdad creía que ella se había pasado tres años completamente recluida socialmente mientras él no había estado con ella para darle significado a su vida? Algunas veces, aquel hombre era demasiado arrogante para su propio bien. No le haría ningún daño saber que él no era el fin de la existencia de Catherine.

–¿O acaso es tu colosal ego lo que te está molestando? –continuó

ella, hablándole con desprecio–. Seguro que prefieres creer que yo soy incapaz de estar con otro hombre después de haberte conocido. Bueno, pues si es así, siento desilusionarte, pero tengo un impulso sexual muy sano, como muy bien sabes. Y puedo ser tan discreta como tú, si no más, ya que, por tu cara, está claro que no sabías nada de la existencia de Marcus, mientras que tú no has parado de restregarme por la cara a Marietta.

–Deja a Marietta fuera de este asunto.

–No mientras suponga una amenaza para mi hijo.

–La amenaza más inmediata aquí, Catherine, es para ti misma. ¡Quiero que este hombre salga de tu vida enseguida!

–Cuando Marietta esté fuera de la tuya. Y ni un segundo antes.

–¿Cuándo vas a aceptar que no puedo sacar a Marietta de mi vida? –preguntó él, en tono muy airado–. ¡Su marido era mi mejor amigo! ¡Tiene acciones en mi empresa! ¡Trabaja a mi lado casi como si fuera mi igual! ¡Es la única ahijada de mi madre!

–Y duerme en tu cama –añadió Catherine–. Y pone veneno en la comida de tu hijo.

–Tú eres la que envenena en toda esta situación.

–Y tú, Vito, eres el tonto.

Cuando Vito dio un paso hacia ella, Catherine levantó la barbilla, mirándolo con ojos desafiantes. El ambiente en aquella habitación no podía ser más eléctrico. Parecía que él estaba a punto de tomarla por los brazos y sacudirla, y Catherine estaba lo bastante furiosa como para desear que él se atreviera a intentarlo.

–Devolvamos este asunto a donde debería estar. Es decir, a tu vida amorosa, no a la mía –dijo él, metiendo el freno.

–Mi vida amorosa me va estupendamente, gracias –replicó ella.

Nunca debería haber dicho aquellas palabras. Catherine debería haberse dado cuenta de que no debería haberlo provocado de aquella manera. De repente, él la agarró de las manos.

–Eres una hipócrita. Tienes la cara de juzgar mi moral cuando la tuya no es mucho mejor.

–¿Por qué te molesta tanto lo que yo haga en mi vida privada? –le espetó Catherine, furiosa.

–¡Porque me perteneces! –bufó él.

–Eso hace que tú seas el hipócrita, Vito –le dijo ella–. Me deseas, pero no me deseas. ¡Te gusta divertirte, pero no puedes soportar la idea de que yo también quiera divertirme!

Con un empujón, Catherine consiguió crear suficiente espacio entre ellos como para poder escapar. Sin embargo, en su interior, estaba temblando de ira o de algo más básico. De eso no estaba

segura.

–Hasta anoche, ¡ni siquiera habíamos hablado el uno con el otro durante tres años! ¡Entonces, de repente te presentas en mi puerta principal y te empiezas a comportar como si llevaras aquí toda la vida! Bueno, pues tengo noticias para ti. Claro que tengo una vida aparte. ¡Buena y feliz, lo que significa que no me gusta nada que te hayas presentado aquí y te hayas mezclado con ella!

–¿Acaso crees que tengo ganas de tenerte a ti comportándote como una loca por segunda vez en mi vida? –respondió él–. ¡Pero eres mi esposa! ¡Mía! Y…

–¡Qué gracia! –lo interrumpió Catherine, mirándolo con desprecio–. ¡Tú solo te casaste conmigo porque tuviste que hacerlo! ¡Y ahora vuelves a querer llevarme contigo por la misma razón! Bueno, pues oye esto. Tal vez me hayas metido en una trampa por las palabras que le has dicho a Santo, pero eso no significa que yo esté deseando quedarme adentro sin hacer nada. Todo lo que tú puedas hacer lo puedo hacer yo también. ¡Así que si Marietta sigue en tu vida, Marcus también sigue en la mía!

–En tu cama –dijo él, queriendo confirmar la verdadera relación que había entre Marcus y ella.

–En mi cama –respondió ella, sin importarle que él lo creyera–. En mis brazos y en mi cuerpo. Y mientras mi hijo no lo sepa, ¿a quién le importa, Vito? ¿A ti? Bueno, pues por si no te habías dado cuenta, no me importa lo que tú pienses. ¡Igual que a ti no te importó cuando te fuiste de mis brazos a los de Marietta el día en el que yo perdí a nuestro segundo hijo!

Las siete de la mañana. Y Vito todavía no había regresado.

Catherine estaba de pie, al lado de la ventana de su habitación, sin dejar de mirar la calle y de preguntarse si finalmente había conseguido acabar lo que había entre ellos.

Reconocía que no debía de haber dicho aquellas palabras. Era mucho mejor que hubieran seguido ocultas para siempre. Solo servían para añadir más dolor.

Catherine sabía que él había sentido la pérdida de su segundo hijo tanto como ella y había sufrido de sentimientos de culpa por saber que ella conocía perfectamente el lugar al que había ido y con quién había estado cuando su esposa más lo necesitaba. Pero, a lo largo del inquieto silencio que había seguido a aquel exabrupto, mientras ardía en su corrosiva amargura, había tenido que ver cómo aquel alto y arrogante hombre se empequeñecía ante sus ojos.

Su piel se había ido quedando pálida y, con un brusco movimiento, había apartado los ojos de ella, pero no antes de que ella viera el infierno escrito en ellos.

–Oh, Dios, Vito… –había dicho ella, sintiendo remordimientos–. Lo…

Catherine iba a haber dicho que lo sentía mucho, pero él no le dio la oportunidad de hacerlo. Se había dado la vuelta y había salido de la casa. Si el suelo de la cocina se hubiera abierto bajo sus pies y la hubiera tragado, ella lo habría agradecido. Nadie se merecía lo que ella le había dicho a Vito.

En realidad, estaban a la par. Vito y ella siempre se habían comportado de aquel modo, desde el primer día de su matrimonio, y principalmente por causa de Marietta. La gota que colmó el vaso había sido la pérdida de su segundo hijo.

Durante las horas siguientes después de que la trasladaran al hospital, Catherine había estado a punto de perder la vida. Y, durante los negros meses que siguieron a continuación, había perdido las ganas de vivir. Sentía que había fracasado… con su bebé, con su matrimonio y como mujer. Lo único que la había mantenido a flote durante aquellos meses había sido Santino y la necesidad de vengarse de Vito por ir al hospital directamente desde la cama de Marietta.

Pero eso había sido tres años atrás y realmente había creído que toda esa ira y amargura habían desaparecido. Especialmente cuando sabía que en la ventana del salón, con el pijama puesto, su hijo estaba haciendo exactamente lo mismo que ella, mirar ansiosamente por la ventana esperando que su padre regresara, a pesar de que ella le había dicho que su papá se había tenido que marchar a una reunión de negocios y volvería tan pronto como pudiera.

Antes de que ella viera el deportivo dar la vuelta a la esquina, ya había oído el rugido de su potente motor. Las manos de Catherine se cubrieron la boca mientras se le saltaban de los ojos lágrimas de alivio y de gratitud. Y por el grito emocionado de su hijo, supo que Santo también había reconocido a su padre.

El coche de Vito, largo, negro, casi no se había parado cuando ella oyó que la puerta principal se abría. Entonces, vio a su hijo correr hacia su padre. El rostro de Vito se cubrió de una amplia sonrisa al ver que su hijo saltaba la verja sin molestarse a abrir la portezuela.

Debía haber ido a su casa de Londres porque se había cambiado de ropa. Las arrugadas ropas que llevaba habían desaparecido y un

impecable pantalón negro y camisa roja habían tomado su lugar. Además, se había afeitado.

Tras rodear el coche, Vito extendió los brazos y su hijo saltó rápidamente entre ellos. Luego se apoyó sobre la puerta del pasajero y escuchó cómo su hijo le empezaba a relatar algo, muy emocionado. Probablemente lo que el niño decía no tenía mucho sentido pero el mensaje quedaba claro. Estaba muy alegre de que su padre hubiera vuelto.

Entonces, Vito levantó la vista y vio a Catherine en la ventana, observándolos. La mirada que se reflejó en aquellos ojos oscuros quedó clara. La desafiaban a quitarle a su hijo, algo que Catherine ni siquiera quería intentar.

Tras apartarse de la ventana, Catherine se tumbó en la cama, mientras decidía lo que iba a hacer a continuación.

Iría a Nápoles. No le quedaba más remedio. Y no tenía fuerzas para volver a enfrentarse a él.

Con mucho esfuerzo, volvió a ponerse en pie y se preparó mentalmente para bajar y enfrentarse con Vito. Encontró a padre e hijo en el salón y se detuvo en el umbral de la puerta para contemplar la relajada intimidad con la que Santo se había sentado en el regazo de Vito para leer un libro. Juntos lo estaban leyendo en inglés y luego lo traducían al italiano de un modo que indicaba que aquello era habitual cuando estaban en Nápoles.

Todavía no sabía el lugar que ella iba a ocupar en aquel nuevo orden de cosas. Cuando Vito levantó la mirada y ella vio la palidez que todavía reflejaba su rostro, estuvo completamente segura de una cosa. Él todavía no se había recuperado de lo que había pasado entre ellos antes y supo que, tal vez, Vito estuviera sufriendo la carga de su propia culpa pero también que nunca la perdonaría por haberle hecho recordar.

–Lo siento –murmuró ella. Tenía que decírselo en aquel momento o nunca, aunque su hijo lo oyera–. No quise…

–Santo y yo vamos a pasar el día fuera mañana –la interrumpió Vito, con frialdad–. Para que así tengas la oportunidad de cerrar tu vida aquí. Y nos marcharemos a Nápoles pasado mañana…

–Maldita sea –murmuró Catherine, al perder el lugar donde empezaba el rollo de celo–. Maldita sea…

Con un codo, estaba intentando mantener la caja de cartón cerrada mientras utilizaba una uña intentaba encontrar el inicio del rollo. Había tenido un día terrible y aquel estúpido rollo de celo

estaba a punto de rematarlo. Lo primero, había tenido una pelea con Santo antes de que se marchara con su padre y luego había entrado en la habitación de su hijo para encontrarla convertida en una leonera.

–¡Santino! ¡Sube aquí enseguida y recoge todo esto! –le había gritado desde la escalera.

–¿No puedes recogérmelo tú, por una vez? –había respondido el niño–. Es que papá ya está preparado para marcharnos.

–No, no puedo. Y tu padre puede esperar.

–En Nápoles nunca tengo que hacer esto –musitó su hijo, mientras pasaba de mala gana a su lado.

–¡Bueno, pues en esta casa lo recogemos todo nosotros mismos y sin que nos den premios a cambio! Y, además, recuerda que, de ahora en adelante, tu mamá va a estar en Nápoles para asegurarse de que no te salgas con la tuya en este tipo de abominable comportamiento.

–Entonces, tal vez debieras quedarte aquí –replicó el niño.

–¡Santino!

Catherine no se había dado cuenta de que Vito llamaba a su hijo de aquel modo, igual que ella, cuando iba a regañarlo.

–¡Discúlpate con tu madre y haz lo que ella te dice!

La disculpa fue instantánea pero a Catherine no le gustó que fuera Vito el que consiguiera que su hijo hiciera lo que ella quería. Además, había descubierto algo más sobre sí misma que no le gustaba. Sentía celos de la íntima relación de Santo con su padre. Los había sentido por primera vez cuando el niño había insistido en que fuera su padre quien lo llevara a la cama la noche anterior, haciéndola sentir completamente rechazada. Aquello había provocado que, media hora más tarde, cuando Vito bajó de la habitación del niño y le dijo que Santo esperaba que él se quedara a pasar la noche, ella explotara.

–¡Tienes tu propia casa muy cerca de aquí! ¡Úsala! –le había gritado–. No quiero que te quedes en esta casa.

–Yo no he dicho que yo quisiera quedarme aquí –había replicado él–. Solo que nuestro hijo espera que lo haga.

–Bueno, pues yo espero que te marches. Ahora, si es posible, porque tengo cosas que hacer y…

–¿Personas que ver? ¿Como tu amante, por ejemplo?

–Yo no traigo a mis amantes a esta casa –lo había informado ella–. ¡Esa clase de comportamiento tal vez sea aceptable en Italia, pero no aquí!

–Entonces, ¿dónde te encuentras con él? ¿En un hotel, con

nombres falsos?

–Es mejor eso que asignarle la habitación que hay al lado de la mía.

–Marietta nunca ocupó ninguna habitación que hubiera cerca de la nuestra –había replicado él.

–Bueno, pues asegúrate de que no ocupa ninguna habitación en absoluto cuando yo regrese a tu casa. Y si la veo con un mero cepillo de dientes, la echaré fuera de la casa a través de la ventana más cercana.

–Eso me gustaría verlo –había dicho él, riendo–. Después de todo, Marietta es algo más alta que tú y tiene más…

–Claro, cómo no ibas tú a saberlo –le había espetado ella, borrándole la sonrisa del rostro.

Vito se había marchado poco después, prometiendo regresar antes de que Santo se despertara a la mañana siguiente. Y, aquella mañana, se habían marchado poco tiempo después de la discusión con Santo. Probablemente Vito había visto en su cara que estaba lista para otra discusión con él.

Después, había tenido que ir a comunicar su marcha inmediata de la empresa, algo que su jefe, Richard Lang, no se había tomado demasiado bien. Luego se había despedido de las personas con las que llevaba más de dos años trabajando, lo que no había sido tampoco muy agradable.

Sin embargo, uno de los nuevos empleados de la empresa le había pedido que si podía alquilar su casa, lo que no le había parecido mal. Era mejor que dejarla vacía y le gustaba la idea de que él y su familia le cuidaran la casa.

En lo que no se había parado a pensar era en el trabajo extra que aquello suponía. Había tenido que recoger todos los objetos personales y meterlos en cajas, luego contratar un lugar en el que se las guardaran y llamar a una empresa de limpieza profesional para que dejara la casa lista para los nuevos inquilinos.

Al terminar todo aquello, estaba agotada. Todo lo que quería hacer era sentarse y ponerse a llorar por ver desmantelado todo lo que le había dado seguridad hasta entonces. Sin embargo, no podía llorar porque Vito y su hijo estaban a punto de regresar. Preferiría morir antes de que Vito la encontrara llorando.

Sin embargo, ningún horror era comparable al terrible almuerzo que había compartido con Marcus Templeton.

Efectivamente, su relación no estaba tan avanzada como le había hecho creer a Vito pero iba avanzando, poco a poco. Y a ella le gustaba Marcus. Él había sido el primer hombre al que ella había

permitido acercársele después de la mala experiencia con Vito.

Marcus era bueno y amable y la trataba como una igual intelectualmente más que solo como una amante en potencia. A Catherine le gustaba lo que compartían juntos. Era mucho más tranquila y más madura que la relación que había tenido con Vito.

No había fuego ni pasión que ocultara la realidad.

Marcus era alto, moreno, aunque no del tipo que se había convertido en la principal arma de destrucción de Vito. También era guapo, en un estilo muy británico.

Catherine había querido quererlo, dejar de compararlo con Vito y darle a Marcus la oportunidad de ser el que la ayudara a quitarse del alma la marca de la ardiente posesión de Vito para siempre. Pero, ¿había estado enamorada de Marcus? Después de aquella conversación, se había dado cuenta de que no. Ni siquiera había estado cerca.

Sin embargo, lo que realmente le había hecho daño y la había llenado de vergüenza era que no se hubiera dado cuenta hasta entonces de lo enamorado que estaba Marcus de ella hasta que le había dado la noticia de su partida.

Durante un momento, se olvidó de la caja y se reclinó sobre la pared, recordando, llena de culpabilidad, que nunca antes se hubiera dado cuenta hasta entonces.

Había dejado a Marcus petrificado con la noticia de que iba a regresar a Nápoles con su marido. Tanto lo había sorprendido aquella noticia, que Marcus ni siquiera se había movido, ni había respirado durante unos segundos que parecieron una eternidad.

La amenaza de las lágrimas se hizo real. Catherine sintió cómo le bajaban por las mejillas pero no se molestó en enjugárselas.

Marcus estaba enamorado de ella. Ella siempre había deseado verse amada de aquel modo, por sí misma y no solo por el calor de su pasión.

Él había reaccionado por fin y le había dicho todas las palabras amables y caballerosas para que ella se sintiera mejor cuando en realidad debería haber sido a la inversa y ella hubiera tenido que consolarlo a él. Pero, ¿cómo consolar a alguien a quien se sabe que se ha hecho más daño que lo que uno quisiera sufrir en carne propia?

–¿Mamá?

La preocupada voz de su hijo la sacó de la ensoñación en la que se había perdido y la hizo recordar dónde estaba. Abrió los ojos y lo encontró en cuclillas al lado de ella. Sus hermosos ojos oscuros reflejaban una tremenda ansiedad.

–¿Qué te pasa? –preguntó el niño, muy preocupado.

–Oh… –dijo ella, precipitadamente, intentando controlarse–… Nada… Es que se me ha metido un poco de polvo en el ojo. ¿Cómo has entrado?

–La puerta principal estaba abierta –dijo otra voz, mucho más profunda.

Era Vito. El corazón de Catherine le dio un vuelco. De repente, se sintió completamente estúpida.

–La dejaste solo con el pestillo –explicó el niño–. Como no podíamos encontrarte por ninguna parte, pensamos que podría haberte ocurrido algo.

¿Cómo que no podían encontrarla? ¿Dónde estaba? Al mirar a su alrededor, vio que estaba en su dormitorio, rodeada de cajas en las que había estado recogiendo su vida entera. Sin previo aviso, las lágrimas volvieron a rodarle por las mejillas, sin que ella pudiera detenerlas. Santo empezó a llorar también. El niño intentó abrazarla y ella intentó animarlo devolviéndole el abrazo y musitando que solo eran tonterías de su madre. Al mismo tiempo, oía que alguien empezaba a apartar cosas pero no recordó quién era hasta que le quitó a su hijo de los brazos y un par de fuertes brazos la levantaron del suelo.

Catherine no pudo hacer otra cosa que no fuera acurrucarse contra aquel cuerpo firme y continuó llorando en su hombro. Sabía que era Vito pero admitir aquello sería volver a entablar pelea. Y, en aquellos momentos, no quería pelear. Solo quería llorar y ser patética y vulnerable. Quería que la abrazaran y que la hicieran sentirse a salvo.

Con ella en brazos, Vito se sentó en la cama. Santo se acercó a rodearlos con los brazos, sin dejar de sollozar.

–Santino, *caro* –murmuró Vito–. Por favor, deja de llorar. Tu *mamma* solo está triste por tener que marcharse de aquí, eso es todo. Las mujeres hacen este tipo de cosas. Tienes que aprenderlo.

–Te odio –susurró ella, entre lágrimas.

–No, claro que no me odias –dijo él–. Tu *mamma* no ha dicho eso en serio –añadió Vito, refiriéndose a su hijo–. Ella simplemente odia el tener que marcharse de esta casa, eso es todo.

Aquello había sido una advertencia para que Catherine recordara quién los estaba escuchando.

–En ese caso, tendremos que quedarnos aquí –dijo el niño, sin dejar de lloriquear, abrazándose desesperadamente a Catherine.

–No, no haremos eso. A tu *mamma* también le encanta Nápoles, lo que pasa es que ahora no quiere acordarse de eso. Ahora, sé útil –

le ordenó a su hijo–, y ve a la cocina a por un vaso de agua para tu madre.

Aquella tarea hizo que Santo dejara de llorar y saliera rápidamente de la habitación.

–Ahora, intenta controlarte –añadió Vito–. Estás asustando a Santo con todo esto.

Catherine tuvo que reconocer que él tenía razón e hizo todo lo posible por controlarse. Luego, se apartó de él y se metió bajo el edredón sin decir una palabra.

¿Qué podía responder, después de todo? ¿Que lloraba porque había hecho daño al hombre con el que quería reemplazar a su marido? A Vito no le gustaría enterarse de eso.

Para cuando Santo regresó, Catherine había conseguido dejar de llorar. Con una débil sonrisa, aceptó el vaso de agua que le ofrecía su hijo, que la miraba de un modo muy serio.

–No me gusta verte llorar, mamá –dijo Santo.

–Lo siento, cariño –respondió ella, dándole un beso en la mejilla–. Te prometo que no lo volveré a hacer.

Al pensar que aquella mañana se había comportado de un modo tan horrible con su hijo y ver lo amable que el niño estaba siendo con ella, Catherine sintió que quería ponerse de nuevo a llorar.

Tal vez Vito se dio cuenta de eso porque, como un relámpago, sacó a Santo de la habitación, murmurando algo sobre que Catherine tenía que descansar.

Por muy raro que pareciera, ella consiguió hacerlo. Tumbada allí, acurrucada bajo el edredón, empezó a pensar en Marcus y en Santo y en ella misma y acabó durmiéndose. Soñó que Vito regresaba a la habitación y que, muy silenciosa y suavemente, la desnudaba antes de meterse bajo el edredón, a su lado. Recordaba haber soñado que le había dicho algo en voz alta pero, antes de que pudiera recordar las palabras, el sueño volvió a reclamarla de nuevo.

Cuando volvió a despertarse, vio que todo estaba muy oscuro todavía. Estuvo allí tumbada un rato, sintiéndose relajada y cómoda. Pero, de repente, algo se movió en la cama, a su lado. Ahogando un grito de alarma, Catherine se dio la vuelta.

Vio a Vito, dormido, en la cama. Estaba tumbado de espaldas, con un brazo sobre la almohada, con un gesto de relajado abandono, como si llevara horas tumbado allí.

Pero, aquello no era todo. Porque, por lo que ella podía distinguir de su bronceado y musculoso torso, se había metido en la cama desnudo.

Capítulo 5

VITO! –protestó ella, en un susurro, mientras le pegaba un empujón en el hombro.

–¿Mmm? –musitó él, entreabriendo los ojos.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó Catherine.

–Durmiendo –replicó él, cerrando los párpados otra vez–. Y te sugiero que tú hagas lo mismo.

–¡Pero sal de mi cama!

–Lo siento, porque pienso quedarme aquí. En el estado en el que estabas, no te podía dejar sola y Santo necesitaba mi presencia para tranquilizarse. Así que, sé sensata, *cara*. Acepta una situación que has creado tú misma. Cállate y duérmete antes de que yo me despierte completamente y empiece a pensar en otras cosas que podríamos hacer para pasar lo que queda de noche.

–¡Pero bueno! –exclamó ella, sin poder creerse lo que estaba oyendo–. ¿Qué te hace pensar que todo eso te da el derecho de meterte en mi cama?

–La arrogancia –respondió él, de un modo que hizo que Catherine casi se echara a reír.

–Fuera de aquí –insistió ella, a pesar de todo, dándole otro empujón en el hombro.

–Si abro los ojos, Catherine, lo lamentarás –la advirtió él.

Ella reconoció enseguida aquel tono de voz. Tras agitarse de un modo enojado, se tumbó de espaldas y guardó silencio. Entonces, se dio cuenta.

Desnuda. El corazón le dejó de latir al sentir la conmoción que le sacudió el cuerpo. ¡No había sido un sueño! ¡Vito la había desnudado de verdad! La arrogancia de aquel hombre, que él mismo había confesado, no tenía límites. Decidió mandar una de sus manos de expedición para ver lo desnuda que estaba.

Estaba muy, pero que muy desnuda.

–¿Sabes que has empezado a hablar en sueños? –dijo él, de repente.

Catherine se quedó helada. Aquel eco de palabras que creía haber oído en sueños lo había hecho en voz alta. Eran palabras de arrepentimiento por lo que le había hecho a Marcus.

–Cállate –dijo ella, aterrorizada de lo que él pudiera decir a continuación.

–Debe de ser algo, este hombre por el que lloras tanto –continuó él, sin prestar atención a lo que ella le había dicho–. Alcanzar las tierras baldías y heladas en las que yace tu corazón. Tal vez debiera haberme tomado la molestia de conocerlo, y ver lo que él tiene que yo nunca tuve.

–¿Por qué molestarte? –le espetó ella–. Aunque estuvieras buscando toda la vida, nunca encontrarías en ti las cualidades que él tiene.

–¿Es bueno en la cama?

–Vete al infierno –dijo ella, dándole la espalda.

Entonces, casi sin que Catherine se diera cuenta, él le dio la vuelta y se colocó encima de ella.

–Te he hecho una pregunta.

Catherine guardó silencio. No pensaba decirle la verdad, que nunca se había visto tentada de irse a la cama con Marcus. Los ojos de Vito la miraban bajo aquellas hermosas pestañas. Ella se quedó helada al sentir que una sensación ya conocida la inundaba de nuevo al ver que él iba a besarla.

–No, Vito, no… –susurró pero incluso ella notó que la debilidad de aquella protesta era casi patética.

Ya era demasiado tarde. La boca de él reclamó la suya con el beso profundamente sensual que ella solo había sentido en los labios de Vito. Era como ahogarse en la sustancia más deliciosa que hubiera sido creada alguna vez. Sintió que, poco a poco, iba hundiéndose, dejándose caer en aquel líquido sedoso. Resultaba ya imposible saber qué parte del beso era de ella y qué parte de él.

Aquel hombre rezumaba tanto sexo, a pesar de la antipatía que le inspiraba, que Catherine no pudo resistirse. La piel recuperó una vida propia y cada uno de los pequeños poros de su piel empezó a vibrar con una intensidad que la atrapó en su poder y en su intensidad.

Si fue ella la que le tocó primero o fue él el que empezó con las suaves caricias, era una incógnita para Catherine. Y tampoco le importaba. El calor que emitía la carne de él resultaba exquisito para las yemas de los dedos de Catherine. Cada vez que Vito la tocaba, ella ardía y donde no le tocaba le dolía.

Al intentar introducir un poco de aire en los pulmones, sintió que sus pezones le rozaban el velludo tórax y respondían al contacto, lo que le hizo gemir voluptuosamente contra la boca de él.

Las manos de Vito produjeron la magia de antaño en la carne de Catherine con la pericia sensual de un maestro. Lleno de triunfo, vio

como, poco a poco, ella se iba rindiendo.

–¿Te hace él sentir de este modo, *cara*? –preguntó él, mordisqueando la punta erecta de un pezón –. ¿Te lleva él a alcanzar tanto placer, y tan rápido? –añadió, mientras el dedo le acariciaba delicadamente el sexo.

Ella tembló y volvió a gemir, flexionando y estirando músculos que parecían moverse con su propio ritmo.

–Vito –susurró ella, como si su vida dependiera de decir ese nombre.

–Sí. Vito –repitió él, lleno de satisfacción–. El que te toca aquí y… tú ardes para mí.

Entonces, ella perdió el control. Tres años de abstinencia no presentaron resistencia alguna para lo que él podía hacer por ella. Se movió para él, respiró para él, suplicándolo.

Una risotada de triunfo lo acompañó la primera vez que empujó para penetrarla. Pero Catherine estaba demasiado absorta en el poder de su pasión como para preocuparse de que él estuviera disfrutando tanto con aquella rendición. Con cada movimiento, Vito no dejaba de mirarla. La conocía muy bien y no quería perderse el momento en que aquellos párpados se abrieran justo antes de que ella alcanzara el orgasmo.

Entonces, vería que ella se consternaba al ver que era su rostro y no el de aquel maldito amante el que le estaba dando tanto placer.

–Yo –musitó él, luchando contra sus propios deseos de rendirse–. Vito…

¿Por qué hacía aquello? Porque no quería que Catherine le hiciera pedazos su ego fingiendo que fuera otro hombre el que le hacía sentirse tan bien. Por eso, repetía su nombre una y otra vez.

–Vito, *cara*. Vittorio… Adriano… Lucio… Giordani… –dijo, con el acento más seductor que había sido alguna vez creado, cada vez que empujaba.

Ella gimió y abrió los ojos, mirándolo.

–*Pidoccio* –dijo, antes de deshacerse en el orgasmo.

Entonces, ambos quedaron allí, tumbados, envueltos en sudor, jadeando, completamente agotados. Vito estaba de espaldas, con un brazo cubriéndole la cara. Ella estaba tumbada de costado, intentando apartarse de él.

–Canalla –susurró ella otra vez, repitiendo lo que había dicho en italiano.

Catherine tenía razón. Él no podía negarlo.

–Eres mi esposa –afirmó Vito–. Nuestra separación acaba de finalizar ahora oficialmente. Así que sigue mi consejo y ten cuidado,

cara, con quién sueñas en el futuro.

Eso fue todo. No había nada más que añadir. Catherine había herido lo más íntimo de su orgullo al murmurar aquellas palabras sobre Marcus mientras estaba dormida. Aquel acto se había realizado no solo por mera gratificación sexual, sino también por pura venganza.

Nápoles estaba ardiendo bajo una oleada de calor. Por ello, Catherine se alegró de que hubieran tomado la carretera de la playa hacia Mergellina y luego hacia el Capo Posillipo, el lugar donde residían los más adinerados de la sociedad napolitana.

Vito los transportaba en un Mercedes Cabriolet descapotable de color rojo que, a juzgar por lo nuevo que estaba el cuero de color crema que cubría los asientos, tenía que ser una adquisición reciente. Para Catherine, aquello era mucho mejor que el aire acondicionado. Sentía la brisa en el pelo y el sol en la piel y, si no hubiera sido por el hombre que conducía el coche, hubiera disfrutado con aquello. Las vistas eran tan espectaculares como ella recordaba. Santo estaba sentado en el asiento trasero, con el cinturón puesto, y cantaba en el idioma que le apetecía en cada momento. Los tres debían parecer la familia perfecta. Pero no lo eran.

De hecho, Vito y ella casi no habían intercambiado palabra desde que se habían levantado aquella mañana. Él lo había hecho primero muy temprano, como era su costumbre. Catherine se había quedado acurrucada donde estaba, escuchando, hasta que oyó que Santo bajaba las escaleras.

Tuvo que admitir que necesitaba a Santo como intermediario. Al menos con Santo podría intentar comportarse con cierta normalidad porque Vito se había comportado de un modo tan reticente como el de ella, como si su comportamiento la noche anterior le hubiera desagradado tanto a él como a Catherine.

–… gafas de sol en la guantera.

Catherine solo oyó el final de las bruscas palabras de Vito, por lo que giró la cabeza. Cuando vio que él la estaba mirando, se sintió tan incómoda que retiró la mirada y sacó las gafas de la guantera. Para él no importaba, ya que tenía ocultos los ojos por unas gafas oscuras. Pero no había sido capaz de mirarla antes de ponérselas.

Una vez que pasaron Mergellina, el coche empezó a subir la serpenteante cuesta de Via Posillipo. Cuando Catherine giró la cabeza para admirar la espectacular vista, un reflejo dorado le

llamó la atención.

Era el anillo de boda de Vito, reluciendo a la luz del sol. Al mirarse los dedos, que tenía sobre el regazo, le parecieron estar completamente desnudos. Años atrás, se había despojado de sus anillos cuando dejó a Vito.

Aquel descubrimiento le dejó una sensación incómoda, una repentina seriedad que le provocó acariciar el lugar donde hubiera debido estar el anillo con la yema del dedo.

–¿Los quieres? –preguntó él, que parecía haber notado lo que ella estaba pensando.

–Me parece lo más práctico –respondió ella–. Para evitar… especulaciones. Por el bien de Santo.

Por el bien de Santo. Catherine se sintió horrorizada por la debilidad de aquella excusa y estaba segura de que a Vito lo había horrorizado igualmente. Los dos sabían muy bien que, si ella volvía a ponerse los anillos, lo haría solo por su propio bien. El orgullo la obligaba a llevar el sello que afirmara claramente el lugar que ella ocupaba en la vida de Vito. Así, no tendría que explicar su regreso a las personas que probablemente pensaban que su matrimonio llevaba disuelto algún tiempo.

El coche siguió avanzando por la ladera de la colina. Cuanto más subía, más espectaculares eran las casas. Al llegar a una verja de hierro que se abrió automáticamente para ellos, la atención de Catherine se dirigió de nuevo al frente para contemplar el camino alineado de árboles que conducía a su antiguo hogar.

Los jardines eran una delicia, conformados al típico estilo italiano, con senderos y setos y elegantes escalones de piedra que conducían a la siguiente parte. Habían unos pequeños claros, que rodeaban pequeñas fuentes con un marco de jazmines y buganvillas.

Tras tomar una curva en la carretera, la casa apareció de repente delante de sus ojos. La Villa Giordani llevaba allí siglos, habiendo sido mejorada y ampliada hasta que se había convertido en la propiedad más deseada de la zona.

Blancas y gruesas paredes guardaban el interior. El buen gusto y la búsqueda de la belleza formaban parte esencial de los genes de los Giordani. No había una terraza en la planta superior, sino que cada suite de habitaciones tenía su propio balcón, que no sobresalía de la fachada principal, y que se marcaba con un arco de piedra sujeto con columnas. Los balcones se prolongaban hacia el interior para poder ofrecer sombra a los ocupantes y permitir que estos se sentaran allí para disfrutar de la imponente vista sobre la bahía de Nápoles.

La planta baja era igual de imponente y la balaustrada de piedra se extendía hasta el borde de la amplia terraza que rodeaba la casa entera.

La carretera rodeaba la casa hasta llegar a la parte trasera, donde estaban los garajes y el establo, dos pistas de tenis y una piscina. Sin embargo, Vito detuvo el coche delante de la entrada principal.

Santo golpeaba impaciente el respaldo del asiento de Catherine, en un esfuerzo por salir.

–¡Rápido, mamá! –exclamó–. ¡Quiero ir a darle una sorpresa a la abuela antes de que se dé cuenta de que hemos llegado!

Tras bajarse del coche, Catherine plegó su asiento para que su hijo pudiera salir y luego lo observó mientras iba corriendo hacia la casa.

–¡*Nonna*! ¿Dónde estás? –gritó en cuanto entró por la puerta–. ¡Soy yo, Santo! ¡Estoy en casa!

Muy a su pesar, Catherine tuvo que reconocer que, efectivamente, el niño se encontraba en casa. Además, había dicho aquellas palabras en un fluido italiano, como si fuera el único idioma que supiera hablar.

Desde el otro lado del coche, Vito también parecía observar al niño. Cuando ella no pudo evitar que los labios le temblaran un poco por el dolor que estaba experimentando, él murmuró:

–Toma… Un dulce para ayudar a tragar la píldora amarga…

Catherine se volvió justo a tiempo para tomar entre sus manos lo que él le había tirado. Asombrada por aquel gesto y por las palabras, se miró las manos para descubrir que tenía las llaves del coche entre las manos. Durante un momento, se preguntó si le estaba pidiendo que llevara el coche al garaje, pero por fin lo entendió todo.

No había estado observando a su hijo, sino a ella. Pero lo peor de todo era que no le había tirado las llaves para que guardara el coche en el garaje. Vito acababa de regalarle aquel maravilloso Mercedes. Ella lo miró, esforzándose por distinguir a través de sus gafas y de las de él si aquello era una broma.

Bajo aquel cielo extranjero, Vito parecía mucho más arrogante que nunca. La oscuridad de su pelo, la riqueza de la piel y el orgulloso ángulo en el que giraba la cabeza le enviaban una serie de mensajes que a ella no le gustaba recibir.

Eran mensajes sexuales. Sin que ella pudiera hacer nada por controlarlo, su más íntima feminidad empezó a palpitar bajo el vestido verde que llevaba puesto y los pezones se le irguieron.

Era una sensación horrible, como si estuviera embrujada. Incluso le pareció de lo más sexy la forma en la que él se había remangado la camisa azul claro que llevaba puesta, como si quisiera atraer la atención a la fortaleza de sus antebrazos.

–¡No puedo aceptarlo! –exclamó ella, preguntándose secretamente si era el coche o las insinuaciones sexuales lo que se negaba a aceptar–. Es demasiado, Vito. Además, yo ya tengo un coche –añadió, recordando su Fiat.

–Perdió las ganas de vivir hace aproximadamente un año. Cuando nadie más se molestó en utilizarlo. Muerde la bala y da las gracias con gentileza.

–¿Con la misma gentileza con la que tú me has ofrecido el coche?

Por el gesto que él hizo, ella supo que había dado en el blanco. Vito abrió la boca como para decir algo, pero, fuera lo que fuera, quedó postergado por la aparición en escena de su madre.

Con más de sesenta años, Luisa seguía siendo todavía una hermosa mujer. Solo un poco más baja que Catherine, de porte naturalmente esbelto, era un anuncio andante para la eterna juventud. Tenía la piel tan suave como una veinteañera y su cabello guardaba la negrura de antaño con la ayuda ocasional del peluquero.

Sin embargo, era la Luisa interior la que era más admirada por los que la conocían. No había rasgo de egoísmo en todo su cuerpo. Era buena, amable… La única falta que podía tener era que se negaba a ver mal en nadie. Y eso incluía a su nuera, a su hijo y por supuesto a su ahijada Marietta.

–¡Querida! ¡No puedo decirte lo maravilloso que resulta volver a verte en esta casa! –dijo Luisa, mientras bajaba las escaleras–. ¡Y estás tan guapa! Vittorio, el gusto de los Giordani por la belleza no se te ha escapado. Esta mujer seguirá siendo una fuente de orgullo para ti cuando los dos seáis ancianos.

«A rey muerto, rey puesto», pensó Catherine. De acuerdo con su genuino estilo, Luisa parecía estar descartando aquellos tres hostiles años como si no hubiera pasado nada entre ellos.

–Ven conmigo –añadió Luisa, entrelazando su brazo con el de Catherine y conduciéndola a la casa–. Santo ya está registrando la cocina en busca de chucherías y yo tengo un té ligero preparado en la sala de verano. El transporte especial que trae tu equipaje tardará un par de horas, así que tenemos tiempo para sentarnos y tener una larga charla antes de que te tengas que ocupar de deshacer las maletas.

Detrás de ella, Catherine era consciente de la atenta mirada de Vito, que las observaba mientras subían los escalones. De repente, sintió la necesidad de volverse para invitarlo a acompañarlas pero, de algún modo, no pudo hacerlo. Aquel gesto amable no tenía cabida en lo que tenían el uno con el otro.

Sin embargo…

Con las llaves todavía en la mano, se detuvo en el último escalón que formaba el inicio de la amplia terraza.

–Espera –le dijo a Luisa.

Siguiendo un impulso, se dio la vuelta y bajó los escalones para acercarse al lugar en el que Vito estaba todavía. ¿Una excusa? Efectivamente, así era. Necesitaba acercarse a Vito de cualquier modo.

–Gracias por el coche –murmuró ella, cortésmente.

–El placer es mío –dijo él, con voz sardónica.

–Realmente aprecio que hayas pensado en regalarme el coche.

–Y mi corazón se alegra de tu sinceridad –replicó él.

Detrás de las gafas, los ojos de Catherine empezaron a brillar. Tal vez él lo notó porque, un segundo más tarde, los dos pares de gafas estaban en el asiento posterior del coche.

Sin ningún lugar en el que esconderse, Catherine no pudo hacer otra cosa que ahogar una exclamación de sorpresa. Entonces, él inclinó la cabeza y se apoderó de su boca con la suya.

Aquel beso fue íntimo y profundo. El calor que emanaba el cuerpo de él era asfixiante. Las yemas de sus dedos deslizaban ligeras caricias por los antebrazos de Catherine de las que ella hubiera querido prescindir. A pesar de todo, ella se rindió a aquel beso. El tembloroso suspiro que se le escapó de los labios fue realmente un temblor de placer por lo que los dedos de él le estaban haciendo.

–Ahora me siento agradecido –murmuró él, apartándose de ella–. Y mi madre está encantada. Acabas de matar dos pájaros de un tiro, Catherine. Puedes estar orgullosa de ti misma.

–Eres una rata –bufó ella, apartándose de él.

–Lo sé –replicó él, con una sardónica sonrisa, mientras se volvía a apoyar en el coche y cruzaba los brazos por debajo del pecho–. Pero o hacía un comentario sarcástico o te devoraba aquí mismo. Me excitas mucho –añadió, cuando ella hizo un gesto como de no entender–. Mucho y rápido. Pensé que ya lo sabías. Verte subir los escalones de mi casa ha sido la visión más erótica que he experimentado en mucho tiempo.

–Estás obsesionado con el sexo –le espetó ella, apartándose de él.

–Es que lo he utilizado poco –añadió él, secamente.

Catherine volvió a subir los escalones hasta donde la esperaba la madre de Vito, con una expresión que era una mezcla de enfado y dulzura. El enfado era por Vito y la dulzura un patético intento por demostrar a Luisa que todo iba bien entre ellos. Dejó las llaves del Mercedes en la primera superficie plana que encontró en el elegante vestíbulo de la mansión, sintiéndose aún más satisfecha cuando comprobó que Vito la había visto hacerlo.

Él sabía perfectamente el porqué de aquel gesto. Sabía que lo estaba descartando tanto a él como a su atractivo sexual y al regalo con un solo ademán. Pero siguiendo su habitual costumbre, Vito no prestó atención a aquel hecho. Cortésmente, declinó la invitación para unirse a ellas y fue en busca de su hijo, que era lo único que realmente le importaba.

El té resultó muy agradable porque ni Luisa ni Catherine decidieron abordar asuntos espinosos. Poco después, Santo fue a buscar a su madre para poder enseñarle su habitación. Allí, pasaron un rato juntos, mirando todas las cosas que él tenía allí. Había cierto aire de formalidad en el cuarto que la emocionó un poco, porque, en realidad, se trataba solo de una versión más espaciosa del cuarto del niño en Inglaterra.

Después, la abuela llevó a Santo a visitar a unos amigos que tenía en la zona. Después de verlos marchar, Catherine decidió llenar el tiempo recorriendo la casa, para volver a familiarizarse con sus tesoros.

Nada había cambiado demasiado. ¿Por qué se iba a estropear la perfección una vez que se alcanza? La mayoría de las habitaciones estaban decoradas con objetos que la familia había coleccionado a lo largo de los siglos, así que el resultado final era una elegante mezcla de estilos que daba una visión impresionante de la historia familiar.

Vito se sentía orgulloso de su herencia y había significado mucho para él tener un hijo que continuara después de él. La primera vez que fue a aquella casa, Catherine se sintió algo asombrada por lo que vio. Pero para entonces ya había sido demasiado tarde para plantearse si quería casarse con un nombre que, solo por su nombre, era una leyenda en su país. Completamente enamorada de Vito, y embarazada de la siguiente generación de Giordani, se había visto privada de la libertad de elegir.

Encontró muchas personas que le recordaron la suerte que tenía de casarse con Vito. Catherine pensó que Vito era un hombre

especial y, al ser tratado como tal, también arrogante mientras contemplaba la enorme sala de baile que tenía el mismo aspecto que había tenido en el siglo dieciocho.

El baile de su boda había tenido lugar allí. Había sido una noche maravillosa y extravagante. La casa había estado llena de luz, música y risas. Los jardines se habían llenado de farolillos para que los invitados pudieran pasear si así lo deseaban. Al recordar el baile con su flamante marido, vestida con un traje realizado exclusivamente para ella, Catherine no pudo reprimir una sonrisa.

–¿Te he dicho hoy lo hermosa que eres? –le había dicho Vito en aquella ocasión–. Eclipsas a todas las mujeres que hay aquí esta noche.

–Solo dices esto porque halaga tu propio ego –había respondido ella.

Podía escuchar las risas de aquella noche incluso cuando cerró la puerta del salón. Estaba sonriendo para sí misma incluso cuando se dio la vuelta para dirigirse a la elegante escalera central. Porque, aquella noche, Vito había sonreído precisamente porque tener una esposa hermosa engordaba su ego por haberla elegido a ella. Así era con los Giordani.

De repente, se detuvo delante de la puerta de una habitación y se dio cuenta de dónde estaba. Aquel era su dormitorio, el de los dos. El cuarto que solía compartir con Vito antes de escaparse.

El corazón le empezó a latir a toda velocidad. Se había acercado a la única habitación de toda la casa que no deseaba visitar. Su primer instinto fue alejarse de allí tan rápidamente como pudiera, pero algo la hizo detenerse y entrar a mirar el único lugar donde Vito y ella habían logrado mantener la armonía.

El dormitorio. La cama, hecha de la mejor caoba, era de la amplitud de tres camas sencillas, todavía tenía la misma colcha, bordada a mano, de un blanco inmaculado y los mismos esponjosos cojines que solían tirar al suelo cada vez que se acostaban por la noche.

Entonces, recordó por qué tiraban aquellos cojines y sintió que los recuerdos atacaban al mismo centro de su sexualidad.

¿Volvería a empezar de nuevo todo aquello, las peleas seguidas de los combates sexuales que solían dejarlos a ambos algo aturdidos después? En realidad, ya había empezado.

Tras reconocer aquel hecho con tristeza, recorrió con la mirada el resto de la habitación. Nada había cambiado. Sin embargo, ella sí que había cambiado. Ya no era la misma persona que había estado allí tres años atrás. De hecho, en aquel preciso momento, se sentía

algo perdida, como una moneda que hubiera tirado alguien para ir a caer en un lugar completamente equivocado.

Ella no quería estar allí, no creía que debiera estar allí. Pero sabía, sin duda, que aquella era la habitación que Vito estaría esperando volver a compartir con ella. Sin embargo, no preguntaría nada ya que sabía que aquello solo le daría la oportunidad a Vito de recordarle el hecho de que ella solo estaba allí para darle placer sexual.

Sexo, mentiras y fingimientos. Todo volvía a repetirse solo por el bien de Santo y para saciar la sed de venganza de Vito. Estaba a punto de regresar a la puerta cuando, sin previo aviso, la puerta del cuarto de baño se abrió de repente y Vito apareció en el umbral. Debía de haber salido directamente de la ducha porque solo llevaba una toalla blanca enrollada alrededor de sus estrechas caderas, mientras se frotaba el pelo con otra toalla.

Su aparición hizo que Catherine se quedara inmóvil. Y verla allí produjo el mismo efecto en él. Durante los siguientes segundos, ninguno de los dos pareció ser capaz de moverse, como si la sorpresa los hubiera dejado completamente paralizados.

Capítulo 6

LA ESTABA considerando él como una moneda que realmente no debería estar en el lugar en el que estaba? Catherine no pudo dejar de preguntarse aquello al ver el modo en el que Vito la miraba, de pies a cabeza, dispuesto a no dejarse nada sin revisar.

El silencio entre ellos se convirtió en tensión. Catherine trató de evitar mirarlo del mismo modo, pero fue inútil. Se había sentido atraída por aquel hombre desde el primer momento en que lo vio. Nada había cambiado desde entonces. Catherine lo comprendió todo en cuanto notó cómo le caían las gotas de agua desde el pelo hasta los bronceados hombros y luego se deslizaban al vello negro y crespo que cubría su pecho. Vito era la belleza masculina personificada.

–¿Han llegado ya tus cosas? –preguntó él, de modo casual.

–Yo… no que yo sepa –dijo ella, sintiendo que la piel le vibraba como si hubiera tocado un cable eléctrico. Entonces trató de no mirarlo–. He estado recorriendo la casa.

–¿Y no has encontrado ninguna sorpresa? –preguntó él, haciendo que ella volviera a mirarlo, mientras se secaba el pelo con la toalla.

–Solo la habitación de Santo –murmuró, admirando cómo los pectorales y los bíceps temblaban con tanta actividad–. Es muy bonita.

–Me alegro de que pienses así.

En aquel momento, se deshizo de la toalla completamente. Catherine se mordió el labio y luchó desesperadamente por encontrar una excusa para salir de la habitación sin parecer una cobarde. Al final, fue Vito el que resolvió el dilema por ella.

–Lo siento –se disculpó él de repente–. ¿Has venido a…?

–No… –murmuró ella–. ¡Sí! –añadió, corrigiéndose enseguida.

De repente, el cuarto de baño pareció su salvación. Tenía un pestillo en la puerta que podría aislarla del peligro. Sin embargo, cuando empezó a andar, se dio cuenta de que iba a tener que pasar muy cerca de él para alcanzar su refugio. Vito no se movía a pesar de que ella avanzaba hacia la puerta. El corazón estaba a punto de estallarle.

–Gracias –dijo, al pasar al lado de él.

Entonces, se quedó helada de nuevo al notar que él le ponía las

manos en los hombros. Luego, los dedos empezaron a acariciarle la pálida piel hasta que encontraron el inicio de la cremallera.

Catherine apretó los dientes y rezó porque algo la salvara. Él estaba tan cerca de ella que podía sentir la fragante humedad que emanaba su cuerpo. Era una sensación cautivadora, la clase de aroma que conjuraba imágenes de cuerpos desnudos, enredados en el amor.

Ella tembló cuando él le bajó la cremallera y los temblores se habían hecho más fuertes cuando la tela del vestido se dividió en dos partes. Catherine tuvo que cerrar los ojos y apretar más los dientes mientras esperaba que aquel tormento finalizara.

Pero Vito no se detuvo allí. A continuación, le desabrochó los broches del sujetador, dejándole sueltos los pechos. Nunca antes, en todos los años que lo conocía, había estado tan insegura de sus intenciones.

Sus gestos, mientras hacía correr un dedo a lo largo de la columna vertebral le decían una cosa pero su voz, fría como el hielo, otra muy distinta.

–Tómate una ducha muy larga, Catherine. Estás tan tensa como la cuerda de un arco. Aunque, por supuesto –añadió, en un tono de voz más íntimo–, hay muchas otras maneras mucho más placenteras de curar tu tensión.

Antes de que ella pudiera reaccionar, sintió que la boca de él le hacía presa en el cuello, como un vampiro con su víctima, y le mordía suavemente a lo largo de la yugular. Al mismo tiempo, deslizó las manos por debajo del vestido y le atrapó los senos.

Después de un día con tanta carga sexual, Catherine se sintió liberada de las tensiones que la habían reprimido. A pesar de todo, intentó oponer resistencia.

–Vito, no… Necesito una ducha…

–Me gustas como estás. Oliendo a ti, sabiendo a ti…

Rápidamente, hizo que el vestido se le deslizara hasta los pies. A los pocos segundos, ella estaba de pie, solo con unas braguitas. Con las yemas de los dedos empezó a dibujarle círculos alrededor de los pezones para que estos se irguieran para él, mientras continuaba mordisqueando sensualmente el cuello de Catherine.

Todo era tan exquisito… Las caricias de las manos, la cálida humedad de su boca, la manera en la que se apretaba contra su espalda… Cuando bajó una mano sobre el liso vientre de ella hasta meterla por debajo de la suave tela de las braguitas, ella se rindió completamente. Cerró los ojos y, apoyando la cabeza contra el hombro de él, le permitió acariciarla de la manera en la que solo un

amante conocido puede excitar a una mujer.

Sin embargo, aquello no era suficiente. Ella extendió las manos hasta agarrar la toalla que le cubría las caderas y se la arrancó, girando la cabeza para encontrarse al fin con su boca.

–Bésame –le ordenó, sin avergonzarse a la hora de buscar sus placeres sexuales.

Como única respuesta, él le dio la vuelta y la levantó contra su cuerpo hasta que los pies de Catherine no alcanzaron el suelo. Entonces, la besó apasionada y profundamente. Después, la llevó hasta la pared cercana y la apoyó allí. Ella separó las piernas y las enredó alrededor de las caderas de Vito.

Él también estaba muy excitado. Sin toalla se sintió libre de utilizar otros medios más vigorizantes para seguir dándole placer.

–Llevas puesta demasiada ropa –murmuró él.

–Nunca más volveré a llevar braguitas –prometió ella.

Vito se echó a reír de un modo que la encendió aún más. Entonces, él volvió a tomar su boca y a besarla ávidamente.

–Necesito la cama –dijo ella, cuando sus piernas amenazaban con rendirse.

–Siempre me anticipo a ti, *cara*.

Al abrir los ojos, Catherine se dio cuenta de que ya se estaban moviendo y ella ni siquiera se había dado cuenta. Cuando llegaron a la cama, él la dejó de pie y le quitó la última prenda que Catherine llevaba puesta y hundió el rostro en la parte del cuerpo de ella que acababa de descubrir. Mientras tanto, ella extendió un brazo y empezó a apartar almohadas y colcha. Todo era muy urgente, muy febril. No había tiempo para la seducción, para los preámbulos románticos. Ella lo deseaba en aquellos momentos y resultaba evidente que a él le pasaba lo mismo.

Mientras se tumbaba en la cama, deslizándose hacia atrás, recordó la puerta.

–Echa el pestillo de la puerta primero –susurró ella.

–¡Al diablo con la puerta! –exclamó él, siguiéndola encima de la cama como si estuvieran unidos por la cadera–. No me pienso parar aunque toda la casa venga a mirarnos.

Tras decir aquellas palabras, la penetró tan rápidamente que ella gimió de pura sorpresa. Vito rio de nuevo y le tomó la cara entre las manos para obligarla a mirarlo.

–Hola –dijo él–. ¿Me recuerdas? Soy tu fantástico amante.

Ni siquiera se había movido. Estaba jugando con ella. La había encendido hasta que ella ya no era capaz ni de recordar su nombre y después estaba intentando tomarse el asunto a broma.

Los ojos verdes de ella brillaron con el fuego de la venganza y apretó un poco más sus muslos alrededor del abdomen de Vito. Aquel movimiento le cortó la respiración.

–¿Quieres jugar, Vito? –susurró ella, hundiéndole las uñas en los costados, donde él tenía sus zonas erógenas más vulnerables.

El aire le salió de los pulmones como un silbido. Catherine sacó la lengua y le lamió los labios, palpitantes y húmedos. Él empezó a maldecir en italiano y, ya sin bromas, empezó a moverse encima de ella con una fiereza que envió a Catherine a un mar de cálidas sensaciones.

Cuando alcanzó el clímax, extendió los brazos, como una nadadora flotando de espaldas. Vito colocó una mano en la nuca de ella y la levantó hacia él. Aquella era una necesidad que él tenía. Le gustaba capturar los gemidos de ella en su boca al alcanzar el orgasmo. Catherine no se lo negó y sintió cómo su cuerpo se tensaba para alcanzar él también la cima de su placer.

Después de eso, no recordó nada. Ni el orgasmo de Vito, ni las sensaciones posteriores, ni cómo se había apartado él de ella.

En el exterior, todavía era de día. Dentro de la habitación, el aire acondicionado mantenía la temperatura a un nivel constante y soportable. A pesar de eso, el cuerpo de Catherine estaba bañado en sudor, lo mismo que la piel de Vito.

Ella lo observó durante un instante, disfrutando del modo en que él estaba tumbado, completamente agotado. Sin embargo, a pesar de su cansancio, Vito era físicamente imponente. Un hombre con la potencia de diez.

Potente…

Catherine se puso rígida y el sudor se le heló en la piel. Vito, sintiendo el cambio que se había producido en ella, giró la cabeza y frunció el ceño al notar la palidez que se iba apoderando del rostro de ella.

Pero antes de que él tuviera oportunidad de decir nada, ella se sentó en la cama como movida por un resorte y saltó al suelo. Rápidamente, se dirigió al cuarto de baño.

Fuera lo que fuera lo que estaba buscando, no estaba allí, porque reapareció de nuevo, casi inmediatamente. Decir que estaba conmocionada no era una exageración. Pálida, temblando tanto que los dientes le castañeteaban, miró a Vito, que estaba intentando sentarse.

–Mis cosas –dijo ella–. ¿Dónde están mis cosas?

–No han llegado todavía, ¿te acuerdas? –respondió él, completamente asombrado.

–No han llegado –repitió ella.

Entonces, los ojos se le quedaron en blanco. Vito salió disparado de la cama porque pensó que ella iba a desmayarse allí mismo.

–¡Por el amor de dios, *cara*! ¿Qué es lo que te pasa?

–Mi bolso –susurró ella–. ¡Mi bolso, Vito! –añadió, gritando, al ver que él no se lo daba–. ¿Dónde está mi bolso? ¿Mi bolso?

–Catherine, ¿qué diablos te pasa? –preguntó él, que estaba empezando a asustarse.

Ella no respondió, sino que rápidamente se agachó para recoger el vestido y empezó a ponérselo. Estaba temblando tanto que casi no pudo conseguir aquella sencilla tarea, pero cuando él intentó ayudarla, ella lo apartó de su lado.

–¡No me puedo creer que te haya dejado hacer esto! –gritó ella–. ¡No puedo creer que me lo haya permitido a mí misma!

–¿Hacer qué, por el amor de Dios? –replicó él, muy enfadado–. ¿Hacer el amor? ¡Bueno, pues eso sí que es bueno viniendo de la mujer que casi me ha devorado!

Si consiguió algo con aquellas palabras, fue que ella se pusiera más pálida. Tras un gemido de dolor, Catherine se dio la vuelta y se dirigió corriendo a la puerta de la habitación, sujetándose el vestido con la mano.

–¡Catherine! –rugió Vito, intentando que ella no saliera de la habitación.

Pero Catherine ya se había marchado y bajaba las escaleras a toda velocidad. Ya fuera, encontró su bolso donde lo había dejado, en el suelo del Mercedes rojo.

Para cuando Vito se puso algo de ropa y la siguió, Catherine estaba sentada en el último escalón de la parte delantera de la casa, con el contenido del bolso esparcido por el suelo.

Tenía tal aire de fragilidad que le hizo aproximarse a ella con extrema cautela, bajando los escalones y agachándose al lado de ella.

–¿Me vas a decir de qué va todo esto? –preguntó él, con un tono de voz muy suave.

Ella sacudió la cabeza. Vito pudo comprobar que tenía lágrimas en los ojos. Entonces, empezó a examinar el contenido de su bolso para ver si podía encontrar la respuesta.

Pero no fue así. Todo lo que vio fue el conjunto de objetos personales que las mujeres suelen llevar con ellas. Un lápiz de labios, el monedero, el pasaporte que aquel día había necesitado para entrar en el país, un paquete de pañuelos de papel, un par de horquillas y un peine. Entonces, miró a Catherine, esperando

encontrar la causa de tanto trauma en sus manos. Pero estas estaban vacías.

Entonces, lo vio. Estaba en el suelo, entre los pies desnudos de ella. Muy lentamente, se inclinó a recogerlo del suelo.

Tardó unos segundos en descubrir lo que le pasaba. Entonces, empezó a maldecir y a dar puñetazos en la brillante carrocería del coche.

Después de eso, él también se quedó muy quieto, helado por el mismo horror que se había apoderado de Catherine.

De repente, un ruido captó la atención de Vito. Levantó la cabeza para poder mirar la esquina más alejada del jardín, desde donde una pequeña puerta servía de atajo para los vecinos más cercanos.

Aquel ruido provocó que Vito volviera a la acción otra vez. Se inclinó sobre Catherine y la tomó entre sus brazos, colocándola en el asiento del pasajero del Mercedes.

–¿Qué…? –empezó ella, saliendo del estupor en el que se encontraba.

–Quédate ahí –dijo él mientras regresaba a la casa.

Unos segundos más tarde, salió con las llaves del coche en las manos. De camino, se inclinó para recoger el bolso y todo su contenido y lo tiró al asiento trasero, en compañía de las gafas. Luego, se sentó al volante y arrancó el motor; condujo el coche a toda velocidad por el camino que llevaba a la carretera principal.

–Santo y mi madre estaban a punto de regresar –explicó él–. No creo que quisieras que te vieran de ese modo –añadió. Al final del camino, Vito detuvo el coche y se volvió para mirar a Catherine–. ¿Cuántas te han faltado?

Catherine levantó los ojos y lo miró. Entonces, él volvió a arrancar el coche y empezó a subir por la carretera, en dirección al campo.

–Sabes contar tan bien como yo –respondió ella.

–Me temo que la vista se me nubló cuando vi que la de ayer todavía estaba ahí.

«La de ayer, la de anteayer y la del día anterior», pensó Catherine, contándolas mentalmente con el ánimo por los suelos. Una píldora anticonceptiva por cada uno de los días que había pasado junto a Vito.

–Te odio –susurró ella–. No has hecho más que estropearme la vida desde que tenía veintitrés años y sigues haciéndolo seis años más tarde.

Vito estuvo a punto de recordarle que no había sido él quien se

había olvidado de tomar las píldoras, pero se mordió la lengua.

–Ponernos a pelear para saber de quién es la culpa no va a solucionar el problema –dijo él, en vez de eso.

–Nada puede resolverlo. El daño ya está hecho.

Con la boca muy apretada, Vito no volvió a articular palabra mientras siguieron subiendo más y más, hasta alcanzar un lugar que tenía las vistas más maravillosas de la ciudad. Sin embargo, ellos no las apreciaron. Además, estaban rodeados por un perfecto silencio.

–Lo siento –murmuró Vito.

–No es culpa tuya –dijo ella–. Soy yo la que se ha comportado como una estúpida.

–Tal vez tengamos suerte y no ocurra nada –sugirió él, en un intento por poner algo de luz en aquellos momentos de oscuridad.

–No cuentes con ello –respondió Catherine, tristemente–. Dos veces antes no hemos tomado precauciones y las dos me quedé embarazada. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez?

–¡Tiene que haber algo que podamos hacer! –musitó él. De repente, sintió una inspiración–. Iremos al médico para que nos recete esa «píldora del día después» o como sea que se llame.

–¿Sabes lo que hacen esas píldoras? –preguntó Catherine, que se sentía como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón–. Impiden que el óvulo anide tanto si está fecundado como si no.

–Pero también recordarás lo que te dijeron –le recordó él–. Otro embarazo como el último sería peligroso.

–¿Me estás pidiendo que adopte una decisión tan difícil como esa para salvaguardar mi vida? –preguntó ella, con lágrimas en los ojos.

La angustia que vio en los ojos de Vito era por ella. Catherine lo sabía perfectamente pero no podía afrontarla. En un intento por escapar de él y de aquella situación, salió del coche. Muy despacio, se acercó a un viejo ciprés y se apoyó contra su tronco.

Primero había estado a punto de perder a Santo, debido a complicaciones en el embarazo. Había logrado sujetarlo dentro hasta que estuvo lo suficientemente formado como para sobrevivir fuera del útero de su madre. Los médicos le habían asegurado que aquella situación casi nunca afectaba dos veces a la misma mujer. Pero se equivocaron. La siguiente vez que le ocurrió había estado a punto de perder su vida con la de su hijo.

Le habían dicho que no debía tener más hijos, porque su cuerpo no soportaría el trauma físico.

No podía tener más hijos…

Un movimiento a su lado la hizo notar que Vito había apoyado

un hombro al otro lado del tronco. Para no haber tenido tiempo más que de ponerse lo primero que había encontrado, estaba de lo más elegante con unos pantalones chinos de color claro y una camiseta blanca. Pero aquello era típico de Vito. Era un hombre tan especial que nada en su vida podía ir mal.

Su matrimonio había sido la excepción. Desde su desgraciado principio hasta su trágico final. Catherine ya no contaba su último encuentro. En realidad, ya no se sentía casada con Vito. Se sentía más como cuando lo conoció, viva, electrificada… Por eso habían acabado haciendo el amor como si no hubiera mañana. Pero aquello les había terminado por pasar factura.

–Santo necesita a su madre, Catherine –afirmó Vito, sin añadir más.

Las lágrimas le quemaban los ojos, pero parpadeó y las hizo rodar por las mejillas.

–Tomaré esa píldora –dijo ella, por fin.

Vito no dijo nada. Sin articular palabra, Catherine regresó al coche y se subió en él. Él la siguió y encendió el motor, dirigiéndolo colina abajo, en dirección a Nápoles. Una vez allí, se dirigieron a las oficinas de la empresa de Vito.

Tras bajarse del coche, se dirigió al lado de la puerta de Catherine, se la abrió y la ayudó a bajar. Ella ni siquiera protestó cuando él le subió la cremallera del vestido antes de entrar en el edificio. El conserje lo miró y solo necesitó un breve movimiento de cabeza de Vito para mantenerse alejado. Sin embargo, no dejó de mirar con curiosidad a Catherine, que tenía los pies descalzos llenos de polvo y el pelo enredado, mientras ambos se metían en el ascensor.

Se estaba haciendo tarde. El día laboral había terminado hacía tiempo, por lo que el edificio estaba vacío. Cuando entraron en el despacho de Vito, este le señaló a Catherine una puerta.

–Dúchate –dijo, mientras se acercaba a su despacho y tomaba el teléfono.

Mientras entraba en el cuarto de baño, oyó que llamaba a su madre y le decía que habían decidido ir de compras y se habían olvidado de decírselo a alguien. Suponía que era una buena excusa mientras que a nadie se le ocurriera mirar en el dormitorio, donde las pruebas respecto a lo que habían estado haciendo antes de marcharse no dejaban lugar a dudas.

La segunda llamada que hizo Vito resultó inaudible para ella. Fue breve y tensa y no mejoró su estado de ánimo cuando hizo la tercera. Aquella fue a una boutique que estaba a pocas calles de allí,

en la que lo conocían a través de su madre, para que le enviaran un surtido completo de todo lo que tuvieran para la talla cuarenta, con zapatos y ropa interior.

Para cuando el conserje entró cargado con la ropa que había enviado la boutique, Catherine todavía no había salido del cuarto de baño. En otro momento en el que hubiera estado de mejor humor, a Vito podría haberle interesado lo que le enviaban por su dinero. Sin embargo, dado que la mayoría de aquellas prendas eran para engañar a su madre, se limitó a decir al hombre que colocara las compras en el sofá para luego decirle que se marchara.

Sin embargo, antes de que se marchara, el conserje le dio un pequeño paquete. Era pequeño y ligero y llevaba el nombre de una respetada consulta médica de Nápoles.

Vito estaba todavía contemplándolo con seriedad en el rostro cuando Catherine salió del cuarto de baño, envuelta en un albornoz blanco de Vito. Tenía un aspecto muy triste.

–No pude encontrar un secador –dijo ella, señalándose el pelo mojado.

–Te lo encontraré dentro de un minuto –replicó él, acercándose a ella–. Toma –añadió él, dándole el paquete. Ella supo lo que era sin necesidad de leer lo que ponía en el paquete–. Dos ahora y dos más dentro de doce horas.

–Necesito algo de beber –dijo ella, tomando el paquete con dedos helados.

–¿Té, café o agua helada? –preguntó él, abriendo las puertas de un enorme armario de bebidas, completamente equipado.

–Agua –respondió ella, metiéndose las manos en los bolsillos y levantando la cabeza para contemplar el lugar, que no había cambiado mucho desde la última vez que ella había estado allí.

–Catherine… –dijo él, volviendo con el vaso de agua.

–Cállate –le espetó ella. Luego, se dirigió al sofá, donde el conserje había colocado las compras de Vito–. ¿Para mí?

–Elige lo que quieras –respondió él–. Supongo que habrá una selección de todo lo que necesites.

–Este hombre piensa en todo –se burló ella, mientras iba abriendo cajas e inspeccionando bolsas con tanto interés como un perro al que le ofrecen un hueso de plástico–. Extraordinario.

Vito no respondió. Después de todo, era cierto. ¿Qué otra persona de las que ella conocía podía alcanzar tantas cosas en el tiempo que ella tardaba en tomarse una ducha?

–Me quedaré con esto –dijo ella, eligiendo al azar un elegante vestido de noche de seda, de color azul verdoso y ropa interior a

juego. Cuando regresaba al cuarto de baño, se detuvo en la puerta–. ¿El secador?

Vito se acercó a ella y le entregó el vaso de agua del que ella parecía haberse olvidado. Luego, entró delante de ella en el cuarto de baño y sacó un secador de un armario. Se lo enchufó, se lo dejó preparado sobre el mármol y salió del cuarto de baño.

–Catherine…

Ella le dio con la puerta en las narices.

Quince minutos más tarde, ella salió de nuevo, con el pelo seco e inesperadamente fantástica con aquella ropa, considerando el modo en que las habían comprado. El vestido era corto, de corte esbelto y llevaba una fina tira de encaje en el borde. Vito la contempló desde la ventana.

–Necesitas unos zapatos.

Aquello fue todo lo que dijo. Le señaló un par de sandalias de tiras del mismo color que el vestido que había a los pies del sofá. Todo lo demás había desaparecido. Catherine no sabía dónde estaba ni le importaba.

Lo descubrió cuando bajaron de nuevo al coche y vio un montón de paquetes en el asiento trasero del coche. La capota del coche estaba puesta. Al entrar en el vehículo, un calor muy húmedo la envolvió. Vito arrancó el coche y puso el aire acondicionado. Se dirigieron de vuelta a casa.

Cuando llegaron a la villa estaba oscureciendo. Las luces que iluminaban el camino de acceso a la casa le daban un aire de cálida bienvenida, que no afectó para nada a Catherine.

Mientras entraban en la casa, Santo apareció, vestido ya con un pijama. Encantado de verlos, se acercó corriendo a ellos. Catherine no supo decir si Vito lo había hecho a propósito o no, pero le pareció que daba un paso atrás para que el niño no tuviera más remedio que saludar a su madre antes que a él.

Por eso, ella fue la primera en tomar en brazos a su hijo y abrazarlo como si su vida dependiera de ello. Santo le explicó lo que había estado haciendo, sin darse cuenta de que, de nuevo, su madre estaba luchando para contener las lágrimas.

Cuando dejó al niño en el suelo para que fuera a saludar a su padre, entendió, por la manera en la que Vito lo abrazaba, que él estaba sufriendo tanto como ella.

Aquello era demasiado para ella cuando apenas si podía aguantar su propio sufrimiento interior. Así que se alejó de ellos, deseando poder meterse en la cama y quedarse allí para siempre.

Sin embargo, no pudo hacerlo porque Luisa los estaba

esperando, deseando disfrutar de su alegría y de una buena conversación. Catherine representó su papel lo mejor que pudo e incluso logró sonreír cuando Luisa bromeó con Vito sobre el nuevo guardarropa que le había comprado porque el equipaje de Catherine no había llegado.

–¡Pero si llegó mientras estabais fuera! –exclamó la mujer, riendo–. ¡Qué impaciente y extravagante por tu parte, querido hijo! –añadió. Los ojos le brillaban de placer pensando lo maravillosas que debían de ser las cosas entre ellos, cuando en realidad no podía estar más equivocada–. ¡Qué bonito gesto para ti, Catherine!

La cena de aquella noche fue otra tortura que ella tuvo que superar. Tuvo que comer, sonreír y plantear una conversación inocua cuando no quería hacerlo. Mientras tanto, Vito la miraba como si en cualquier momento fuera a empezar a gritar como una loca.

Ella no podía culparlo por ello. Debajo de aquel relajado exterior, se sentía tan tensa que casi le dolía. Había estado evitándolo constantemente desde que regresaron. Si él entraba en una habitación, ella salía. Si quería hablar con ella, pretendía no oírlo. Incluso durante la cena evitó completamente mirarlo.

Sin embargo, aquello no significaba que ella no fuera consciente de la tensión que lo atenazaba a él ni de la palidez que tenía en el rostro desde que le había entregado aquel paquete.

–... Marietta...

De repente, como si le hubieran clavado mil agujas en la carne, Catherine parpadeó para poder prestar atención a la conversación que se estaba desarrollando en la mesa.

–Sintió mucho no poder estar aquí para daros la bienvenida hoy –decía Luisa, inocentemente–, pero Vito prefirió mandarla a Nueva York en un asunto imposible que, según ella, realmente no necesita su atención. Sin embargo, dado que Vito tenía que estar aquí contigo y con Santo, supongo que uno de los dos tenía que ir. Volverá para el fin de semana, así que, tal vez, podríamos reunirnos todos para cenar y celebrarlo, lo que sería muy agradable, ¿no te parece, Catherine? Las dos erais tan buenas amigas... Estoy segura de que debes de estar deseando volver a revivir vuestra amistad.

–Perdonadme –dijo ella, levantándose de un modo tan repentino que sorprendió a todos–. Perdóname, Luisa, pero me temo que no puedo seguir aquí sentada.

–¿No te encuentras bien, Catherine?

Aquella era una conclusión lógica, ya que ella no había probado casi bocado. Por primera vez, Luisa pareció notar la palidez de

Catherine mientras que, por los buenos modales que le habían enseñado, Vito se levantó también. Sin embargo, parecía estar observándola también como un pequeño halcón.

–Solo estoy cansada. Eso es todo –respondió ella, sonriendo débilmente–. De un modo u otro, ha sido un día muy largo.

–Claro, querida –musitó Luisa, en tono comprensivo–. Y no estás acostumbrada al horario tan tardío de nuestras cenas, lo que probablemente explica la falta de apetito que pareces tener esta noche…

–Sí –respondió Catherine, con una triste sonrisa.

Entonces, se inclinó sobre Luisa para darle un beso en la mejilla antes de musitar algo incoherente sobre ver a Vito más tarde y se marchó de la mesa.

Para cuando se hubo preparado para ir a la cama, se metió entre las sábanas y se cubrió bien con ellas, casi no le quedaba energía para hacer nada más que no fuera desconectarse el cerebro.

Estaba completamente dormida cuando un par de fuertes brazos la devolvieron a la consciencia.

–No –dijo ella, con firmeza.

–Tranquila –musitó Vito, acercándola a su cuerpo–. Tal vez en estos momentos prefieras pretender que no existo pero no es así y estoy aquí, a tu lado…

–Mientras tu amante está a varios miles de kilómetros de aquí –le espetó ella.

–Marietta es tu obsesión, no la mía –replicó él–. Pero, dado que has decidido traerla a la cama con nosotros, ¿me permites que te recuerde que estás aquí para reemplazarla? Así que deja de luchar conmigo, Catherine. Tal vez prefieras creer que eres la única persona que está sufriendo en esta cama, pero no es así. Y yo necesito abrazarte tanto como tú necesitas que te abracen.

Vito no estaba hablando de Marietta en aquellos momentos. Estaba hablando de algo mucho más emotivo. Impulsivamente, ella abrió la boca para decir algo pero luego cambió de opinión. No quería empezar otra nueva discusión.

De mala gana, permaneció entre los brazos de Vito. Luego empezó a notar otras cosas, aparte del calor que emanaba de su cuerpo, como su desnudez contra el ligero pijama de algodón que ella llevaba puesto. Con amargura, deseó que aquel hombre no fuera físicamente tan atractivo.

También deseó que ella no fuera tan inútil como mujer y que el corazón no le doliera tanto. Que el mundo dejara de dar vueltas para que ella pudiera bajarse y no volver a subir nunca más…

–Llora si quieres –susurró él.

–No –replicó ella, a pesar de que estaba temblando para no hacerlo.

–Fue lo único que podíamos hacer, Catherine. Lo adecuado –dijo Vito, besándola en la cabeza–, pero eso no significa que no debas lamentarte de lo que has hecho.

Pero, efectivamente, así era. Vito nunca iba a entender lo que aquella decisión le estaba costando porque ella no pensaba decírselo, ni a él ni a nadie.

–Solo quiero dormir y olvidarlo todo –musitó ella.

–Hazlo. Pero, si cambias de opinión, *cara*, estaré aquí, a tu lado.

¿Era aquel el modo que Vito tenía de compensar el tiempo que no había estado a su lado? Si era así, Catherine no pensaba recriminarlo por ello. Tal vez en aquellos momentos estaba absorta en su propio tormento pero sentía que, por el modo en el que Vito le agarraba las manos, él estaba igual de atormentado.

Capítulo 7

VITO permaneció toda la noche abrazado a ella. Cada vez que Catherine se despertaba, lo sentía allí, y conseguía suficiente consuelo para volver a caer en la inconsciencia.

A la mañana siguiente, él la despertó muy temprano y, dulcemente, le recordó que tomara la segunda dosis de pastillas. Sin decir palabra, ella se levantó de la cama y desapareció en el cuarto de baño.

Y fue allí donde, en medio del cuarto de baño, se dio cuenta de que algo diferente le brillaba en la mano izquierda. Al ver sus anillos, se quedó petrificada.

El primero, un exquisito diamante de talla cuadrada, lo había recibido una semana después de que le dijera a Vito que estaba embarazada de Santo. El segundo, era la sencilla alianza dorada que le había dado en el día de su boda, a juego con el que Vito llevaba. Y el tercero, un anillo de la eternidad cuajado de diamantes, se lo había entregado el día que ella le había anunciado que esperaban su segundo hijo.

¿Cuándo se los había puesto? No recordaba ningún momento de aquella noche en el que Vito no hubiera estado a su lado. Sin embargo, debía de haberse levantando en algún momento y haber bajado al estudio, donde tenía su caja fuerte, y luego volver a subir y colocarle los anillos en el dedo, con mucho cuidado para no despertarla.

Pero, ¿por qué lo habría hecho? ¿Y por qué aquella noche, de todas las noches, cuando ella no se podía haber sentido menos merecedora de aquellos anillos?

¿Qué clase de mensaje estaba él intentando transmitirle? Tenía que haber algún significado en el hecho de que él le hubiera colocado los anillos cuando la situación era de lo más penosa entre ellos.

Tal vez quería afirmar lo que ya le había dicho sobre el hecho de que la apoyaba completamente. La aparición de los anillos parecía estar diciéndole que él quería que ella supiera lo mucho que se comprometía a aquel matrimonio tan enfermizo. Sin embargo, lo que había ocurrido el día anterior no podía recordarle de un modo mejor por qué él estaba mejor sin ella.

Un sentimiento de culpa se apoderó de ella. La culpa de una

mujer que sabía que no estaba siendo del todo sincera con Vito.

Sin embargo, ¿cuándo había sentido ella que podía serlo? Siempre se había sentido como un instrumento para una finalidad con él. Primero, como una amante muy compatible, luego como madre de su futuro hijo y en el presente, como el medio necesario para conseguir que su hijo fuera feliz. No se podían construir la confianza y la honradez sobre unos cimientos tan poco firmes como aquellos.

Con anillos o sin ellos, nada había cambiado desde el día anterior. Todavía se sentía tan sola en aquellos momentos como cuando el día en el que perdió a su segundo hijo tres años antes.

–Perdóname, Catherine –le había suplicado él–. Si hubiera algo que yo pudiera hacer para que desaparecieran las últimas veinticuatro horas, lo haría. Tienes que creerme.

Pero nadie, ni siquiera Vito, era capaz de dar marcha atrás en el tiempo. Entonces, ya había sido demasiado tarde para ellos. Igual que en aquellos momentos era demasiado tarde para cambiar las consecuencias de las últimas veinticuatro horas.

Mirando a aquellos anillos que parecían comunicarle un mensaje tan importante, deseó no haberlo hecho cuando solo complicaba una situación que ya era bastante complicada. Porque él no sabía que…

–Gracias –dijo ella, cuando regresó a la habitación unos minutos más tarde, mostrándole la mano izquierda.

–Anoche los eché de menos –respondió él, con una tensa sonrisa–. Luego no me pude dormir sin ponerlos donde debían estar. Bueno, ¿qué te gustaría hacer hoy? –añadió, rápidamente–. Habitualmente, el primer día llevo a Santo a montar a caballo para que recupere sus habilidades con el caballo.

–De acuerdo –replicó ella, con una rápida sonrisa–. Yo iré también, si puedo.

–Esa era la idea, Catherine. Hacemos todo juntos, como una familia.

–Pensé que ya había accedido a eso.

–Fue el modo en el que lo dijiste, como si tuvieras miedo de resultar una intrusa.

–Afrontémoslo, Vito –dijo Catherine con una sonrisa triste–. Yo no estaría aquí si Santino no te hubiera puesto entre la espada y la pared.

–Bueno, estás aquí – afirmó él, sintiendo que volvía el antagonismo–. Y esta es tu casa. Nosotros somos tu familia y cuanto antes te hagas a la idea de eso, antes dejarás de ser una intrusa.

Con eso, Vito se metió en el cuarto de baño, encerrándose de un portazo y dejando que Catherine se preguntara qué había motivado aquella reacción.

Lo único que podía recordar era el silencio que ella había mostrado después de darle los anillos. Tal vez él había esperado algo más que unas gracias, como una declaración de objetivos mutuos. Pero, ¿por qué iba a esperar él eso? Nunca había buscado ese tipo de declaraciones antes, cuando su situación era más prometedora que entonces.

Además, Catherine decidió que se sentía más cómoda con el antagonismo que con el sentimiento de pérdida y de vulnerabilidad con el que se había despertado aquella mañana. Así que decidió dejarlo estar. No había manera de que ni siquiera el gran Vittorio Giordani creyera que tuviera derecho a esperar más de ella de lo que él mismo estaba dispuesto a dar.

Sin embargo, Catherine tuvo que admitir que algo fundamental había cambiado en él. Después de aquella terrible muestra de su temperamento italiano, él no había pronunciado una palabra más alta que otra delante de ella y parecía tener mucho cuidado de no darle oportunidades de enfadarse.

Había decidido tomarse libre aquella semana para pasarla con Santo. El trabajo había quedado a un lado y llenaron los días montando a caballo, nadando y con excursiones por los alrededores de Nápoles. Pasaron las noches abrazados, sin sexo.

Lenta, muy lentamente, Catherine empezó a relajarse durante aquellos días. Además, sin el sexo que complicara todo, habían logrado mantener una armonía que era tan agradable como el sexo. Sin embargo, aquella situación no podía durar.

Un día, Catherine estaba sentada al borde de la piscina, relajándose con un libro, completamente sola desde que había llegado a la mansión. Luisa había anunciado su intención de llevar a Santo y a un grupo de amigos a pasar el día a la playa. Vito le había dicho que iba a pasar el día en su estudio, trabajando un poco.

No había nada de especial en aquellos acontecimientos pero, por alguna razón, Catherine no podía concentrarse en el libro. Después de nadar un poco en la piscina, había esperado caer agotada en la hamaca, pero no fue así.

Se sentía tensa. No dejaba de mirar al cielo, como si esperara que se desatara una tormenta, lo que explicaría la extraña tensión que la atenazaba. Pero no había rastro de nubes en el cielo azul. Al final, decidió regresar a la casa, darse una ducha y vestirse para bajar a Nápoles para matar el tiempo.

Se había secado por completo y estaba aplicándose una crema en uno de sus esbeltos muslos cuando la puerta del cuarto de baño se abrió de repente. Completamente desnuda y con un pie en la banqueta del cuarto de baño, Catherine levantó la vista y vio a Vito en el umbral. En aquel instante supo que la tormenta que había estado esperando todo el día acababa de llegar.

Era una tormenta llamada deseo. Puro y simple, apasionado y hambriento. Brillaba en la ardiente intensidad de los ojos de Vito y en la tensión de su cuerpo.

Llevaba puesta una camisa de color vino tinto y un par de pantalones de lino. Pero, mientras no dejaba de mirarla, Catherine vio que empezaba a desabrocharse los botones de la camisa. La respuesta que le recorrió el cuerpo fue eléctrica.

Tenía que moverse. Lo primero, bajó el pie al suelo para poder apretar fuertemente los muslos. La camisa cayó al suelo para revelar su bronceado torso.

–Estaba… estaba punto de salir –tartamudeó ella–. Iba a ir en coche a Nápoles.

–Más tarde –murmuró él, mientras se inclinaba un poco para poder quitarse los zapatos y los calcetines.

Aquello parecía un espectáculo de striptease. Catherine tomó el frasco de crema en una mano. Sintió que la carne le empezaba a palpitar. A medida que los pantalones se abrieron para revelar el vello oscuro que se espesaba por debajo de su ropa interior, Catherine sintió que el pánico se apoderaba de ella. Pero era un pánico de naturaleza muy sexual. Sin embargo, algo la hizo protestar.

–Yo… Vito… tu… yo… no podemos… –musitó ella.

–¿Por qué no?

–Tu madre… Santo…

–No. He esperado una semana entera para que me digas que está bien si hacemos esto –dijo él–. Y no pienso esperar más, Catherine. No puedo esperar más…

¿Por qué habría estado esperando una semana? ¿Acaso había asumido que era el tiempo que tardaría en tener el ciclo menstrual que le habría provocado la píldora?

Catherine se sonrojó de pies a cabeza. Al ver que aquello ocurría, Vito se detuvo.

–¿Podemos? –preguntó él–. Por el amor de Dios, Catherine. La tensión me está matando, muy lenta y dolorosamente.

–Podemos –susurró ella.

Los ojos de Vito se hicieron de repente más oscuros y la miraron

con intensidad por todas partes. Los pantalones desaparecieron del mismo modo que la camisa, llevándose la ropa interior con ellos. Quedó solo el hombre, en toda su gloria sexual, que se acercaba lentamente a ella.

Catherine se humedeció los labios con la punta de la lengua al ver que Vito le quitaba el frasco de crema de las manos y lo dejaba a un lado. Sin apartar los ojos de ella, agachó la cabeza para capturar la punta de aquella lengua con sus labios y metérsela en la boca, en un acto tan erótico que ella gimió de protesta cuando él se retiró casi inmediatamente.

Sin embargo, siguió haciéndole el amor con los ojos mientras con una mano le rodeaba la cintura y con la otra le deshacía el moño que ella se había hecho para la ducha. Mientras el pelo le caía por los hombros, Vito la estrechó más contra su propio cuerpo.

Aquel contacto hizo que todos los nervios de su cuerpo soltaran chispas. Entonces, él volvió a besarla, lenta y profundamente, mientras la acariciaba con las yemas de los dedos hasta que ella se quedó sin aliento.

Para Catherine, era imposible permanecer pasiva mientras él la acariciaba de aquel modo. Entonces, le rodeó los hombros con sus brazos y, tras tomarle la cabeza entre las manos, lo besó apasionadamente.

Aquello fue todo lo que él necesitó. La tomó entre sus brazos y se la llevó a la cama. Los cojines cayeron al suelo lanzados por las manos de Vito, mientras Catherine hacía lo mismo con la colcha.

Sobre el fresco y suave lino que cubría la cama, se unieron en un laberinto de brazos y piernas. Fue un momento muy erótico, muy libre. Nada era un tabú para ellos, cualquier medio servía para dar placer…

El silencio en sí mismo era tremendamente seductor, solo roto por la respiración y el movimiento de sus cuerpos, moviéndose juntos hacia la cima del placer.

Después, permanecieron tumbados, besándose y acariciándose, comunicándose por medios que no incluían las palabras. Estas resultaban peligrosas y ninguno de los dos quería romper la magia que habían creado. Hicieron el amor varias veces a lo largo de aquella larga y perezosa siesta para luego quedar dormidos, abrazados el uno al otro, mientras el sol iba desapareciendo poco a poco de la habitación, culminando así, del modo más dulce, su tarde de amor.

Catherine se despertó para encontrarse desnuda en la cama, cubierta estratégicamente con una sábana. Vito se había marchado.

Su sentimiento inicial de pérdida se vio reemplazado por el de sorpresa cuando vio la hora que era.

¡Las siete de la tarde! ¡Seguramente Luisa y Santo llevarían horas en casa! ¿Qué iban a pensar de ella? ¿Qué les habría dicho Vito para justificar que ella fuera tan perezosa? ¿Cómo podía haberla dejado dormir durante tanto tiempo?

–Eres una rata, Vito –musitó, levantándose rápidamente de la cama.

En seguida fue a ponerse algo de ropa. El fino vestido de verano azul que iba a ponerse estaba sobre la silla donde ella lo había dejado. Se puso la ropa interior y luego el vestido. De repente, se dio cuenta de que el cuerpo le dolía por diversas partes, por lo que comprendió por qué había sido presa de un sueño tan pesado. ¡Nunca antes le habían hecho el amor tan concienzudamente!

Se puso unas sandalias mientras recordó, sonrojándose, lo que se habían hecho el uno al otro. O, mejor dicho, el uno por el otro. Con aquella mezcla de pudor y placer, se dirigió a la puerta.

En cuanto salió al rellano, supo que algo iba mal. Lo primero que oyó fue la voz de Santo, muy airada. Mientras bajaba por la escalera, se preguntó qué pasaría.

Siguió las voces hasta el salón y lo que vio la dejó petrificada. Tanto Luisa como Vito estaban mirando a un malhumorado Santo. El niño contemplaba con beligerancia a Marietta. No podía ser otra persona más que Marietta la que causara aquel caos.

–Pero, cariño, tú me dijiste que querías que tu papá se casara conmigo –decía, inclinándose sobre el niño con rostro sonriente.

–Eso no es cierto –negó Santo, muy enfadado–. ¿Por qué iba yo a decir eso cuando ni siquiera me caes bien?

–¡Santino! –le regañó su padre–. ¡Discúlpate, ahora mismo!

El niño lo miraba con el rostro congestionado y los ojos echando chispas.

–¡No! –bufó el niño–. ¡Está mintiendo y no pienso permitírselo!

–Por favor… –dijo Luisa, intentando establecer la paz–. Esto es simplemente un malentendido que se nos ha escapado de las manos. Por favor, no te alarmes por esto, Vito.

–¿Alarmarme? –replicó Vito–. ¿Quieres explicarme entonces por qué entro en esta habitación y me encuentro con que mi hijo se está comportando de un modo grosero con una invitada en esta casa?

–Evidentemente, se trata de un problema de idioma –sugirió la madre–. Marietta le dijo a Santo algo que él, evidentemente, no entendió bien, la última vez que él estuvo aquí. Y él dijo algo que Marietta tampoco comprendió bien. ¡Menuda tontería para tener

que enfadarse de esta manera!

–Yo no la entendí mal –insistió Santo.

–¡Santino! –exclamó de nuevo Vito. Hasta entonces, todos habían estado hablando en italiano, pero Vito decidió dirigirse a su hijo en inglés–. ¡Discúlpate ahora mismo con Marietta! ¿Me entiendes ahora?

El niño estaba a punto de llorar. Catherine se dio cuenta perfectamente, a pesar de que su hijo estaba dispuesto a ocultarlo todo.

–¡Oh! No le hagas llorar –dijo Marietta, poniéndose a ayudar a Santo–. Él no quiso hacer nada malo. Solo está un poquito enfadado porque le corregí su italiano.

–¡Eso no es cierto! –protestó el muchachito–. ¡Tú dijiste que yo no era más que una molestia y que cuando papá se casara contigo él ya no me querría más! ¡Te odio, papá! ¡Y no pienso disculparme! ¡No lo haré! ¡No! ¡No!

–Entonces… –empezó a decir Vito, con el rostro endurecido por la vehemencia de su hijo.

–Santo… –dijo Catherine, en un tono muy tranquilo de voz, impidiendo que Vito siguiera hablando.

Los cuatro pares de ojos se volvieron a mirarla. Si Catherine nunca se había sentido como la pariente pobre en aquella casa, se sintió de aquel modo entonces. Vestida con su sencillo y barato vestido de algodón. Marietta la miraba de un modo frío, vestida muy elegantemente con un exquisito vestido negro de tela brillante, zapatos a juego y el pelo, también negro y brillante, cayéndole por el hombro.

–¡Catherine! –exclamó con ansiedad la pobre Luisa–. ¿Qué debes de estar pensando?

–Estoy pensando que este… altercado me parece estar muy desequilibrado –respondió ella, sin apartar los ojos de su hijo.

Sin decir palabra, extendió una mano y el niño fue corriendo hacia ella. Vito la miró con frialdad por estar pasando por encima de su autoridad. Luisa se retorcía las manos, sin poder soportar que su pequeño paraíso de felicidad se viera hecho pedazos. Marietta la observaba compasivamente mientras Catherine se agachaba para estar al mismo nivel que su hijo.

–Santo, ¿te comportaste de un modo grosero con Marietta? –preguntó Catherine, tranquilamente.

–Sí –reconoció él, bajando los ojos.

–¿Y tú crees que eso merece que te disculpes?

El niño sacudió la cabeza con fuerza y levantó de nuevo la

mirada. Catherine vio que estaba a punto de echarse a llorar.

–Yo nunca he dicho lo que ella dice que he dicho –susurró él, en tono suplicante–. Yo nunca haría eso. Me gusta que papá esté casado contigo.

Catherine asintió. En lo que a ella se refería, Santo había sido completamente sincero y no iba a hacer que su hijo se disculpara con una mujer de la que sabía, por experiencia propia, que era capaz de tergiversar cualquier situación para su propio beneficio.

–En ese caso, vete a tu habitación –le dijo a Santo–. Yo iré a verte dentro de unos pocos minutos.

–Catherine… –empezó Vito, con ánimo de protestar, sintiendo que su autoridad estaba siendo minada.

Sin embargo, Catherine no le prestó atención y mandó a su hijo a su cuarto sin darle oportunidad de hacer nada al respecto.

Cuando se volvió a ver a las tres personas que quedaban presentes, vio que sus rostros tenían expresiones muy diferentes. Vito, estaba enfadado; Luisa, alterada. Y Marietta, sonreía como si fuera una gata que se hubiera quedado con el último lametón de crema.

–¡Dios mío, Catherine! ¡Vaya genio que tiene tu hijo! –exclamó Marietta, rompiendo el silencio–. Es una pena que yo parezca tener la habilidad de hacerlo saltar. Mientras esté aquí, intentaré apartarme de su camino.

Asombrada por aquellas palabras, Catherine se volvió a mirar a Vito, que parecía tan atónito como ella por aquel comentario.

–Marietta ha llegado a casa esta mañana procedente de Estados Unidos y se ha encontrado su apartamento lleno de agua –los informó Luisa, precipitadamente–. Una tubería del agua estalló mientras ella estaba fuera y lo ha estropeado todo. Así que, por supuesto, la he invitado a que se quede aquí mientras se lo arreglan todo.

–Acabo de poner mis cosas en la habitación que hay al lado de las de Vito –dijo Marietta, muy dulcemente–. Si queréis saber dónde encontrarme.

–No.

Aquella negativa no salió de los labios de Catherine, aunque muy bien lo pudiera haber hecho. Había sido Vito.

–Quienquiera que te haya puesto allí ha cometido un error –añadió él, muy secamente–. Si tienes que quedarte en esta casa, Marietta, entonces quédate en el ala de la casa que ocupa mi madre. Catherine y yo deseamos estar solos.

–Claro –concedió inmediatamente Marietta–. Me cambiaré de

habitación inmediatamente. Y me disculpo porque ni yo ni Luisa tuviéramos en cuenta… lo reciente de vuestra reconciliación cuando elegimos habitación.

Catherine observó que Luisa empezaba a tener un aspecto preocupado otra vez, por lo que no pudo evitar preguntarse si su suegra habría opinado algo cuando Marietta eligió su habitación, Por si fuera poco, Vito estaba de lo más susceptible. Primero, su hijo lo había enojado, luego, su esposa se había entrometido en la situación y por último su madre había permitido que Marietta se instalara donde él no quería que estuviese.

De hecho la única persona que parecía no estar enojada era la encantadora Marietta. Catherine pensó que era una chica muy lista al ver cómo cambiaba de conversación para hablar de negocios y hacer que Vito le prestara atención solo a ella.

Catherine se marchó para ir a buscar a su hijo, a quien encontró sentado al lado de una caja de bloques de construcción, de la que recogía una pieza y la volvía a tirar con fuerza al montón.

Intentando que olvidara la horrible escena que se había producido abajo, lo ayudó a bañarse y luego se acurrucó en la cama a su lado para leerle un par de sus cuentos favoritos. Entonces, cuando vio que empezaba a vencerle el sueño, le dio un beso de buenas noches y se levantó para marcharse.

–No me gusta Marietta –musitó el niño, de repente–. Siempre lo está estropeando todo. ¿Te gusta a ti?

–No –respondió ella, con sinceridad–. Pero a la nonna sí, así que por ella seremos amables con Marietta, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –dijo Santo, de mala gana–. Pero, ¿le dirás a papá que siento haberle gritado? Creo que ya no me quiere.

–Me lo puedes decir tú mismo –dijo una voz, desde la puerta.

Los dos giraron la cabeza para ver a Vito allí de pie, en el umbral. Probablemente lo había oído todo. Mientras se dirigía a él, el gesto que Vito tenía en el rostro le dijo a Catherine que no estaba muy contento.

–Tenemos que hablar –musitó él, cuando ella estuvo a su lado.

–Ni que lo digas –replicó ella, reavivando el antagonismo que había entre ellos.

Todo lo que parecían haber conseguido aquel día desapareció de un plumazo por una mujer muy lista. Se encontraron en el dormitorio, cuando fue hora de cambiarse para la cena. Catherine ya estaba allí, esperándolo, cuando él entró por la puerta.

–Bien –disparó él–. ¿Qué diablos creías que estabas haciendo socavando mi autoridad sobre Santo de ese modo?

–¿Y qué diablos creías tú que estabas haciendo obligándolo a hacerlo delante de todo el mundo? –replicó ella.

–Fue grosero.

–¡Nuestro hijo estaba enojado! –le espetó Catherine–. ¿Tienes idea de lo que sintió al ver que tergiversaban sus palabras de ese modo?

–Tal vez él fue el que lo cambió todo, Catherine. Marietta solo estaba intentando establecer una conversación agradable con él y…

Catherine dejó de escuchar. Ya había oído más que suficiente. Rápidamente se dio la vuelta y salió al balcón, dejando a Vito con la palabra en la boca.

El aire allí fuera era cálido. Ella se apoyó contra la balaustrada de piedra. Respiró profundamente para intentar que desapareciera la frustración que estaba hirviendo dentro de ella.

Se sentía herida y desilusionada por ver cómo defendía Vito a Marietta. Aquello la hizo preguntarse por qué habría ido Vito a buscar a su hijo a Londres cuando, evidentemente, ocupaba un segundo plano con respecto a Marietta.

Entonces, Vito salió al balcón tras ella.

–Puedes resultar tan exasperante alguna veces… ¿Te ha dicho alguien alguna vez que es una grosería marcharse cuando alguien te está hablando?

–Eso hace que Santo y yo hayamos sido groseros en el mismo día. ¡Madre mía! Debe de ser un infierno convivir con nosotros.

Vito suspiró de un modo que resultó casi una risa, lo que consiguió aliviar un poco la tensión que ella sentía en aquellos momentos. Durante unos minutos, no hicieron nada más que contemplar la vista.

Ya era de noche pero la luna creciente iluminaba el agua de sombras plateadas. Nápoles relucía como el polvo de las hadas sobre una manta de terciopelo negro. Era una hermosa vista.

–¿Has regañado a Santo? –preguntó ella, por fin.

–No, claro que no. Me disculpé por haber perdido el control. No soy ningún tonto, Catherine –añadió, de mala gana–. Sé que no me comporté mejor que Santo.

–Entonces, ¿volvéis a ser amigos?

–Sí. Pero Marietta tiene razón. Parece que ha empezado a tener un mal genio…

–¡Marietta se puede meter su opinión sobre mi hijo donde le quepa! ¡Y mientras está en ello, puede irse a un hotel!

–¡Diablos! No empieces con eso, por el amor de Dios. ¡Ya sabes que no puedo evitar que se aloje en esta casa!

–Bueno, pues o se va ella o me voy yo. Además, me mentiste sobre ella.

–¿Cómo? ¿Cuándo fue eso, exactamente?

–Cuando me hiciste creer que te casarías con ella después de que nos divorciáramos. Pero la cuestión del matrimonio entre vosotros nunca ha existido, ¿verdad?

–¡Ah! ¿Quieres explicarme cómo has llegado a esa conclusión?

–La misma Marietta me lo dijo –replicó ella–. Cuando se vio forzada a tergiversar las palabras de Santo para cubrir sus propias mentiras.

–O para corregir un malentendido entre dos personas que hablan idiomas diferentes.

–Lo que sea. Pero eso no deja de significar que nuestro hijo se ha llevado un disgusto por nada y tú me has traído a esta casa bajo una amenaza que era una mentira.

–Yo no te mentí. De hecho, te dije claramente por qué quería que volvieras.

–¿Te refieres a la venganza por tu orgullo herido? –dijo ella, volviéndose a mirarlo.

–¿Te parece una venganza lo que hemos compartido hoy?

Catherine tuvo que admitir que él tenía razón. Pero la otra opción que le quedaba para explicar sus motivos era muy poco fiable. Así que decidió cambiar de tema.

–Pero me prometiste que si regresaba aquí, Marietta saldría de nuestras vidas.

–Yo nunca te hice esa promesa. Si lo recuerdas bien, Catherine, te dije que no podía hacerte esa promesa.

–¡En nombre de la decencia, Vito! ¡Un hombre no tiene a su amante bajo el mismo techo que a su mujer!

–No pienso volver a decirte que no es mi amante –le espetó él.

–Ex amante, entonces. Lo que sea. ¡Sabes muy bien que no debería estar aquí!

–Lo que sé es que estás loca y obsesionada.

–De acuerdo, estoy loca –replicó ella–. Te has casado con una lunática de tendencias obsesivas y delirios paranoicos. Pero te aconsejo que hagas algo sobre los delirios de esta lunática antes de que ella misma haga algo al respecto.

–¡Ahora sé que estás loca por admitir todo eso!

–Viene con el pelo y los ojos verdes –se mofó ella–. Creo que puedo lanzar hechizos y montar en una escoba también. Lo que significa que reconozco enseguida a una colega cuando la tengo delante.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó él, algo despistado por el tono jocoso de aquellas palabras.

–Marietta. La malvada bruja del Norte, con su pelo negro, ojos negros y negro corazón. Y un deseo ardiente por apoderarse de los maridos de otras mujeres.

–Lleva siendo amiga íntima de esta familia desde que yo recuerdo. No pienso apartar a Marietta solo porque a ti no te caiga bien.

–¿Y hacerlo por tu hijo?

–A él no le gusta lo que a ti no te gusta.

–Ah, entonces es culpa mía. Tendría que habérmelo imaginado –dijo ella. Pero lo que realmente la enojó fue que él no lo negara.

–Me niego a condescender por prejuicios infundados.

Catherine miró de nuevo a la bahía. ¿Quería pruebas de los prejuicios de Marietta hacía ellos? Las tenía, pero no estaba segura de si debía decírselas. La última vez que habían hablado del tema le había hecho tanto daño que se había jurado no volver a hablar de ello.

Entonces, recordó a su hijo y adónde la había hundido a ella la obsesión de Marietta por Vito. Y, con un suspiro, tomó su decisión.

–El día que empecé a perder a nuestro segundo hijo –empezó ella–, llamé a todas partes buscándote. Por fin, conseguí localizarte en el apartamento de Marietta.

–Lo sé. Yo nunca te he negado dónde estaba.

Su excusa había sido que había bebido demasiado para olvidarse de su gruñona esposa. La versión de Marietta había sido muy diferente.

–¿Por qué, entonces, si Marietta te despertó inmediatamente, tardaste seis horas en llegar al hospital? ¿Estaba mal el tráfico? ¿Tal vez te quedaste sin gasolina? Esa es otra de las excusas que los hombres presentan cuando se quedan en la cama con otra mujer, según me han dicho. O tal vez… solo tal vez, Marietta no se molestó en darte el mensaje hasta que le pareció a ella bien, ¿no te parece? ¿Qué te dice eso sobre tu encantadora Marietta? No, no me lo digas, porque, en verdad, no me importa lo que a ti te parezca, cuando en realidad no hay excusa que puedas darme de por qué me dejaste y te fuiste con ella aquel día. O de por qué no estuviste a mi lado cuando más te necesitaba. Pero, de ahora en adelante, te digo que, en lo que a mí se refiere, esa mujer es veneno. Créeme. Y, o la mantienes bien alejada de mi hijo y de mí o nos marchamos de aquí. Y si eso son prejuicios, no me importa. Pero te aseguro que es una promesa que pienso cumplir.

Después de eso, el silencio se apoderó de ellos. Era imposible saber cuánto de aquello sabía ya Vito y cuánto se había negado a admitir. Sin embargo, Catherine sabía una cosa con toda seguridad: si él insistía en apoyar a Marietta después de lo que ella le había dicho, se habría terminado todo entre ellos.

–De acuerdo –dijo él, por fin–. Veré lo que puedo hacer con respecto a esta situación. Hay un par de nuevos proyectos que se están preparando en estos momentos. Uno en Nueva York y otro en París. Marietta sería la persona ideal para encargarse de uno de ellos. Pero llevará tiempo prepararlo todo –añadió, a modo de aviso–. Va a necesitar tiempo para terminar todo lo que tenga encima de la mesa en estos momentos antes de marcharse. Además, se acerca el cumpleaños de mi madre. Cumple sesenta y seis y está planeando una gran fiesta para celebrarlo. Y, por supuesto, esperará que Marietta esté presente, Catherine. Eso tienes que entenderlo. Dame dos semanas y te prometo que desaparecerá de esta casa y se marchará de Nápoles.

Catherine pensó si podría soportar a Marietta durante dos semanas. Sin embargo, sabía que estaba atrapada por las circunstancias en aquella casa mientras aquel fuera el lugar donde Santo quisiera estar.

–De acuerdo. Tienes dos semanas, pero, mientras tanto, asegúrate de que está bien alejada de mi hijo y de mí.

Con eso, se dio la vuelta, dispuesta a regresar al interior.

–Yo no me acosté con Marietta el día que perdiste a nuestro hijo –dijo él, con voz profunda.

–Supongo que con «acostarte» te refieres al significado más activo de la palabra, ¿no? –le espetó ella.

–¿He gritado alguna vez el nombre de Marietta en sueños mientras tú estuvieras tumbada a mi lado?

–No –admitió ella, a punto de entrar en el interior.

–A diferencia de Marcus y de ti. Al menos tú te has salvado de esa indignidad.

–Yo nunca me acosté con Marcus.

En el balcón de al lado, Marietta se inclinó hacia delante. Aquel nuevo nombre en la conversación le daba nueva vida cuando solo un momento antes se había visto al borde de la derrota.

–Qué extraño… Pero no te creo –dijo Vito–. Entonces, ¿qué queda de la confianza que debería haber entre nosotros?

–Nunca hubo confianza entre nosotros. Tú te casaste conmigo porque tuviste que hacerlo. Yo lo acepté porque sentí que tenía que hacerlo. No se construye la confianza en unos cimientos como esos.

Vito no pareció tener respuesta a aquello. El silencio volvió a ahogar las palabras. Tras abrir la puerta, Catherine volvió a entrar en el dormitorio. Pero él permaneció en el exterior durante mucho tiempo, pensando. Cuando entró por fin en la habitación, con solo mirarlo a la cara, ella supo que los pensamientos no habían podido ser agradables.

Y la intimidad que habían alcanzado en la cama aquella tarde quedó completamente en el olvido.

Capítulo 8

AQUELLA noche, la cena se desarrolló en un ambiente de tensión. Resultaba evidente que Luisa todavía no se había recuperado de la violenta escena de la tarde. Y las miradas que les echaba a Vito y a Catherine reflejaban claramente que sabía que la paz que había reinado entre ellos desde su llegada se había hecho pedazos. Catherine no sabía si ella sospechaba el porqué. Luisa nunca veía nada malo en nadie.

Incluso Marietta estaba más callada que de costumbre. Cuando Luisa le preguntó lo que le pasaba, ella explicó que se debía al malestar que le había causado el largo viaje desde Nueva York. Pero, a pesar de todo, intentó de todos modos hablar cortésmente con Catherine.

–Según creo, has estado trabajando con Templeton y Lang cuando estuviste en Londres –dijo.

–Sí –respondió Catherine, muy educadamente, a pesar de que le hubiera gustado hacer lo contrario–. Tengo estudios de Secretariado Jurídico, así que fue agradable volver a trabajar en ello.

–Además, tus dotes para los idiomas deben de haber resultado muy útiles en una empresa que se especializa en derecho comunitario. ¿Los hemos contratado alguna vez, Vito?

–No que yo recuerde.

–Qué raro, porque estoy segura de que los conozco –insistió Marietta–. Marcus Lang es uno de los socios fundadores, ¿no es así? –añadió, refiriéndose a Catherine.

–No. Se llaman Robert Lang y Marcus Templeton –corrigió ella, viendo cómo Vito se tensaba al oír el nombre de Marcus.

–Ah, ha sido equivocación mía –replicó Marietta–. Bueno, pero, sin duda, creo que vas a echar de menos el estímulo del trabajo. Yo estoy segura de que no me gustaría volver a no hacer nada.

–Tengo trabajo que hacer –dijo Vito, levantándose tan repentinamente que tomó a todo el mundo por sorpresa–. Marietta, me vendría muy bien repasar unas cuantas cosas contigo antes de que te retires, si no estás demasiado cansada.

–Claro –respondió Marietta.

Ella lo siguió enseguida, lo que dejó a Catherine para consolar a la pobre Luisa antes de que ella también pudiera escaparse al santuario de su dormitorio. Cuando se hubo metido en la cama,

estaba más que deseando dormirse y olvidarse de todo. Por eso, que Vito llegara tan solo unos minutos más tarde no la ayudó en absoluto.

Pensando que él iba a meterse en la cama, se hizo la dormida. Así que, cuando segundos después, él la tocó con un dedo en la mejilla, pretendió estar sorprendida cuando abrió los ojos.

–Ha surgido algo –le dijo–. Tengo que ir a Nápoles a mi despacho durante un tiempo.

–¿Solo? –preguntó ella, sin poder evitarlo.

–Sí, solo –replicó él–. ¡Si no tienes cuidado tu desconfianza te va a devorar viva!

Con eso, se levantó de la cama y salió de la habitación. Catherine sabía perfectamente que él tenía razón.

–¿Qué estoy haciéndome, Dios mío? –susurró, mirando al techo.

Sabía perfectamente la respuesta. Estaba destrozándose por el mismo hombre por el que llevaba destrozándose los anteriores seis años.

Al oír el motor del coche, se levantó y salió al balcón. Llegó justo a tiempo de ver cómo las luces traseras se perdían en la distancia.

–Te amo –susurró–. A pesar de no querer hacerlo.

Estaba a punto de regresar dentro cuando oyó el rugido de un segundo motor. Tras volver a la balaustrada, vio un BMW salir de la parte trasera de la casa, donde estaban los garajes.

Era Marietta. Aunque estaba demasiado oscuro para saber quién era, estaba segura de que era ella. Seguro que seguía a Vito al lugar donde hubieran acordado encontrarse.

¿Eran aquellos delirios paranoicos? Lo raro fue que no se sintió enfadada o herida. Ya no podía sentirse más amargada sobre lo que Vito y Marietta hicieran juntos.

Aquella noche, no durmió mucho. Seguía todavía despierta cuando uno de los coches regresó alrededor de las cuatro y media de la mañana. Al otro no lo oyó, ya que debía de haber caído en el sopor previo al sueño.

Por fin, una serie de ruidos en la habitación la despertaron. Vio que Vito se estaba preparando silenciosamente para el nuevo día. Al mirar a su lado de la cama, vio que estaba intacto, por lo que decidió cerrar los ojos y pretender estar dormida.

Una hora más tarde, bajó vestida con un atuendo que tenía desde hacía mucho tiempo. El corte clásico de la falda de color crema era intemporal y el top de seda de color café con leche, hecho de ganchillo, resaltaban su cálido bronceado.

Al entrar en el comedor, vio que Vito y Marietta estaban compartiendo un desayuno de trabajo. Había un montón de papeles encima de la mesa. Marietta estaba escribiendo notas en uno de ellos mientras que Vito examinaba otro.

Todo parecía de lo más profesional. Marietta iba vestida de negro, como siempre, y Vito llevaba un traje oscuro. Considerando que él había estado trabajando toda la noche, tenía un aspecto estupendo.

Al oír los pasos, Vito levantó la cabeza y examinó el atuendo de Catherine. Conocía lo que aquello significaba, incluso la manera en la que ella se había recogido el pelo en la nuca con un pasador de carey que le daba un aire distinguido sin resultar demasiado formal.

–¿Vas a alguna parte? –preguntó él muy secamente.

–Voy a restablecer vínculos con mis viejos contactos –respondió ella, dirigiéndose a una de las sillas vacías.

–*Buongiorno* –dijo Marietta, levantando la cabeza–. Así que quieres volver a trabajar –añadió, reconociendo, al igual que Vito, el atuendo.

–Es mejor que «no volver a hacer nada». ¿No te parece? –respondió ella, sentándose y alcanzando la cafetera.

–¿Es que te escoció que te dijera eso? –dijo la morena–. Lo siento, Catherine. No lo hice intencionadamente.

Entonces, Marietta se concentró de nuevo en Vito y empezó a discutir unas cifras con él. Pero él no la estaba escuchando. Tenía puesta toda su atención en su esposa, que se servía café como si fuera un día corriente. Pero él sabía que no lo era. Ella estaba furiosa.

–Santino está con su abuela –la informó él, por encima de lo que Marietta estaba diciendo–. Van a pasar de nuevo el día en la playa.

–Lo sé. Me he despedido de ellos –respondió ella, preparándose una tostada.

–Vito, si tú…

–Cállate, Marietta.

–¿Estoy interrumpiendo algo? –preguntó Marietta, abriendo mucho los ojos.

–En absoluto –le aseguró Catherine, untando mermelada en la tostada.

–¡Sí! –replicó Vito–. Por favor, déjanos a solas.

La expresión de Marietta no reveló irritación alguna mientras se puso de pie, recogió sus papeles y se marchó.

Entonces, Vito se levantó, rodeó la mesa y se acercó a Catherine, agachándose al lado de ella.

–No quiero que vayas a trabajar –dijo él.

–No me había dado cuenta de que yo te hubiera dado elección.

–Resulta infantil salir corriendo de casa y aceptar el primer trabajo que te ofrezcan solo porque estás enfadada.

–Pero si yo no estoy enfadada contigo.

–Entonces, ¿por qué estás haciendo esto? ¡No has mencionado ni una sola vez el volver a trabajar desde que has llegado aquí!

–Por mí misma. Lo hago por mí misma.

Había tomado aquella decisión durante algún momento de la noche. Había decidido que, como no podía cambiar el estado de las cosas, se buscaría una vida fuera de los confines de aquella casa.

–¿Y Santino?

–Santino tiene más personas que desean agradarle en esta casa que todo un colegio de niños normales.

–Él prefiere que su madre esté en casa con él. Y yo también lo prefiero. ¿De qué sirve que yo te proporcione todo esto si no te permites apreciar las ventajas?

–Lo que acabas de decir es terriblemente arrogante.

–Yo no me siento arrogante. Me siento muy enojado de que no lo hayas hablado conmigo antes de tomar tu decisión. Es típico de ti, Catherine –la recriminó él, sin darse cuenta de que ella, de repente, se había puesto muy pálida–. Eres independiente y testaruda, capaz de hacer lo que te venga en gana sin prestar atención a lo que opinen los demás.

–Siento que pienses eso –murmuró ella, en un tono que indicaba que no iba a cambiar de opinión.

–Escúchame. No quiero pelearme contigo cada vez que hablamos. Quiero que seas feliz aquí. ¡Quiero que seamos felices aquí!

–¿Contigo como el que trae el pan a la casa y yo como el trofeo que guardas de adorno en un rincón? No, gracias, Vito. Yo no tengo la pasta que se necesita para realizar bien ese papel.

–¡Deberías aprender a morderte alguna vez esa estúpida lengua que tienes!

–¿Es que no tienes trabajo que hacer? –preguntó ella, llena de sarcasmo.

Como si aquello le hubiera marcado la entrada, la puerta se abrió de repente y apareció la cabeza de Marietta.

–¿Habéis acabado? –preguntó ella, con frialdad–. Es que tenemos mucho que hacer, Vito, si vamos a tomar el vuelo de mediodía a París.

–¿Te vas a París con ella? –preguntó Catherine, incrédula.

–Yo…

–¡Oh! ¿Es que no lo sabías, Catherine? –replicó Marietta–. Había dado por sentado que Vito te lo habría dicho.

–Estaba a punto de hacerlo…

–Ya no hay necesidad de hacerlo –dijo ella, poniéndose de pie–, dado que tu eficaz colaboradora ha hecho el trabajo por ti.

–Catherine…

–Perdóname –lo interrumpió ella, dirigiéndose a la puerta–. Tengo unas llamadas que hacer. ¿Te diviertes? –añadió, al pasar al lado de Marietta.

–No sé a lo que te refieres –respondió la otra, fingiendo asombro–. Vito, lo siento mucho. Pensé…

Entonces, Vito se levantó y salió del comedor detrás de Catherine. La encontró en el dormitorio, poniéndose la chaqueta que hacía juego con la falda.

–¿Es que no tienes que tomar un avión? –preguntó ella, con voz sarcástica.

–No hagas esto, Catherine –la avisó él–. No intentes exasperarme cuando me he pasado la noche trabajando y ando falto de sueño y de paciencia.

–¿Y dónde estuviste trabajando anoche?

–Ya sabes dónde. En mi despacho. Ya te lo dije.

–¿Solo?

–¡Sí, solo!

–¿A qué hora regresaste a casa?

–Sobre las cinco. ¿Por qué este interrogatorio? –preguntó él, sin entender.

–Marietta se marchó justo detrás de ti anoche y ha llegado media hora antes de la hora a la que tú dices que regresaste. ¿Es ese el lapso de tiempo recomendado para las citas secretas hoy en día? Es que tengo que saberlo en caso de que empiece yo también a tener citas secretas.

–Crees que estuve con Marietta –dijo él, entendiendo por fin–. *Madre di Dio*. ¿Cuándo vas a empezar a confiar en mí?

–¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? –preguntó ella, sin responder.

–Aproximadamente una semana…

–¿Dónde vas a alojarte? –insistió ella, interrumpiéndolo.

–En el apartamento que tiene la empresa, ¿dónde si no? –respondió él, con un suspiro–. Catherine, fuiste tú la que me dijo que la mantuviera al margen –añadió, algo impaciente–. ¡Y eso es exactamente lo que estoy intentando hacer!

–Entonces, que te diviertas.

No debería haber dicho eso. Antes de que pudiera darse cuenta, Vito se abalanzó sobre ella y la atrapó entre sus brazos, tomando su boca inmediatamente.

Ella se rindió sin presentar batalla, permitiéndole hacer lo que quisiera de ella. Era la esclava para su amo, permitiendo que el poder de la ardiente pasión de Vito se adueñara de ella.

Las manos de él estaban por todas partes, quitándole la chaqueta y apartándole el top y el ligero sujetador que llevaba puesto. Catherine gimió de placer. Él rio y rápidamente le tomó una mano para ponérsela encima de su sexo, que estaba empezando a despertar.

–¡Esto es lo que yo llamo divertirme! –musitó él.

Entonces, tomó en la boca uno de los pechos que había dejado al descubierto. Mientras lo chupaba, llenándola a ella de placer, el teléfono empezó a sonar. Vito levantó la cabeza. Sería Marietta para meterle prisa.

–Si contestas eso, te mato –le dijo Catherine, aferrándose a él con más fuerza.

Él volvió a besarle de nuevo la boca, devolviéndole de nuevo el placer que habían alcanzado juntos. El sonido del teléfono parecía espolear sus sensaciones. Lentamente, ella bajó la mano hasta la bragueta de él, con la intención de bajarle la cremallera…

Vito se apartó de ella casi sin que Catherine se diera cuenta. Confundida, lo miró al rostro, en el que se había dibujado una pícara sonrisa.

–Sigue pensando en eso –le ordenó él–. Volveré a por el resto el fin de semana.

Entonces, se marchó antes de que ella pudiera responder. Mientras se quedaba mirando la puerta, sin poderse creer que le hubiera permitido hacerle aquello, el teléfono seguía sonando con la persistencia característica de Marietta.

Sin embargo, aquel sonido le produjo una gran sensación de placer. Sabía que Marietta estaría al otro lado de la línea, rezumando frustración mientras esperaba que uno de ellos contestara. Y también porque, por el tiempo que estuvo sonando, Vito debía de haber necesitado bastante tiempo para recomponerse.

Aquella fue una semana extraña, larga, que la hizo sentir un poco como una novia marcando el tiempo que falta antes del gran día. Y aquella sensación hacía que se sintiera furiosa consigo

misma.

Aquel hombre, que la había dejado en el aire, esperando, era su debilidad. Su cuerpo era un templo de adoración para Catherine, tanto si le gustaba como si no. El control no existía para ellos. Débil de mente, de carne y de espíritu era lo que ella era.

Intentó combatir todo aquello sumergiéndose en un mar de actividad. Cada día comía con antiguos conocidos, aunque pospuso de repente, y sin entender por qué, la búsqueda de trabajo, dado que siempre había pensado que un trabajo sería la prioridad número uno para hacerle la vida más llevadera.

Había aprendido que Luisa no era una abuela a ratos. Adoraba a su nieto y no había nada que le gustara más que tener a su nieto a su lado todo el día. A Santo le encantaba tanta atención. No era que el niño no hubiera sido feliz solo con ella en Londres, porque lo había sido. Pero Luisa parecía instilar confianza y fe en sí mismo al niño, igual que había hecho con su hijo.

Vito llamaba todas las noches. Hablaba con su madre, con su hijo y con Catherine. Ninguno de los dos mencionó a Marietta durante aquellas llamadas. Catherine no lo hacía en caso de que la maldita mujer estuviera en la habitación con él y supiera así que se preocupaba por ella. Y Vito no la mencionaba porque, según Catherine, Marietta estaba en la habitación y él no quería que ella lo supiera.

Aquellos eran los males que implicaba la falta de confianza. Catherine estaba pensando en eso una tarde, mientras tomaba una ducha pare refrescarse del agobiante calor de Nápoles. Sin embargo, no solo era el calor el culpable de aquella segunda ducha. Era Vito. La había dejado hambrienta y así seguía. A pesar del agua fría, no podía evitar que su cuerpo respondiera al hecho de que él volvía aquel día. Todo el cuerpo parecía anhelar sus caricias y, si cerraba los ojos, Catherine se imaginaba cómo él se desnudaría y se acercaría a ella.

Así que, cuando un cuerpo desnudo y masculino se deslizó detrás de ella, Catherine pensó que estaba fantaseando.

–¡Vito! –exclamó ella, atónita, mientras él la rodeaba con los brazos–. ¡Me has asustado!

–Me disculpo –musitó él–, pero oír que estabas aquí dentro me pareció una tentación irresistible.

–Pensaba que no ibas a venir hasta esta noche –dijo ella, tratando de controlar los latidos de su corazón.

–Tomé un vuelo previo. Mmm, sabes deliciosa –añadió, mientras le mordisqueaba la garganta–. Pero el agua está un poco fría. ¿Es

que quieres congelarte?

–Hace tanto calor –respondió ella, disimulando, mientras él ajustaba la temperatura del agua. Pero su piel revelaba la verdad, que Vito supo también entender.

–¡Ah! ¿Me has echado de menos?

–Casi no he pensado en ti –mintió ella.

–Bueno, pues yo sí que te he echado de menos. Y espero que notes que a mí no se me caen los anillos por admitirlo.

–Solo porque quieres algo.

Vito rio y le demostró exactamente lo que quería. Catherine enredó sus largas piernas alrededor del cuerpo de Vito mientras él la amaba hasta el éxtasis. Entonces, ella sonrió. Un hombre no podría mostrar tanta pasión si se hubiera pasado una semana haciendo aquello.

A pesar de sus propias sensaciones de placer, ella era muy consciente de que Vito estaba temblando y que le estaba costando mantener el control.

–Bésame –gruñó ella–. ¡Necesito que me beses!

Vito hizo lo que ella le pedía y sintió que ella empezaba a acelerar sus movimientos cuando la boca de él se fundió con la de ella y le hizo alcanzar el orgasmo. Poco después, él mismo se unió a ella, con los gemidos de ambos mezclándose con el ruido de la ducha.

Después, Vito la sacó de la ducha y la puso de pie, apoyada contra él, mientras la secaba. Catherine lo miró, deseando atreverse a amarlo otra vez.

–Si me sigues mirando de ese modo –dijo él–, vas a pasarte el resto del día sin salir del dormitorio.

–Santo se va a pasar el día con su amigo Paolo.

–¿Estás intentando decirme que no te importa pasarte el día en el dormitorio conmigo?

–¿Se te ocurre algo mejor? –preguntó ella, suavemente.

Aquella noche, fue Luisa la que preguntó por Marietta durante la cena.

–Se ha quedado en París –respondió Vito–. Pero volverá a tiempo para tu fiesta de cumpleaños la semana que viene.

Al oír que no tendría que sufrir a Marietta durante una semana, Catherine sintió que su estado de ánimo se ponía de lo más boyante. Y así permaneció a lo largo de los siguientes días mientras, poco a poco, volvían a la rutina que habían tenido antes de que Marietta se

marchara a París. Él se pasaba las mañanas en su estudio y las tardes con su esposa y con su hijo, mientras su madre estaba encargándose de los preparativos de la fiesta.

De hecho, aquella vida casi podría describirse como feliz. Nadaban, iban de excursión… Entonces, a Catherine le surgió un trabajo que le gustaba bastante porque se trataba de traducir manuscritos desde casa para una editorial.

–Me estoy haciendo perezosa –confesó a Vito una noche, mientras yacían tumbados en la cama.

–¿No crees que pudiera ser que, simplemente, estuvieras satisfecha?

–Bueno, voy a tener que utilizar la biblioteca como mi lugar de trabajo –dijo ella, pensando si no habría trabajado tan duro todos aquellos años porque no estaba a gusto con su vida–. O allí o en tu estudio, y no creo que a ti te gustara que me trasladara allí contigo.

–No creo que ninguno de los dos trabajáramos mucho. Vaya… esto se te da muy bien…

Vito estaba tumbado sobre su estómago y Catherine le estaba acariciando la espalda con las uñas.

–Lo sé. He practicado mucho –respondió ella, inocentemente.

Ella se había referido a que había practicado con él, porque hacía tiempo solían pasarse horas así. Pero, por el modo en el que se le tensaron los músculos, Catherine supo que él la había interpretado mal.

–¿Cuánta práctica? –preguntó. Con un suspiro, ella se sentó, apartándose de él. Vito también se incorporó, dándose la vuelta para mirarla–. ¿Cuántos amantes has tenido, Catherine?

–Ya sabes que no hubo nadie antes de ti. ¿Por qué me haces ese tipo de preguntas ahora, después de todos estos años?

–Me refería desde que llevamos casados.

–¿Cuántas has tenido tú? –lo desafió ella.

–Ninguna.

–Pues lo mismo yo –replicó ella, aunque sabía que los dos creían que el otro estaba mintiendo–. ¿Importa eso?

–No –dijo él. Catherine supo que aquello era también una mentira, por lo que extendió una mano para acariciarlo. Tras emitir un suspiro, Vito cerró los ojos–. De acuerdo, sé cuando me tiran una indirecta. Puedes devorarme.

Catherine se montó encima de él y lo introdujo dentro de ella.

–Hablar nunca nos hizo ningún favor, Vito –murmuró ella–. Hagamos un pacto de no hacerlo más que cuando sea absolutamente necesario.

Entonces, antes de que él pudiera responder, Catherine cerró los ojos y empezó a moverse encima de él. Y lo hizo tan deliciosamente que muy pronto consiguió que Vito descartara lo que fuera a decir para concentrarse en tareas más placenteras.

Capítulo 9

AQUELLA noche, la casa era un espectáculo, iluminada por luces halógenas estratégicamente colocadas. El jardín también lucía esplendoroso, con luces metidas entre los arbustos que alineaban los diferentes senderos. Dentro, todo estaba tan limpio como los chorros del oro y en el comedor se había instalado una mesa de bufé digna de reyes.

Los ocupantes de la casa tampoco se quedaban atrás. Catherine se había decidido por un llamativo vestido de seda rojo, con un corpiño muy ajustado y sin hombreras. Llevaba el pelo recogido con un hermoso broche de diamantes y unos pendientes a juego. En los pies, calzaba unos zapatos rojos muy brillantes, que la obligaban a contonearse de una manera que volvía locos a los hombres.

Por lo menos a Vito lo volvió loco al verla bajar las escaleras hacia él. Acababa de regresar de llevar a Santo a casa de su amigo Paolo, donde iba a pasar su primera noche fuera de casa.

Aquello no significaba que él no se hubiera divertido. Cuando Santo sugirió que Luisa debía tener una merienda especial con él y sus amigos, a la abuela le pareció una idea estupenda. Había habido globos, tarta y los juegos que a los niños les gustan en aquellas ocasiones. Había sido muy divertido.

Catherine observó cómo la miraba Vito mientras se acercaba a él. El brillo que había en sus ojos le decía todo lo que necesitaba saber. Orgullo y apreciación fueron las palabras que le vinieron a la mente, junto con las vibraciones sexuales que eran parte integral de lo que ellos siempre compartían.

–Pareces salida de un cuadro romántico –murmuró él, cuando Catherine llegó a su lado–. Pero te falta algo.

–Joyas –dijo Catherine, tocándose la garganta desnuda–. Pero está todo en tu caja fuerte.

–Entonces, vamos a mi estudio y corregiremos la situación inmediatamente.

Mientras se dirigían al estudio, Catherine podía sentir la mirada de Vito, que caminaba detrás, sobre ella. Sabía que podría ver el profundo escote en pico que llevaba en la espalda y que le llegaba hasta la cintura.

–Muy provocativo.

–Me gusta provocar –dijo ella, mirando, muy coqueta, por

encima del hombro.

Vito se echó a reír. Entonces entraron en el estudio. Él seguía sonriendo cuando se dio la vuelta, después de sacar una caja de terciopelo de la caja fuerte. Catherine se sorprendió al ver que se acercaba con una caja plana de terciopelo en vez de su habitual joyero.

–¿Es que no puedo elegir yo? –preguntó ella.

–No. Y ese vestido es, definitivamente, una provocación. Asegúrate de que yo examino antes a todos los hombres que bailen contigo esta noche.

–Eres muy imperioso –se quejó ella, mientras él se colocaba a su espalda–. Eliges a mis compañeros de baile, mis joyas. ¿Y si no me gusta lo que has elegido?

–Dime lo que te parece –dijo él, colocándole algo frío sobre el pecho.

Al mirarse, Catherine vio el corazón incrustado de diamantes más exquisito que había visto nunca y no pudo contener un grito de sorpresa.

–¡Es muy bonito! –exclamó ella, acariciando el corazón.

–No te sorprendas tanto –dijo él, asegurándole el broche–. Tal vez sea imperioso pero, normalmente, tengo un gusto impecable.

–Es un relicario. ¿Si miro dentro veré tu arrogante rostro mirándome?

–No. Eres tú la que tiene que decidir lo que poner dentro.

«Tú», pensó Catherine. En cualquier corazón que ella poseyera, la de Vito sería la única imagen que tendría cabida.

–Gracias. Ahora, me siento apropiadamente vestida para honrar el brazo del imperioso italiano que tiene un gusto impecable.

–Tú siempre has sido perfecta para honrar el brazo de cualquier hombre, Catherine –musitó él–. Pero yo soy el afortunado que reclama el derecho de llevarte allí.

Aquello era demasiado intenso. Ellos simplemente no compartían aquel tipo de conversaciones profundas y llenas de significado. Nunca lo habían hecho y nunca lo harían. Era la clase de relación que tenían.

No es que fuera poco profunda. Se limitaban a desconocer lo que el otro sentía, porque era más seguro no saberlo que resultar herido mortalmente. Así que, por eso, utilizaban el amor que sentían por su hijo como denominador común para justificar estar juntos. Y el sexo, que nunca había sido un problema para ellos.

–Siento la terrible necesidad de mandarte al dormitorio para que te cambies –admitió él.

–Acuérdate quién me va a quitar este vestido más tarde –sugirió ella.

Entonces, apareció Luisa.

–¡Catherine! ¡Qué bonito collar! –exclamó la mujer.

–El hombre que me lo ha dado me ha dicho que tiene un gusto impecable –replicó Catherine, bromeando.

–Vittorio, tu engreimiento será tu perdición –dijo la madre.

–Yo estaba a punto de decir que he heredado el gusto impecable de ti –replicó Vito–. En serio, estás muy hermosa, *mi amore*. ¿Cómo puede tener un hombre tanta suerte de tener una *mamma* como tú?

–Ahora está intentando utilizar su encanto conmigo para evitarse problemas –le confesó Luisa a Catherine–. Siempre ha sido igual, incluso cuando era tan pequeño como Santino.

Efectivamente, Luisa estaba muy hermosa, vestida con un traje de raso dorado que le reportó muchos cumplidos. Dos horas más tarde estaba completamente sonrojada por las veces que le habían dicho que no aparentaba más de cuarenta años.

–Está disfrutando mucho –murmuró Catherine, viendo cómo tres caballeros le pedían el siguiente baile.

–Más que tú, si estoy en lo cierto.

Ella había tenido que afrontar mucha curiosidad sobre el estado de su matrimonio. Sin embargo, Vito no se había separado ni un momento de ella, por lo que había actuado de escudo ante las intrusiones en su vida privada.

Si ella se movía, él se movía con ella. Si la invitaban a bailar, Vito rehusaba cortésmente en su nombre. Era una actitud muy posesiva pero deliciosamente seductora.

A medida que fue pasando la velada, el champán fluía entre los invitados, algunos bailaban y otros tomaban algo de comer en el bufé. Lo que único que parecía faltar era Marietta.

–¿Dónde está? –le preguntó a Vito.

–Supongo que se habrá retrasado.

–Pero tu madre se desilusionará mucho si ella no está aquí para brindar por su cumpleaños.

–No te preocupes –dijo él, secamente–. Yo diría que podemos contar con que se presente en cualquier momento.

Catherine frunció el ceño ya que no le gustaba la fricción que había notado en el tono de él. De hecho, aquel tono había estado presente siempre que hablaban de Marietta desde el viaje de París.

Tal vez se habían peleado. ¿Habría empezado Vito a aceptar que, si quería que su matrimonio prosperara, tendría que ser sin Marietta en la sombra?

La esperanza es una semilla que prende rápidamente, especialmente cuando Catherine estaba más que dispuesta a alojarla aquella noche. Vito se estaba portando muy posesivamente y, además, llevaba el corazón que él le había regalado en el pecho.

–Bailemos –dijo él.

Aquello solo era una excusa para estrecharla entre sus brazos. Catherine lo sabía, por lo que le permitió llevarla a la pista de baile. En el momento en que se tocaron, volvieron a revivir entre ambos las vibraciones habituales cada vez que se tocaban sus cuerpos. Aquella sensación era completamente seductora, casi hipnótica. El silencio incrementaba el creciente deseo que sentían mutuamente. Cuando los labios de Vito rozaron la frente de ella, Catherine se sintió transportada al éxtasis. Cuando los muslos de él rozaban los suyos, ella sentía que los suaves rizos que rodeaban su sexo se erizaban de deseo.

Sintió que el corazón de Vito latía más fuertemente y que una tensión, ya familiar, se adueñaba de su cuerpo. Incapaz de resistir el impulso, ella levantó la barbilla en el mismo momento que él bajó la vista para mirarla a ella.

Cuando sus miradas se cruzaron, todo lo demás pareció desvanecerse a su alrededor. Era la seducción en su punto más exquisito, la absorción total, porque justo allí, en medio de cientos de personas, Catherine pudo sentir el amor latiéndole en el único lugar en el que jamás hubiera esperado encontrarlo.

–Vito…

–Catherine, tenemos que…

–¡Luisa, querida! ¡Feliz Cumpleaños! –exclamó una hermosa voz de mujer, en italiano, rompiendo la unión que había surgido entre ellos.

Marietta acababa de llegar. La dulce Marietta. Incluso la música pareció detenerse. Catherine se dio la vuelta para mirarla y se quedó helada. Porque allí, en la puerta de cristal de la sala de baile, estaba Marietta, vestida con un traje de lentejuelas plateadas que resaltaba su hermosa figura. Pero no era el traje lo que paralizó a Catherine, sino el hombre que acompañaba a su peor enemiga. Alto, moreno, atractivo de un modo muy británico, tenía un aspecto muy incómodo con su presencia allí…

–Marcus –susurró Catherine, atónita.

El alma se le cayó a los pies cuando vio cómo Marcus, muy tenso, saludaba a Luisa cuando los presentaron. Marietta sonreía, muy serena, mientras Luisa intentaba tranquilizar a Marcus, pero era imposible. Resultaba tan evidente que él estaba muy incómodo

allí que Catherine no podía entender el porqué de su presencia.

–¿Qué diablos está haciendo aquí? –murmuró ella.

–¿Es que no te lo imaginas? –preguntó Vito, secamente.

–¡No tiene nada que ver conmigo, si es eso lo que estás pensando! –protestó ella.

–¿No? Yo diría que su presencia aquí está de lo más relacionada contigo.

Como para confirmarlo, Marcus la vio de repente, con Vito al lado de ella, y se sonrojó completamente. Entonces, Catherine notó un par de ojos malévolos y, al instante, se dio cuenta de que todo aquello era obra de Marietta. De algún modo, había descubierto la asociación más que profesional entre Marcus y ella y lo había llevado a la fiesta con la única intención de causar problemas.

Pero, ¿quién se lo habría dicho? Con toda seguridad, Marcus no. Aparte de la evidente incomodidad, no era un hombre dado a contar cotilleos. Lo que más la preocupaba era que Marietta estaba demostrando su maldad abiertamente, para todo el mundo. Incluso para Vito. Decidida a averiguar lo que estaba pasando, se soltó de Vito. Sin embargo, él la volvió a agarrar con fuerza.

–No –dijo él–. Este es el juego de Marietta. Dejémosla jugar.

–Sabías que él iba a venir –replicó Catherine, dándose cuenta de que él no estaba sorprendido. Ni siquiera enfadado.

–Es muy raro que alguien entre en mi casa sin que yo lo sepa previamente.

–Todo esto es obra tuya –lo acusó ella–. ¡Tú le dijiste a Marietta lo que hubo entre Marcus y yo! ¡Tú la ayudaste a organizarlo!

Vito no respondió pero su expresión resultaba tan implacable y tan fría que para Catherine constituyó una respuesta en sí misma.

–Te desprecio –añadió ella, volviéndose a mirar a la puerta justo a tiempo para ver que Marcus se dirigía al lugar donde ellos estaban.

Marcus tenía un aspecto enojado, tenso, con los ojos llenos de una súplica muda para la comprensión.

–Catherine –dijo, en cuanto llegó junto a ellos–. Mis más sinceras disculpas, pero no tenía ni idea de quién era esta fiesta hasta que me presentaron a tu suegra.

–Eso se llama una encerrona –intervino Vito, con sequedad.

Cuando Marcus lo miró, Catherine aprovechó para soltarse de Vito y dar un paso al frente.

–Baila conmigo –le dijo a Marcus, sacándolo a la pista de baile antes de que pudiera protestar.

–No creo que a tu marido le agrade que estemos haciendo esto –

afirmó Marcus, algo incómodo.

–Sonríe, por el amor de Dios, y dime lo que estás haciendo aquí.

Revelando gran ira por su ingenuidad, Marcus le explicó que Marietta se había presentado en el bufete aquella semana, preguntando específicamente por él.

–Como no había oído su nombre antes, no tenía ni idea que tuviera conexión con la familia Giordani.

–Es la ahijada de mi suegra –lo informó Catherine.

–Acabo de enterarme. Parece una buena mujer, tu suegra.

–Lo es.

–Sin embargo, la ahijada no parece tan agradable.

–¿Cómo consiguió que vinieras aquí? –preguntó Catherine, para que continuara su historia.

–Con la palabra mágica negocios. ¿Crees que podríamos ir a algún sitio más privado? Me estoy empezando a sentir un poco de sobra aquí…

–Claro –accedió Catherine, llevándolo al jardín, sin preocuparse siquiera por lo que Vito estaba haciendo–. Sigue con tu historia mientras paseamos.

–Ella me hizo venir a Nápoles con la excusa de que un banco muy conocido estaba buscando un nuevo bufete especializado en derecho comunitario. Cuando le pregunté el nombre del banco me dijo que no le estaba permitido decirlo hasta que no recibiera el visto bueno para la reunión oficial, pero me invitó a pasar el fin de semana para conocer a algunas personas. Todo sonó muy plausible. Sabe mucho de las habilidades que se requieren en el campo de las inversiones.

–Sí. Tiene acciones en Giordani´s, un lugar en el consejo de directores y tiene algunas de las carteras de inversiones más lucrativas.

–Entonces, no estaba mintiendo.

–¿Sobre lo que de Giordani´s quiera cambiar de bufete? Si te digo la verdad, no lo sé. Todo lo que sé es que Marietta fue una de las causas principales de la crisis en mi matrimonio hace tres años. Y, desde que he llegado aquí, llevo esperando que vuelva a hacer lo mismo.

–Está enamorada de tu marido –asumió Marcus.

Catherine no lo negó pero le parecía que sería más adecuado utilizar la palabra «obsesionada».

–Trabajan muy juntos. Marietta es una seductora nata y Vito es…

–Famoso por sus cualidades para rescatar empresas. El año

pasado salvó a Stamford Amalgamates de la bancarrota en cuestión de semanas.

–¡No lo sabía! –exclamó, muy impresionada.

–El hecho de que tenían problemas se mantuvo en secreto para salvar el precio de las acciones –explicó Marcus–. Fue solo después de que tu marido sacudiera la varita mágica cuando los expertos descubrieron lo cerca que habían estado de la bancarrota. Muy a mi pesar, me impresiona.

–Conozco ese sentimiento.

–Lo que significa que es peligroso enojar a un hombre como él.

–Eso también lo sé –asintió ella.

–Entonces, ¿por qué está Marietta intentando enojarlo?

–Porque es una de las pocas personas a las que Vito le permite salirse con la suya –respondió Catherine, con amargura.

–¿Y por qué hace eso?

–Esa es la pregunta del millón. Yo te puedo dar una docena de razones posibles pero no tengo nada seguro.

–De acuerdo, explícame las razones posibles.

–Tal vez porque es la adorada ahijada de su madre –sugirió ella–. O porque estuvo casada con su mejor amigo. O tal vez podría tener que ver con el hecho de que son amantes.

–¿Amantes en el pasado o en el presente?

–Los dos –replicó Catherine, encogiéndose de hombros.

–Tonterías. Ese hombre no tiene tiempo para jugar con otras mujeres teniéndote a ti en casa.

–Eso es muy amable de tu parte.

–No es por amabilidad. Es cierto. Conozco a los hombres, Catherine. Yo soy uno de ellos y te digo, como hombre, que tu marido está casado con la única mujer con la que quiere compartir su cuerpo.

–Entonces, ¿me puedes decir por qué te trajeron aquí esta noche?

–Fue Marietta la que me trajo aquí –dijo él, sin entender la pregunta–, con el único propósito de crear problemas entre tu marido y tú.

–Pero, ¿quién le dio la idea a ella de utilizarte como arma? En otras palabras, ¿quién le dijo a Marietta que tú y yo habíamos tenido una relación más íntima que la que existe entre jefe y empleada? ¿Se lo dijiste tú?

–¡Claro que no!

–Y yo tampoco –afirmó ella–. Lo que solo nos deja una persona que sepa lo que hubo entre nosotros.

–¿Tu marido? ¿Crees que tu marido le confío a esa mujer lo que hubo entre tú y yo?

–Vito sabía que tú ibas a venir aquí esta noche. Me lo dijo él mismo.

–Entonces, nada de esto tiene sentido –dijo Marcus, perplejo–. Porque no puedo ver lo que ninguno de los dos puede ganar por traerme aquí para confrontarme contigo. No sirvió para propósito alguno nada más que para crear un par de momentos algo embarazosos.

Mientras seguían andando, los dos se quedaron en silencio. Cuando oyeron la voz familiar que rasgó el aire de repente, se detuvieron en seco.

–Te crees muy lista, Marietta –bufaba Vito–. ¿Qué diablos crees que has ganado trayendo a ese hombre aquí?

–Venganza –replicó Marietta.

Gracias a un reflejo del vestido plateado, Catherine descubrió que los dos estaban delante de ellos, en el sendero que corría paralelo al que ellos ocupaban, y vio la malicia reflejada en el rostro de Marietta.

–Has estado restregándome a Catherine en la cara desde el día en que os casasteis. ¿Por qué diablos no iba yo a restregarte a su amante?

–Nunca fueron amantes –dijo Vito.

–Sí que lo fueron. ¡Lo mismo que nosotros lo fuimos! Cuando te diga lo contrario sabrás que está mintiendo, Vito. Del mismo modo en que ella sabe que tú le estás mintiendo cada vez que niegas haberme hecho alguna vez el amor.

–No –murmuró Catherine, cerrando los ojos, esperando que Vito negara aquello.

–Hace mucho tiempo de eso –respondió Vito–. Antes de conocer a Catherine y, por lo tanto, eso no importa en nuestras vidas.

Catherine sintió que Marcus le rodeaba los hombros con el brazo, para darle fuerzas.

–¡Para mí sí que importa! –insistió Marietta–. ¡Porque entonces me amabas, Vito! ¡Se suponía que te tenías que haber casado conmigo! ¡Todo el mundo lo esperaba! ¡Yo lo esperaba! Pero, ¿qué hiciste tú? Te limitaste a tener una breve aventura conmigo y luego me dejaste tirada. Y yo tuve que conformarme con el segundón de Rocco…

–¡Rocco no era ningún segundón, Marietta! –le espetó Vito–. Él te amaba, te amaba de verdad… ¡Y por cómo hablas de él es mucho más de lo que te merecías!

–¿Fue por eso por lo que lo hiciste? –preguntó Marietta–. ¿Porque Rocco me amaba te echaste galantemente a un lado para permitir que él se quedara conmigo?

–No. Me eché a un lado galantemente porque yo no te quería –afirmó Vito, brutalmente.

–Es una pena que Rocco no supiera eso –le espetó Marietta–. Porque se murió creyendo que se había interpuesto entre nosotros. Cuando trajiste a Catherine para convertirla en tu esposa, se disculpó conmigo.

–No en mi nombre –replicó Vito–. Él sabía perfectamente lo que yo sentía por Catherine.

–¿Me estás sugiriendo que te casaste con ella por amor? –se mofó Marietta–. No me tomes por tonta, Vito. Como todo el mundo, yo sé perfectamente que te casaste con ella porque tuviste que hacerlo para mantener la tradición familiar y legitimar a Santo. ¡Si yo hubiera sabido que quedarme embarazada era todo lo que necesitaba para hacer que te casaras conmigo, yo misma hubiera utilizado esa táctica! Pero no se me ocurrió una manipulación tan rastrera, al contrario que a ella. ¡Con sus fríos modales ingleses y su independencia te mantuvo en vilo por miedo a que fuera a hacer algo que arriesgara la vida de tu precioso hijo y heredero!

–Creo que ya has dicho más que suficiente.

–No, no es así. De hecho, ni siquiera he empezado. Tuviste la arrogancia de pensar que todo lo que necesitabas hacer era desterrarme a París para terminar con todos tus problemas matrimoniales. ¡Bueno, pues no se acabarán nunca mientras yo siga teniendo un cerebro en la cabeza con el que hacerte fracasar!

–¿Que tienes la intención de hacer qué? –desafió Vito–. ¿Esconderte en los rincones para escuchar las conversaciones privadas con la esperanza de descubrir más basura?

–Ah. Veo que te diste cuenta de que yo estaba allí.

–¿En el balcón al lado del nuestro? Sí –confirmó Vito–. Cuando más tarde empezaste a interrogar a Catherine sobre Marcus Templeton, me resultó muy fácil sumar dos y dos y me di cuenta de que estabas planeando algo tan… burdo como esto. Pero lo que todavía no entiendo es lo que esperabas ganar con ello.

–Eso es muy sencillo, Quería llevar la ruina absoluta a tu maravilloso matrimonio –confesó Marietta, con frialdad.

–¿Trayendo a Marcus Templeton aquí? –se mofó Vito–. ¿De verdad crees que mis sentimientos por Catherine son tan frágiles como para deshacerme de ella solo porque me has puesto cara a cara con un supuesto antiguo amante?

–No, pero teniéndolo aquí, Catherine tendrá a alguien en quien apoyarse cuando le diga que estoy embarazada de ti.

–¡Eso es una asquerosa mentira! –rugió Vito, mientras Catherine se tambaleaba bajo el brazo de Marcus.

–Pero Catherine no lo sabe –señaló Marietta–. Ella cree que somos amantes desde que perdió a vuestro segundo hijo. Para una mujer como Catherine, que no puede tener más hijos, creer que me has dejado embarazada será el final. Créeme. Y yo voy a disfrutar tremendamente viéndola alejarse de ti con su querido Marcus cuando le dé la noticia.

–¿Por qué quieres hacerle daño de esa manera? –preguntó Vito, con voz ronca.

–No me importan en absoluto los sentimientos de Catherine –afirmó Marietta–. Pero sí me preocupa hacerte daño a ti, Vito. Igual que tú me hiciste daño a mí cuando me pasaste a Rocco como si fuera una moneda falsa.

–¡Demasiada suerte tuviste con tenerlo! –le espetó Vito, furioso y herido–. ¡Él era un buen hombre! ¡Un hombre cariñoso!

–Pero no era un Giordani.

–¡Dios mío! –exclamó Vito, atónito–. Catherine tenía razón. Eres veneno para todo lo que tocas.

–Y, siendo así, realmente creo, Marietta, que ya va siendo hora de que te marches de esta casa –dijo otra voz, desde la oscuridad del jardín.

Los cuatro se quedaron sorprendidos al ver aparecer a Luisa entre las sombras de otro sendero. Cuando le vio el rostro, el corazón de Catherine tembló de pena. Mostraba una expresión terriblemente herida.

Sin embargo, ¿qué hizo Luisa? Se volvió a Catherine y murmuró con ansiedad:

–Catherine, ¿te encuentras bien, querida? Hubiera dado cualquier cosa porque no hubieras tenido que ser testigo de esto.

Había merecido la pena que descubrieran dónde estaban escondidos Marcus y ella solo por ver la cara de Marietta cuando se volvió a mirarla. Aunque, sin el apoyo de Marcus, Catherine sabía que no lo podría haber aguantado.

–Catherine, lo has oído… –murmuró Vito, aliviado.

–Vaya, vaya… –dijo Marietta–. Parece que ninguno de nosotros está por encima de oír conversaciones ajenas desde rincones oscuros.

Aquellas eran las palabras mordaces de una mujer que se sabía frente a su propia ruina.

Capítulo 10

CATHERINE estaba de pie en el balcón, observando las luces traseras de los coches de los últimos asistentes a la fiesta mientras se deslizaban por la colina.

La fiesta se había acabado por fin, a pesar de haber seguido durante algunas horas más después de que Marietta se hubiera marchado.

Marcus había aceptado la responsabilidad de la situación y, para alivio de Catherine, se la había llevado sin palabras airadas. Catherine se había sentido reconfortada por ello, ya que no era el tipo de mujer que le gustara regodearse de los enemigos caídos.

Había sido la actitud fría de Luisa la que había resultado demoledora. Por una vez, la mujer no había podido encontrar nada positivo en aquella situación. Había llorado un poco, lo que había ayudado a llenar un momento de incomodidad entre Catherine y Vito. Además, la casa estaba llena de invitados y las preguntas sobre el paradero de Marietta…

Catherine suspiró porque sabía que aquella infausta velada todavía no había terminado para ella.

–Menuda tarde, ¿eh? –murmuró una voz profunda detrás de ella.

–¿Cómo está tu madre? –preguntó ella, sabiendo que aquella confrontación no había hecho más que empezar.

–Naturalmente, está todavía un poco disgustada pero ya sabes cómo es. Nunca se le ha dado bien afrontar la discordia.

–Quería mucho a Marietta. Descubrir que alguien que amas no es la persona que creías que era debe de ser devastador.

–¿Es eso una indirecta contra mí? –preguntó Vito.

–Me mentiste –dijo ella, encogiéndose de hombros–. Sobre tu relación anterior con Marietta.

–Sí –admitió él finalmente, acercándose a ella y apoyándose sobre la balaustrada, todavía detrás de ella–. Pero ocurrió hace mucho tiempo y, por muy arrogante que yo sea, no creí que tuvieras ningún derecho a preguntarme sobre mi vida antes de que tú entraras en ella.

–Le daba poder a Marietta. Contigo negando insistentemente que hubieses sido su amante, la dejabas libre de hacer comentarios desagradables todo el tiempo. Cuando insistías en que hacías una cosa, ella decía que hacías todo lo contrario. Y ella… –añadió

Catherine, volviéndose para mirarlo–… sabía cosas que solo una amante sabría.

–Lo siento –se disculpó él, rozándole los labios con un dedo.

De algún modo, aquello no parecía suficiente. Catherine se dio la vuelta de nuevo para mirar el oscuro jardín mientras Vito hacía lo mismo. Ambos no dejaban de pensar en la situación que Marietta les había legado.

–Aquella noche, estaba en el balcón de al lado, escuchando mientras nos peleábamos sobre lo mismo de siempre –dijo Vito, finalmente–. Debió asimilarlo todo. Mis mentiras, nuestra falta de confianza en el otro… La mención del nombre de Marcus debió parecerle un regalo venido del cielo que ella podía usar como una nueva arma contra nosotros.

–¿Cómo supiste que estaba allí?

–Después de que tú regresaras a la habitación, recordarás que yo me quedé aquí. Estaba pensando, intentando hacerme a la idea de que tu versión de lo que ocurrió el día que perdiste a nuestro hijo era cierta y que también muchas otras cosas que habías dicho podían ser verdad. En ese momento, oí que algo se movía en el balcón de al lado, como si fuera una silla sobre las losetas del suelo, seguido de un suspiro. Entonces, reconocí el perfume de Marietta y la oí murmurar «*Grazie, Caterina*». El modo en que dijo aquellas palabras me heló la sangre.

Los dos se echaron a temblar. Entonces, Vito, con el puño apretado, golpeó la balaustrada de piedra y emitió un triste suspiro.

–¿Cómo se puede conocer a alguien tan bien como uno cree, y luego no conocerlo en absoluto? –añadió él

–Ella te quería –dijo Catherine. Aquello le parecía que explicaba todo.

–Eso no es amor, es una obsesión enfermiza. Decidí que saldría de mi casa a la mañana siguiente y no me importó en absoluto lo que tuviera que hacer para conseguirlo. Así que fui a mi despacho y trabajé toda la noche limpiando su escritorio, no el mío… El resto, ya lo sabes… menos que utilicé aquella semana en París para comunicarle que ya no ocupaba ningún lugar en esta familia.

–¿Y qué te dijo?

–Me recordó que tal vez a mi madre no le gustara oírme decir eso. Yo respondí a ese chantaje despidiéndola del banco.

–¿Puedes hacer eso?

–Es dueña de una buena cantidad de acciones del banco pero no las suficientes como para tener tanta influencia en su control. Y, aunque esto vaya a confirmar tu opinión sobre lo engreído que soy,

yo soy la fuerza principal de Giordani´s. Si yo digo que está fuera, entonces el consejo me apoyará.

–Pero, qué hay de su lista de clientes… ¿no vais a perder un montón de negocios muy lucrativos?

–A todos sus clientes se les dio la opción de irse a otra empresa con sus inversiones o de transferírmelas a mí. Y todos ellos decidieron quedarse conmigo.

–No me extraña que esta noche quisiera vengarse –dijo Catherine, asombrada por lo despiadado que él podía llegar a ser–. Algunas veces me das miedo.

–Y tú a mí –musitó él, obligándola a darse la vuelta–. ¿Por qué más crees que nos peleamos tanto?

–Nos casamos por las razones equivocadas –afirmó Catherine, en vez de confesar que lo amaba–. Tú te resentías por mi presencia en tu vida y yo lo hacía por estar donde estaba.

–Eso no es del todo cierto, Catherine. En aquel momento yo creí sinceramente que nos casábamos porque no podíamos estar el uno sin el otro.

–El sexo siempre ha sido muy bueno entre nosotros.

–No seas frívola. Sabes que siempre hemos tenido mucho más que eso –dijo él. Catherine sonrió con tristeza–. ¿Es demasiado pedirte que cedas un poco? Solo un poco y te prometo que te lo pagaré con creces.

–¿Qué significa eso?

–Significa que me casé contigo porque estaba, y todavía estoy, profundamente enamorado –confesó él–. ¿Te ayudará eso a responderme del mismo modo?

–No. No digas cosas como esa solo para hacer que me quede. Ni Marietta nos hizo esa clase de daño.

–¡Es cierto! –insistió él–. Y debería habértelo dicho hace mucho tiempo, lo sé. ¡Pero ahora que te lo he dicho lo mínimo que podrías hacer es creerme!

Al mirarlo a los ojos, Catherine deseó atreverse a hacerlo pero…

–Un hombre enamorado no va de los brazos de una mujer directamente a los de otra.

Él comprendió enseguida y se quedó pálido. Catherine se sentía morir por haber vuelto a sacar el tema pero tenía que hacerlo.

–No me acosté con Marietta la noche que perdiste nuestro hijo, aunque por las revelaciones de esta noche tal vez elijas no creerme. Solías volverme loco. Desde el primer día de nuestro matrimonio te aseguraste de que supiera que no estabas contenta con tu papel como mi esposa. Eras testaruda, guardabas fieramente tu

independencia y te negabas en redondo a que yo me sintiera que tú me necesitabas… excepto en la cama.

–Te necesitaba.

–Tan cálida como el Vesubio cuando estábamos en ello y tan fría como el Everest cuando no –siguió él, como si no la hubiera oído–. Empecé a sentirme como un maldito gigoló, útil solo para un propósito… –añadió–. Pero al menos allí podía estar contigo. Por eso no me sentó nada bien cuando te quedaste embarazada por segunda vez y te pusiste tan enferma que los médicos insistieron en que no hicieras esfuerzos. De repente, me robaron la única excusa que tenía para acercarme a ti.

–¡Hicimos el amor! –protestó ella.

–Pero no del modo apasionado y físico que siempre lo habíamos hecho.

–La vida no siempre puede ser perfecta, Vito.

–El sexo entre nosotros sí lo era. Nos uníamos como dos mitades que se fundían juntas y lo eché de menos cuando no se me permitió volver a hacerlo de aquel modo. Lo otro me parecía… frustrante, si quieres que te diga la verdad.

Escuchándolo, Catherine sintió que él describía exactamente lo que ella había estado sintiendo y se preguntó cómo era posible que dos personas fueran tan perfectas la una para la otra y que no lo supieran.

–Cada vez me fui frustrando y resintiendo más por lo que me hacías. Hasta que todo aquello explotó en una terrible pelea, seguida por la reconciliación más gloriosa que yo podía esperar.

–Y entonces te marchaste. Con Marietta, a buscar consuelo.

–Me marché porque me sentía asqueado conmigo mismo por mi falta de autocontrol. Pero no empecé en el apartamento de Marietta. Empecé en mi despacho, donde ella me encontró demasiado borracho. Le permití que me llevara a su casa mientras intentaba ponerme sobrio antes de regresar para hacer las paces contigo. Pero las cosas no salieron así. Me quedé dormido en su sofá, musitando tu nombre y suplicando tu perdón. Lo siguiente que recuerdo es que me desperté, muchas horas después, para encontrarme en un infierno en el que todo lo que yo quería se me arrebataba. Para cuando dejé de dar tumbos, meses después, me di cuenta de que me merecía lo que tú me habías dado, pero aquello solo me hizo odiarte más.

–Yo sentía lo mismo.

–Pero nunca, desde el día en que puse los ojos en ti, he deseado acostarme con ninguna otra mujer. Y eso incluye a Marietta. De

hecho, si quieres saber la verdad, los tres años que pasé sin ti fueron los más tristes de mi vida –confesó él. Catherine sonrió, sintiendo que estaba empezando a creerlo. Como si lo notara, Vito le acarició la mejilla–. Pero nunca supe lo miserable que era mi vida hasta que oí tu voz aquella noche… Fue como si alguien hubiera encendido una luz dentro de mí.

–¡Pero si te comportaste tan frío como el hielo conmigo!

–Bajo la superficie no. Bajo el hielo, me sentía enfadado y muy caliente… ¡Era maravilloso! Incluso discutir contigo era maravilloso –confesó él, estrechándola entre sus brazos–. No llevaba ni cinco minutos en tu casa cuando me di cuenta, sin ninguna duda, de que iba a conseguir que volvieras a mi vida, costara lo que costara. Porque es ahí donde quiero que estés. Y quiero que lo sepas. Quiero despertarme cada mañana y ver tu rostro en la almohada, a mi lado. Y quiero dormirme todas las noches contigo entre mis brazos. En pocas palabras –añadió, acercando la cabeza a la de ella–, quiero que seamos una familia. Solo tú, Santo, mi madre y yo y que ninguna mentira pueda nublar nuestro horizonte y… ¿Qué pasa? ¿Qué acabo de decir? ¿Por qué tienes ese aspecto?

–Yo… –dijo ella, intentando apartarse de él.

–¡No te atrevas a afirmar que tú no deseas todo eso también! –exclamó él, muy enojado por la manera en la que ella lo estaba aislando–. ¡Porque sé que lo deseas! ¡Sé que me amas, Catherine! ¡Tanto como yo te amo a ti!

–¡Por favor, Vito! –suplicó ella–, no te enfades pero…

–¡Pero nada! –rugió él, besándola con fiereza.

A pesar de aquel maravilloso beso, Catherine se sentía completamente desgraciada. Todo él estaba temblando. Viendo aquella reacción, a cualquiera le hubiera resultado imposible no creer las palabras que él acababa de confesarle.

–No… no lo entiendes… –susurró ella, apartándose de él–. Tengo que…

–No quiero entender –dijo él, con una expresión aterrorizada en el rostro–. ¡Eres mía! ¡Sabes que lo eres! –añadió, tomándola en brazos y llevándola al interior.

–Tu acabas de decir que no querías más mentiras entre nosotros. Bueno, al menos dame la oportunidad de ser tan sincera contigo como tú lo has sido conmigo.

–No –insistió él, cayendo con ella en la cama.

–¡Te quiero!

–Repíteme eso.

–Te quiero –respondió ella–. Pero tengo una terrible confesión

que realizar. Y necesito que me escuches antes de que…

–Si vas a admitir que Marcus y tú fuisteis amantes, créeme, Catherine, si te digo que no quiero oírlo.

–Marcus y yo nunca fuimos amantes.

Vito cerró los ojos para ocultar su profunda sensación de alivio para volver a abrirlos enseguida.

–De acuerdo. Haz tu confesión y acabemos con esto.

–Te amo. ¡Siempre te he amado! Y por eso precisamente no pude hacerlo.

–¿Hacer qué? –preguntó él. Catherine pareció perder el valor. Él la besó suavemente pero el corazón de ella no dejaba de latir a toda velocidad–. Por el amor de Dios, no puede ser tan malo.

–No tomé las píldoras del día siguiente –confesó ella, con las lágrimas rodándole por las mejillas–. No pude cuando llegó el momento. ¿Cómo iba yo a destruir la posibilidad de una nueva vida que habíamos hecho entre los dos? Era demasiado…

–No, no has podido ser tan estúpida.

–Lo siento, pero no pude hacerlo. No pude…

Vito se puso de pie, mirándola como si no supiera quién era. Era horrible, mucho peor de lo que ella se había imaginado.

–¿Qué es lo que te pasa? ¿Es que tienes deseos de morir o algo parecido? –preguntó él, duramente.

–Era demasiado tarde –murmuró ella, sentándose en la cama con las rodillas contra el pecho.

–No, no lo era. ¡Maldita sea! ¡Tenías setenta y dos horas para tomar las malditas pastillas después de que hicimos el amor aquel día!

–¡Me refería a que era demasiado tarde para mí! –gritó ella–. ¿Y si habíamos concebido, Vito? ¡Hubiera sido como matar a Santino!

–Eso no es justo, Catherine, y tú lo sabes. ¡Llevas tomando la píldora anticonceptiva durante años! ¿Qué diferencia podría haber hecho aquello con lo que haces todos los días?

–Entonces, no, pero la noche anterior, cuando…

–¡Eso no es excusa para arriesgar tu vida!

–Todavía no sabemos si lo he hecho, pero al menos, podré estar segura de que no he matado a otro niño.

–¡Tú no mataste a nuestro segundo hijo! –aulló él, furioso.

–No quiero hablar de esto.

–¡Pues vas a hacerlo! Vas a hablar del hecho de que, una vez más, has tomado una decisión que yo hubiera debido compartir contigo.

–¡Tú querías que yo tomara aquellas píldoras! Eso no es

compartir una decisión. ¡Es plegarme a lo que tú has decidido!

–Bueno, pues creo que eso es mucho mejor que lo que tú has hecho –musitó él, apartándose de ella.

–Lo siento –susurró ella.

Pero él no la oyó. Se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta. Catherine bajó la cabeza. Vito tenía derecho a estar tan enfadado. En realidad, había estado a punto de tomar aquellas píldoras pero, al metérselas en la boca, había sabido que no podía hacerlo. Así que había tirado las pastillas a la basura sin pensar en las consecuencias.

Tal vez Vito tenía razón y quería morir, pero, muy dentro de sí, Catherine sabía que no era el deseo de morir, sino de crear una nueva vida lo que la había obligado a hacerlo. El instinto materno de proteger una vida es tan fuerte en una mujer como respirar. Y ella no había podido sobreponerse. Vito tenía que comprenderlo.

Lentamente, se dirigió al cuarto de baño y entró. Todo estaba lleno de vapor porque Vito se había metido en la ducha. Sin saber muy bien lo que hacer, Catherine se acercó a la ducha y abrió la puerta.

–Vito –dijo ella, al verlo bajo el potente chorro de agua–. Tenemos que hablar de esto…

Él giró la cabeza. Sus ojos la miraron lentamente de arriba abajo.

–Te vas a estropear el vestido con el vapor.

Aquello fue todo lo que dijo. Luego volvió a poner la cara contra el chorro de la ducha.

Sin pensárselo dos veces, Catherine se metió en la ducha con él, con vestido de seda y todo, y cerró la puerta firmemente tras ella.

–¿Qué estás haciendo? –protestó él.

–Vas a tener que escucharme en algún momento, así que es mejor que lo hagas ahora.

Vito respondió dando unos pasos hacia un lado. Con ello, dirigió el agua completamente hacia Catherine y observó cómo el chorro le empapaba el vestido hasta hacerlo transparente. Sin embargo, ella no hizo nada por evitar el agua y lo recibió con la barbilla bien alta y los ojos centelleando.

–De acuerdo. Habla.

–Soy una mujer. Y por serlo, tengo en mi misma mente tan grabado el deseo de nutrir y proteger una nueva vida que sería capaz de pegarme un tiro antes que dañar una nueva vida.

–No estamos en la Edad Media –se burló él–. Por si te has olvidado, las de tu sexo habéis dejado de ser esclavas de vuestras

hormonas hace mucho tiempo.

–No estoy hablando de hormonas. Estoy hablando de instinto. Del mismo tipo de instinto que le da a los de tu sexo el deseo de fecundar al mío.

–Una vez más, yo y los de mi sexo hemos dejado de ser esclavos con la llegada de los preservativos. Se llama amor libre, y lo disfrutan millones de personas porque da placer, no por su función original.

–¿Desde cuándo has pensado tú en utilizar preservativos? No recuerdo que quisieras usar nada aunque sabías que era peligroso para mí que me quedara embarazada –le recordó ella–. Lo de los anticonceptivos me lo dejaste a mí, Vito, lo que por lo tanto me da derecho a elegir cuando no se utiliza nada.

–No si corre riesgo tu propia vida.

–Tú lo has dicho. Es mi vida. Yo he tomado una decisión que puede estar arriesgándolo todo, pero también nada, dependiendo de cómo vaya el embarazo. La posibilidad es del cincuenta por ciento. Y una posibilidad del cincuenta por ciento es suficiente para que yo no pueda negarle a un niño el derecho a la vida.

–¡Por el amor de Dios! ¡Tu madre murió en el parto, Catherine! ¿Qué te dice eso del riesgo que estás corriendo?

–Yo no he dicho que no tuviera miedo –susurró ella, empezando de nuevo a llorar.

–Tonta –dijo él, cerrando el agua y estrechándola entre sus brazos–. ¿Cómo nos has podido hacer esto, cuando nos estamos empezando a conocer?

–Necesito que seas fuerte por mí, no que te enfades conmigo –dijo Catherine, sollozando contra su hombro.

–Lo seré –prometió él–, ¡pero todavía no, hasta que no decida si voy a matarte por hacernos esto!

–Eso es una contradicción –dijo ella, sonriendo.

–Date la vuelta –le ordenó él, tras darle un beso.

Entonces, le bajó la cremallera del vestido y la desnudó. Tras dejar el vestido en un charco húmedo en la ducha, la hizo salir y la envolvió en una toalla para secarla.

–Tal vez nunca ocurra –comentó ella.

–¿Con nuestros antecedentes? Estás embarazada, Catherine. Lo sabes tú y lo sé yo. No necesitamos esperar a las pruebas para estar seguros.

–Lo siento.

–Pero yo sé que no te arrepientes.

Catherine negó con la cabeza. Entonces, él tomó otra toalla y se

la enrolló alrededor de la cintura. Tras tomarla de la mano, la condujo de nuevo al dormitorio.

La cama los esperaba. Vito la llevó directamente a ella. Tras inclinarse para retirar la colcha, se detuvo.

–Tienes el pelo mojado.

–Solo las puntas –respondió ella, esperando lo que él iba a ofrecerle–. Te quiero…

–No me mereces, Catherine. No me das nada más que discusiones y penas, pero, sin embargo, te quiero. Tú desconfías de mí, me dejas y me haces pasar por el horror de tener que luchar para ver a mi propio hijo. ¡Y, sin embargo, sigo queriéndote!

–Entonces no lo sabía.

–¡Pues ahora sí lo sabes! ¿Y qué es lo que tengo ahora? Te tengo donde debes estar, en mi casa, en mi cama y en mi vida y ¿qué haces tú? Me dices que tengo que pasar por la preocupación y el miedo de perderte otra vez porque estimas tu propia vida en menos de lo que la estimo yo.

–No es así de sencillo…

–Lo es desde mi punto de vista. ¡De hecho, desde mi punto de vista es elemental! Porque esta vez vas a hacer lo que te digan. ¿Me entiendes?

–Sí.

–Nada de trabajar para conseguir un dinero que no necesitamos. Nada de peleas para establecer tu maravillosa independencia. ¡Descansarás cuando yo te lo diga, comerás cuando yo te lo diga y dormirás cuando yo te lo diga!

–Estás un poco mandón.

–¿Tú crees que esto es ser mandón? Espera hasta que hayas pasado nueve meses conmigo como tu carcelero y sabrás muy bien lo mandón que puedo llegar a ser.

–¡Qué emocionante! –exclamó ella, con los ojos brillando por lo que los dos estaban deseando.

–Bueno, eso es algo sin lo que vas a tener que aprender a vivir. Porque el sexo no entra en los planes para los próximos nueve meses, ¿recuerdas?

–¿Estás bromeando? ¡No pienso dejarlo hasta que no me vea obligada a hacerlo!

–Harás lo que te dicen.

En un acto de rebeldía, Catherine retiró las dos toallas y, de un empujón, lo dejó sentado en el colchón.

–Te deseo ahora, mientras sigues húmedo de la ducha –susurró ella, tumbándose a su lado.

Entonces, lo besó tan sensualmente que Vito no tuvo ninguna posibilidad de seguir discutiendo con ella.

–Tienes razón. Eres una bruja.

–Una bruja muy feliz. Te amo. Tú me amas. Todo eso me excita tanto… –confesó ella, mientras le dibujaba la boca con el corazón de diamantes–. Entonces, ¿quieres seguir discutiendo o hacemos el amor? Y, teniendo en cuenta que me acabas de ordenar que no discuta más…

Ocho meses después, Catherine se estaba relajando al borde de la piscina, sobre una de las hamacas, leyendo un libro. Mientras tanto, Santo jugaba en el agua. Era abril y el tiempo acababa de empezar a ser más cálido. Cuando Vito apareció por la esquina de la casa y se acercó a ella, dejó el libro a un lado.

–Llegas temprano –dijo ella, dejando que él la besara.

–Tengo noticias para ti –explicó él–. Pero, primero, ¿cómo están mis dos preciosas mujercitas?

Catherine sonrió, muy serena, al ver que él extendía la mano para acariciarle el vientre hinchado. Habían decidido saber el sexo del bebé cuando ninguno de los dos sabía lo que el futuro iba a ofrecerles. Catherine había deseado saber todo lo posible del bebé… por si acaso. Y Vito no había puesto reparos. Así que Abrianna Luisa se había convertido en una personita muy real para todos ellos, y eso incluía a su hermano y a su abuela.

Al final, no tenían que haberse preocupado por nada. Catherine había pasado el embarazo sin que ni un solo problema estropeara su desarrollo.

–Estamos bien –le aseguró ella–. Pero, ¿qué es esto? –añadió, al ver que Vito le ponía en el regazo un documento, de aspecto muy oficial, con sellos rojos y firmas.

–Sabes italiano –dijo él, antes de irse a jugar con su hijo a la pelota.

Al cabo de unos minutos, regresó al lado de Catherine. Para entonces, ella ya había terminado de leer y estaba esperándolo.

–Al fin te lo ha vendido.

–Sí. Cuando nuestra hija nazca con tanta salud como nos han prometido los médicos, haré que pongan a su nombre todas esas acciones.

–¿Y Santino?

–Él ya tiene un número similar de las que me pertenecen a mí a su nombre. Así que… –afirmó, arrodillándose para acariciar

suavemente el vientre de Catherine–. Las acciones de Marietta pertenecerán a mi Abrianna Luisa. Y así podremos sacar a Marietta de nuestras vidas.

Con un suspiro, Catherine miró al frente y pensó en Marietta. Estaba viviendo en Nueva York y trabajaba para otro banco de inversiones de gran reputación. Era mucho más feliz allí, o por lo menos, eso habían oído en los mentideros de la ciudad. Como era de esperar, había aprendido por fin a superar su deseo de ser una Giordani. Y, como Vito había dicho, su deseo de venderle las acciones que todavía poseía del banco era la prueba definitiva de ello.

–Es hora de que Santo salga del agua antes de que se resfríe –dijo Catherine. Así de sencillo se olvidaron de Marietta.

–¡Santino! –gritó Vito–. Ven a ayudarme a levantar a mamá de esta tumbona. ¡Es hora de su descanso!

–Descanso –repitió Catherine, en tono de burla, mientras observaba cómo su hijo se aupaba fuera de la piscina–. ¡Pero si no hago más que descansar!

–Ah. Pero este descanso será diferente –prometió Vito, con una sonrisa–. Porque yo estaré allí para compartirlo contigo.

Los ojos de él brillaron como estrellas, porque Vito se refería a pasar una hora o dos entregándole su amor, no el sexual, sino el que alimenta el alma…